
Divorciarme
¡Jamás!
Vanny Ferrufino

© 2024 Vanny Ferrufino. Todos los derechos reservados.

Divorciarme ¡Jamás!

Edición: Kenfers Pérez.

Todos los derechos están reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo del autor.

Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo
Nota De Autora
Lecturas Que Pueden Gustarte

Sinopsis

Jacob Bramson no tiene intención alguna de amar a su mejor amiga, quien ahora es su esposa y la madre de su hija, pero tampoco está dispuesto a dejarla ir, puesto que nadie será capaz de amarlo de la misma manera que Elisa lo hace. No obstante, después de siete años de matrimonio donde está claro que la pasión nunca morirá, él se ve en serios aprietos cuando su mujer se da cuenta de que el amor nunca nacerá.

Elisa no planea abandonar a su mejor amigo, pero está lista para firmar los papeles del divorcio.

Prólogo

Su madre estaba muerta.

Después de tres años de violenta tortura a mano de su progenitora, Jacob sólo logró liberarse de sus abusos cuando Susan Bramson decidió que era momento de quitarse la vida. Todo parecía indicar que la partida de su esposo junto a su amante hizo que su madre perdiera el quicio y acabara con todo de una vez por todas.

El joven de cabellera oscura y ojos verdes cerró las manos en dos puños y observó los hematomas que tenía en las muñecas con impotencia, odiando que una lágrima rebelde se deslizara por su mejilla. A pesar de todo el daño que su madre le causó, él aún era lo suficientemente idiota como para llorar por ella.

«¡Tú la mataste! ¡Por tu culpa Lucia ya no está conmigo!», recordó los gritos que solía emitir cuando lo golpeaba y ladeó rápidamente el rostro con frustración, tratando de borrar esas imágenes de su cabeza.

Él no mató a su hermana pequeña, lo que sucedió hace tres años fue un accidente. No era la primera vez que salía con Lucia de paseo en el auto, pero lastimosamente, esa tarde, Jacob no pudo evitar que un coche fuera en su dirección y se estrellara contra ellos provocando la muerte inmediata de la pequeña de cinco años. Sólo tenía quince años cuando ese accidente se suscitó y aún no podía perdonar su imprudencia, quizá por esa razón dejó que su madre lo castigara continuamente durante más de tres años.

¿Algún día podría perdonarse por la muerte de su hermana?

—Jacob… —un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando su tío se sentó frente a él y no supo como actuar al respecto, era un hombre que había llegado a su vida con la mano extendida para brindarle su ayuda.

¿Por qué nadie le dijo que su madre tenía un hermano?

—No lo conozco, nadie me habló de usted —fue sincero y el hombre de no más de cuarenta años le sonrió con amabilidad.

—Susan era especial, cuando nuestros padres se separaron nuestros caminos siguieron rumbos diferentes.

Podía creerle, a diferencia de su madre, él parecía un hombre centrado y de buena vida.

—De haber sabido de mi existencia, ¿me habrías buscado?

Ahora que su madre estaba muerta y la verdad sobre sus abusos habían salido a la luz, la defensoría de la niñez tuvo que buscar al único familiar que le quedaba para que se hiciera cargo de él.

—En menos de dos meses seré mayor de edad, no necesita cuidar de mí.

No deseaba ser una carga para nadie.

—Pero quiero hacerlo, eres mi sobrino y…

—¿De verdad cree que creeré en su amor fraternal? —lo acusó con la mirada—. Mis propios padres no pudieron amarme, ¿por qué usted sería diferente?

Su tío lo miró con fijeza, como si no supiera muy bien qué responderle al respecto, y finalmente negó lentamente con la cabeza antes de decir:

—Tú no tienes la culpa de la muerte de Lucia —la piel se le erizó—. Eso fue un accidente y tus padres fueron unos idiotas al culparte por ello. —Odió que los ojos le picaran—. Soy tu tío y quiero lo mejor para ti, sé que bajo mi cuidado tendrás una mejor vida.

¿Una mejor vida?

¿Merecía siquiera tener una vida?

—Seré una carga para usted, no tengo nada, mi padre se llevó todas las cosas de valor.

—Ven conmigo, no necesito que traigas nada en tus bolsillos, yo te daré todo lo que necesites. —Se tensó, ¿él realmente le estaba ofreciendo un techo sin pedirle nada a cambio?—. Yo cuidaré de ti, borraré todo el daño que mi hermana te causó y te ayudaré a salir adelante.

¿Algún día él podría olvidar el hecho de que sus padres lo odiaron más que a nada en el mundo?

Lo dudaba.

—¿Por qué lo haría?

Gregory le sonrió con cariño.

—Eres el hijo de la única hermana que la vida me regaló, siempre serás importante para mí.

¿Él era importante?

—¿Lo puedo pensar?

Su tío asintió.

—Volveré por ti mañana a primera hora. —Hizo una mueca—. ¿A mediodía? —asintió, ahora mismo sólo quería descansar—. Almorzaremos en mi casa, ¿de acuerdo?

¿Un almuerzo familiar?

Durante los últimos años él siempre comió encerrado en su habitación.

—Está bien.

—Ten —le entregó varios billetes—. Cómprate algo para la cena, supongo que por ahora prefieres estar solo.

—Gracias.

Le resultaba extraño aceptar la ayuda de su tío, durante años se sintió tan solo y desprotegido que por un momento pensó que siempre sería así, pero al parecer se equivocó.

Gregory Ambrose se preocupaba por él.

Cuando su tío se marchó, Jacob recorrió la casa que alguna vez fue su hogar antes de convertirse en su prisión. Los últimos tres años fueron duros y no quería ni imaginarse cómo seguiría viviendo si su madre no hubiera acabado con su vida hace unos días.

Ella le había jurado que su vida sería miserable y había hecho un excelente trabajo cumpliendo su promesa hasta que ya no pudo sobrellevar más su locura y terminó con todo.

Observó los cintos de cuero que estaban en su vestidor y tomó todo para llevarlo hacia la chimenea. Quería quemar sus cosas, borrar todos sus recuerdos y creer que todas sus heridas sanarían con el paso del tiempo, pero tenía la leve sospecha de que las cicatrices que sus padres dejaron en su corazón nunca se borrarían.

El timbre sonó varias veces, instándolo a rodar los ojos con aburrimiento, y abrió la puerta sabiendo muy bien de quien se trataba.

—¿Por qué no me contestaste?

Elisa, su mejor amiga, una joven de su edad bastante atractiva y rebelde, ingresó a su casa con paso resuelto antes de que pudiera cerrarle la puerta en la cara y frunció el ceño al ver que no llevaba ninguna prenda negra puesta.

—Hoy enterramos a mi madre, ¿por qué no asististe?

No le gustó no verla por ninguna parte, se suponía que ella nunca lo dejaba solo.

—Porque de haber ido habría saltado de alegría y supongo que no habría sido bien visto —reconoció con sencillez y se acercó a las últimas cosas de su madre para meterlas a la chimenea —. Esa bruja perra, ojalá se pudra en el infierno.

Jacob observó la larga cabellera azabache en silencio y se sentó en el sofá, mirándola con fijeza. Se equivocó, nunca estuvo solo, Elisa siempre se quedó a su lado incluso en sus peores momentos y él sabía muy bien el por qué.

—Debes irte.

Sus ojos oscuros se posaron en él con curiosidad.

—Acabo de llegar.

—Sabes muy bien a qué me refiero.

Ella apretó sus labios rosados con disgusto, recordándole que era tan obstinada como él.

—No te dejaré solo —aseveró y abandonó su lugar una vez que terminó su labor—. No iré a ninguna parte si tú te quedas aquí.

Jacob abandonó su lugar en silencio, estudiando su piel pálida, y se relamió los labios con nerviosismo.

—Nunca podré amarte, jamás corresponderé tus sentimientos.

Era un hombre roto, él no creía en el amor y por ende si Elisa seguía eligiéndolo sólo terminaría herida.

—Ni siquiera me dejas intentarlo —avanzó en su dirección y acunó sus mejillas—. Yo te amo, Jacob, siempre ha sido y será así.

—No sabes lo que dices —farfulló y atenazó su cintura, robándole un jadeo al unir sus cuerpos con violencia—. Si te quedas a mi lado, te condenarás.

Porque si él se aferraba a Elisa, jamás volvería a soltarla.

—Correré el riesgo —susurró con un hilo de voz, mirando fijamente sus labios, y luego conectó sus miradas—. Déjame quedarme contigo esta noche.

Jacob tragó con fuerza.

No podía negar que durante años se había preguntado cómo sería tener a Elisa en su cama, totalmente desnuda y rendida ante él, por un momento pensó que ese día nunca llegaría, puesto que su madre siempre intentó hacerlo infeliz y lo privó de todo tipo de libertades, pero ahora…

—Ella ya no está —completó por él, como si pudiera leer sus pensamientos—. Déjame ser la primera.

—¿Y yo seré el primero? —gruñó con los celos a flor de piel, la idea de que alguien más hubiera tocado a Elisa hacía que todo el mundo temblara a sus pies.

—El primero y el último si tú así lo quieres.

—No tienes idea de a dónde te estás metiendo.

Unió sus labios con hambre voraz, efectuando movimientos torpes y agresivos, pero a ella no pareció molestarle porque se complementó bastante bien a sus arremetidas y pronto ambos encontraron el ritmo perfecto para fundirse en un beso hambriento.

Esa noche se marcó un antes y un después en su vida, puesto que Elisa se nombró solamente suya y él se aferró a la única mujer que lo amaba a pesar de todos sus defectos y grotesca personalidad, dado que en los siguientes años la utilizó a su antojo, como si fuera su juguete sexual, y sólo consideró formalizar lo que sea que estuvieron teniendo cuando cometió el terrible error de embarazarla a sus veintidós años.

lectuepub2.com

Capítulo 1

Siete años de matrimonio parecía ser el tiempo necesario para que un hombre se aburriera de su mujer y la monotonía de su hogar, pero lo cierto era que Jacob no podía pensar de esa manera, menos cuando su esposa estaba sobre él, contoneándose con tanta habilidad sobre su miembro, mientras lo tomaba a su antojo y con desenfreno.

¿Era normal que la deseara con tanta intensidad?

Tal vez se debía al hecho de que cada dos semanas estaba obligado a abandonar su hogar para fingir un viaje a Seattle y recuperar la compostura en la tranquilidad de su segundo hogar.

Presionó sus pechos, robándole un suave quejido, y enterró los dedos en su cadera para empezar a bombear contra ella con violencia. El sexo con su esposa cada vez era mejor, ni siquiera el tener a su hija a una habitación de distancia era razón suficiente para que ellos se cohibieran.

—Oh, Jacob —gimió, tirando el rostro hacia atrás por sus duras arremetidas, y el pelinegro sonrió con suficiencia al darse cuenta que la tenía justo donde quería.

Se sentó, aferrando uno de sus pezones con su boca, y Elisa gimió por lo alto y lo abrazó por el cuello para no perder el equilibrio. Quizá sus días laborales eran agotadores, tal vez no todos los días estaban de buen humor para conversar o quedarse viendo televisión, pero ¿para el sexo?

Para eso ellos siempre tenían la energía necesaria.

«Y es así desde nuestra adolescencia», pensó entretenido, recordando todos los escondites y lugares que encontraron oportunos para intimar en su juventud.

Ella nunca tuvo miedo y vergüenza, y él nunca fue un santo.

—Ah —la tumbó boca arriba y empezó a cabalgarla con fiereza, tal y como a ella le gustaba, y le pareció curioso que se aferrara al cabezal de la cama y no clavara las uñas en su espalda.

La conocía tan bien que ese gesto, que en su mente fue un cruel rechazo, lo hizo estremecerse.

—Mmm… —poseyó sus labios, dejando que sus gemidos murieran en su boca, y ambos convulsionaron cuando el orgasmo llegó. Con la piel perlada y el pulso agitado, Jacob se dejó caer junto a su esposa y la abrazó por la cintura para pegarla a su cuerpo.

—Dios, nunca me cansaré de esto —admitió con voz ronca y ella no se rio, ni mucho menos lo abrazó por el vientre, sólo se quedó callada en su lugar mirando el techo de la habitación.

«Algo no anda bien», pensó, pero tal vez era parte de su imaginación.

—Algún día te aburrirá —dijo ella finalmente y se liberó de su abrazo para rodar sobre su lugar y darle la espalda—. Me siento exhausta, descansa.

La piel se le erizó ante su fría respuesta, pero como de costumbre prefirió mantenerse callado y brindarle su espacio. Jacob era fiel creyente de que si su matrimonio iba de maravilla era

porque nunca se metía en los asuntos de su mujer, ni la atosigaba con su continua presencia. Aunque… Elisa sí le preguntaba por el trabajo, iba a sus actividades laborales y lo ayudaba en todo lo que fuera posible.

—¿Sucede algo? —preguntó sin previo aviso y eso lo sorprendió de sobremanera, en otras ocasiones le habría dado la espalda y habría conciliado el sueño sin dudarlo—. ¿Problemas en el trabajo?

Si mal no recordaba, ella había renovado personal hace más de medio año y algunos de sus empleados no estaban rindiendo de la manera que esperaba.

—Sólo tengo sueño —respondió somnolienta.

—Entonces descansa —le dio la espalda, odiándose a sí mismo por no ser más insistente en cuanto al tema, puesto que hasta un idiota se daría cuenta que algo no iba bien con ella, pero ¿qué diablos se suponía que debía hacer?

Si la pelinegra no quería hablar, él no podía obligarla a hacerlo.

La habitación se iluminó gracias al celular de Elisa y sintió inmensas ganas de girar el cuerpo para ver de qué se trataba, puesto que eran las dos de la mañana, pero entonces ella apagó su celular y lo metió debajo de su almohada, inquietándolo de sobremanera.

¿Qué estaba escondiendo?

—Está actuando extraño —determinó, caminando de un lugar a otro por su oficina, y Franco asintió, mirando fijamente su celular—. Te lo juro, Elisa nunca se comporta de esa manera.

—Es tu imaginación.

No, él la conocía muy bien y había algo que la estaba atormentando.

—¿Ya sabes qué le regalarás? —Conectó sus miradas—. En diez días es su aniversario, me gusta venir a visitarte para estas fechas.

Porque Franco adoraba ver la facilidad con la que se atormentaba a la hora de elegir un regalo para su mujer. Se pasó una mano por sus cabellos negros con frustración, si había una fecha que realmente odiaba, era la de su aniversario.

—No lo he pensado. —El castaño achicó los ojos con recelo—. Buscaré una joya, algo que brille mucho y sea costoso.

—Elisa es una esposa y madre devota, sabes que no tiende a utilizar muchas joyas.

Era verdad, a ella le gustaba la practicidad. No se andaba con rodeos a la hora de arreglarse y casi nunca tenía tiempo y paciencia para maquillarse. Maldición, era su mejor amiga, él debería saber mejor que nadie qué tipo de obsequios podría gustarle.

—Pero como se trata de ti, tu esposa se alegrará con cualquier cosa que le entregues.

Porque Elisa nunca le exigía nada, ni siquiera era dada a pedirle regalos o dinero. Le iba tan bien en el trabajo que era capaz de lidiar con todos sus gastos sin problema alguno. Arrugó el entrecejo, era el hombre de la casa y su empresa de bienes raíces era un éxito en Manhattan, ¿cómo era posible que no se hiciera cargo de los gastos de su propia esposa?

«Soy muy distraído», reconoció con vergüenza.

—¿Podría ser que por esa razón actuó tan extraña? —inquirió de pronto y la esperanza brilló en el fondo de su corazón, quizá ella sólo estaba algo inquieta por su aniversario, puesto que Elisa siempre organizaba cenas románticas y lo recibía con un atuendo maravilloso para celebrar su día.

Sí, seguramente era eso.

—Ella planeará una cena, podría comprarle un anillo. —Franco se encogió de hombros, al parecer no estaba interesado en dar sus opiniones—. No sé qué le obsequiaré —admitió de pronto—. Últimamente no hace más que trabajar, incluso en nuestra casa le resulta difícil dejar el celular de lado.

—Es algo decepcionante ver que después de siete años de matrimonio siempre caigas en la misma situación en estas fechas —reconoció Franco con disgusto—. ¿Por qué no le preguntas qué le gustaría hacer?

Los ojos verdes brillaron con sorpresa.

—Nunca antes he hecho algo así —reconoció pensativo.

—Siempre hay una primera vez —le sonrió con sorna—. Tal vez ella desea ir a un lugar en especial o quiere que le compres algo que vio de camino al trabajo.

—Yo…

—Hacer esa pregunta te solucionará la vida —añadió con cansancio, como si su situación ya no le generara tanta diversión, sino más bien pena—. Eres un idiota —siseó de pronto, haciéndolo respingar en su lugar.

—¿Por qué me dices eso?

—A Elisa le importa un comino el regalo, ese nunca será el problema —soltó con enojo—. La situación que realmente importa aquí es que no eres capaz de decirle que la amas y probablemente eso es lo único que ella quiere escuchar.

Cerró las manos en dos puños, Franco le estaba pidiendo mucho.

—Debes pensar bien las cosas, son siete años de matrimonio y tu mujer ha trabajado muy duro por su hogar con la esperanza de ser correspondida y la falta de avances empieza a ser muy notoria.

—Elisa se casó conmigo aceptando la situación, jamás me exigirá nada.

Desde un principio, él fue muy claro al decirle que jamás podría corresponder su amor y que si se unía a ella en matrimonio era netamente por el bebé que estaba en camino. Porque en el fondo él estaba tratando de ser un mejor padre que el que la vida le dio.

—¿Cómo crees que se siente cuando todos los días le dices a tu hija lo mucho que la amas?, ¿crees que no desea recibir el mismo trato que la dulce Lucy?

—¡No puedo! ¡Lo he intentado, pero…!

—Mentira, tú nunca lo intentas —le cortó con frialdad y Jacob dio un paso hacia atrás,

totalmente ofuscado, odiaba oír sus verdades—. Tú te has conformado con lo que tienes y dejaste que Elisa siguiera luchando dentro de una guerra perdida, ¿no crees que estás siendo egoísta?

—Eso no es así, hago todo lo que puedo para hacerla feliz.

—¿Ah sí? —se mofó—. Tú lo tienes todo: un hogar, la mujer e hija perfectas, ambas te aman ciegamente y darían la vida por ti, pero ¿qué tiene Elisa?

—Moriría por ella —soltó apasionadamente y Franco chasqueó la lengua con diversión.

—Tu matrimonio es una farsa y la clara prueba de ello es que tienes dos hogares.

La sangre se le congeló y como si temiera que alguien pudiera escucharlos, lo reprendió con la mirada. Franco sonrió con sorna.

—¿Cuándo le dirás a Elisa que el trabajo que tienes en Seattle es una farsa y sólo huyes a tu departamento, del cual ella desconoce su existencia, por dos semanas para no tener que convivir mucho tiempo con ella y tu hija?

La culpabilidad lo golpeó con fuerza y sintió una horrible presión en el pecho que lo llevó a encogerse en su lugar.

—Nunca la he engañado.

Y tampoco sintió deseo alguno de hacerlo.

—Ya le mientes al huir de tu hogar cada dos semanas, creo que eso es mil veces peor que una infidelidad porque es un rechazo directo hacia ella y tu hija.

—¡Eso no es verdad! Me voy porque quiero que tengan su espacio, no quiero arruinar sus vidas.

Era un hombre roto, tenía muchos problemas internos, no deseaba amargar la vida de Elisa y Lucy con su presencia. Temía que, si se quedaba mucho tiempo con ellas, las peleas comenzaran a llegar y su matrimonio se viera gravemente afectado por eso.

—Huyes de tu familia, ¿por qué diablos te casaste si nunca quisiste tener una?

Tragó con fuerza, hace unos años habría dicho que lo hizo por su hija, pero ahora mismo era muy consciente de que sólo quiso atarse a Elisa de por vida porque no se imaginaba junto a otra mujer que no fuera su mejor amiga.

—¿No la amas? — preguntó Franco y Jacob cuadró los hombros con inquietud.

¿La amaba? Bueno... para empezar, ¿qué era el amor?

Tenía que admitir que imaginarse una vida sin Elisa hacía que se sintiera enfermo. Es decir, ella lo adoraba, se dedicaba plenamente a él y a su felicidad, y jamás lo dejó solo ni actuó de manera egoísta.

—No lo sé — confesó.

—Averígualo —ordenó con sequedad—. Sé que escuchar un «no lo sé» es un gran paso viniendo de ti, quien decía que jamás lograría amar a nadie, pero ¿sabes? Elisa no es una mujer que suele guardar silencio, creo que su gran amor hacia a ti ha reprimido lo que realmente estuvo sintiendo estos años.

—¿Qué estás insinuando? — empezó a molestarse.

—Ella podría marcharse.

—¿Estás loco? Elisa jamás lo haría, ella me ama... — y ahí murieron sus palabras.

Palabras que eran totalmente egoístas.

—Créeme que ese sentimiento ella lo atesora con todo su ser, pero ¿crees que Elisa no desea sentirse igual de amada?, ¿crees que no quiere dejar de tener sexo y hacer el amor?

Ellos no sólo tenían sexo, su conexión era especial y por esa razón seguían juntos. Franco no tenía por qué opinar sobre su matrimonio, ¡nunca se quedaba más de un mes en Manhattan porque siempre estaba huyendo de su pasado!

—¿Crees que sabes lo que ella quiere?

—Hasta un ciego lo notaría. Elisa siempre te adoró y a pesar de tu rechazo, ella siguió gritando a los cuatro vientos sus sentimientos. —Odiaba que tuviera tanta razón—. Dime algo, ¿desde hace cuánto tiempo que ella no declara su amor en voz alta?

Jacob sudó frío.

—Unos meses —musitó con voz débil, tratando de hacer memoria.

Claro, esa era la razón por la que estaba tan afligido. Nada había cambiado en su relación, ella siempre lo atendía como a un rey, mantenía la casa limpia y nunca tuvo problemas de ningún tipo con su hija, pero ahora ya no era el único que se despedía con un simple «cuídate».

El miedo empezó a apoderarse de su ser y las piernas le temblaron.

—Ella te dijo algo —no era una pregunta, sino una afirmación.

—No me dijo nada —lo miró con obviedad—, Elisa es incapaz de quejarse de ti.

—¿Le dijo algo a Gregory?

—Se vieron hace unos días y él citó estas palabras: Ha dejado de brillar, Jacob la está marchitando.

—Maldición —alborotó su cabellera con desespero, ¿por qué le costaba tanto mostrarse indiferente ante la situación?

En otra ocasión habría dicho que la decisión era sólo de Elisa.

—Es algo tarde —comentó Franco de pronto, mirando la hora en su celular—. Tengo que irme, me reuniré con una amiga después de tres meses de separación así que quiero mostrarme lo más sereno posible y ser puntual. —No podía tomar en serio a esa mujer porque estaban hablando de Franco, el hombre que se enamoraba cada tres segundos de una nueva mujer porque la que él quería jamás podría ser suya—. Cuéntame cómo te va —le guiñó el ojo y abandonó su oficina, dejándolo totalmente solo en la estancia para analizar la situación con más calma.

Elisa siempre parecía conformarse con sus regalos, por lo que sería interesante preguntarle qué era lo que realmente quería recibir en este aniversario. Tenía dinero de sobra para costearse lo que ella quisiera, por lo que su respuesta no debería generarle inquietud.

Su celular vibró y miró la pantalla con interés, acababa de llegarle un mensaje.

“Tengo una reunión importante, ¿puedes ir por Lucy a la escuela?”

Elisa sólo le escribía en horas laborales cuando la situación lo ameritaba, por lo que suponía que el día de hoy él tendría que hacerse cargo de su pequeña durante la tarde. Miró el lugar con indiferencia, era el jefe, todos se movían a su antojo, así que tenía tiempo de sobra para cuidar de su hija.

“Está bien”.

Si pensó que ella le escribiría algo más, se equivocó.

Cuando llegó a la escuela de Lucy, sólo tuvo que esperar diez minutos antes de ver a su hermosa hija corriendo en su dirección. Sus rizos color azabache brincaban con entusiasmo y sus ojos color esmeralda, tan parecidos a los suyos, brillaban con emoción contenida al verlo ahí.

—¡Papá!

—Princesa —la tomó en brazos y la hizo girar en el aire.

—¿Por qué no vino mi mamá? —fue lo primero que preguntó.

—Tenía mucho trabajo, espero que eso no te moleste.

Su hija negó rápidamente con la cabeza.

—Eso quiere decir que hoy te ayudaré a ti en el trabajo.

Jacob se rio por lo bajo, era normal que su hija se quedara en la productora de Elisa durante las tardes, puesto que hasta la fecha no habían encontrado una niñera de su confianza.

Elisa se rehusaba a dejar a su hija con cualquier extraño.

—Así es, aunque antes me gustaría ir a buscar un regalo para tu madre —musitó en tono confidencial y su hija chilló con entusiasmo.

—Sí, vamos, yo te ayudo.

Ellas pasaban mucho tiempo juntas, por lo que quizá su hija podría serle de ayuda.

—¿Qué crees que podría gustarle? —preguntó una vez que llegaron al centro comercial y Lucy observó las tiendas con atención.

—Ella siempre dice que un poco de tiempo no le vendría mal.

Frunció el ceño, ¿tiempo?

Su esposa era la jefa de la productora, ¿por qué tendría problemas de tiempo?

—¿Dijo algo más?

—Que necesita vacaciones.

Jacob no pudo evitarlo y se preguntó qué tipo de vacaciones querría su esposa.

Esa noche llegó a su casa sintiendo un extraño desazón en la garganta y nada mejoró cuando vio a Elisa en la cocina moviéndose de un lugar a otro para abarcar más espacio y avanzar más

rápido en su deber.

—Lo siento tanto —dijo atropelladamente, sin dirigirles la mirada—, la reunión se alargó, pero pronto tendré la cena lista.

—Debiste decírmelo y habría comprado algo —susurró, mirando el deportivo que llevaba puesto y las grandes ojeras que reposaban debajo de sus ojos.

Ella se veía agotada.

—¡Hoy fuimos de compras, mamá! —Lucy se acercó a Elisa y su esposa se acuclilló para abrazarla y regalarle un beso sonoro—. ¿Cómo te fue en el trabajo?

—Vamos bien —regresó a su labor y Jacob observó las verduras que aún no estaban picadas —. Ve a cambiarte, te llamaré cuando la comida esté lista.

Su hija se marchó sin dudarlo y él se ató un mandil a la cintura para ayudarla con la ensalada. Era bueno cocinando, sus años de soledad hicieron que aprendiera muchas cosas, pero desde que se casó con Elisa empezó a frecuentar muy poco la cocina.

—No hace falta que lo hagas —musitó con inquietud, como si fuera un pecado que él picara las verduras, y Jacob le regaló una sonrisa—. Debes estar cansado, fuiste por Lucy y te hiciste cargo de ella.

—Tú haces eso todos los días —comentó y empezó con su labor—. Déjame ayudarte.

Ella lo pensó un poco, pero finalmente asintió.

—Bien.

En esta ocasión empezó a desplazarse por el lugar con más calma y eso le dio la oportunidad perfecta para estudiar su aspecto. Su pelo estaba atado en un moño desordenado, su rostro no poseía ni una gota de maquillaje y la comisura de sus labios una vez más estaban direccionadas hacia abajo.

¿Sería verdad lo que Gregory dijo?, ¿estaba acabando con el brillo de su esposa?

—Nuestro aniversario es en diez días —sacó el tema a relucir de manera casual y Elisa estuvo a poco de hacer caer la bandeja de carne—. ¿Todo en orden?

—Sí, sólo tropecé —respondió atropelladamente.

—Me pregunto si hay algo que te gustaría hacer.

Elisa metió la bandeja al horno y se volvió en su dirección.

—Olvidemos la cena, no tengo tiempo para hacerla. —La piel se le erizó, Elisa siempre sacaba tiempo para complacerlo, ¿por qué ahora era diferente?—. Organizaré algo más tranquilo, como en los viejos tiempos.

¿Cómo en los viejos tiempos?

—Eso suena maravilloso —reconoció con una débil sonrisa en el rostro, al menos ella tenía algo en mente para su aniversario—. ¿Qué te gustaría que te regale?

—Son siete años de matrimonio. —Lo sabía y se sentía culpable por no saber qué podría

gustarle—. Olvida el regalo, ya no es necesario.

Sus ojos verdes la miraron con sorpresa, ella siempre se tomaba muy en serio sus aniversarios, ¿por qué ahora pretendía festejarlo como si fuera un día común y corriente?

—¿Hay algo que te inquiete? —se atrevió a preguntar y dejó su labor de lado.

Ella le dio un sorbo a su vaso de agua y por primera vez desde que llegó a su casa conectó sus miradas.

—¿De verdad me harás esa pregunta? Creí que no querías involucrarte —sus palabras fueron dichas con cautela, pero pudo captar el resentimiento en ellas.

—¿No es lo mejor? —apoyó las manos en el mesón—. Así evitamos las peleas y los momentos incómodos.

La pelinegra apretó la mandíbula y dejó su vaso de lado.

—Las peleas y los momentos incómodos son parte de una relación y un matrimonio, Jacob.

—A mí no me gustan —farfulló y enderezó la espalda con toda la intención de poner un alto al rumbo que estaba tomando su conversación—. ¿Me dirás qué te sucede o pretenderás iniciar una pelea? Porque si es así, prefiero ir a nuestro dormitorio.

Elisa lo miró con fijeza, como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar, y luego ladeó el rostro, consternada, seguramente preguntándose qué diablos podría responderle ahora.

—Tengo mucho trabajo, eso es todo —apartó la vista y empezó a lavar los trastes.

Por alguna extraña razón, lejos de relajarse, su actitud no hizo más que irritarlo. Su Elisa habría peleado y lo habría mandado al diablo con tal de expresar su pensar, pero al parecer el rol de esposa le había dado un papel de sumisión que él no notó hasta ese momento.

Capítulo 2

Elisa siempre pensó que su amor por Jacob se mantendría intacto, pero mentiría si dijera que últimamente su determinación en cuanto a mantener a su perfecta familia unida no hacía más que flaquear. Amaba a Lucy y aún quería mucho a su esposo, pero no era feliz y tenía la leve sospecha de que Jacob la estaba pasando tan mal como ella al tener que lidiar con toda esta farsa.

—Nunca debí forzar las cosas —se frotó las sienes con cansancio.

Debió seguir con su vida y enterrar sus sentimientos desde el primer momento que Jacob le dijo que jamás podría amarla, pero… luego le hizo el amor y algo en su interior decidió engañarla diciéndole que Jacob nunca haría algo así sin sentimientos de por medio.

—Romantizaste tu embarazo —respondió Vanesa, su asistente y mejor amiga, y Elisa la miró de reojo—. Es algo normal, ambos tenían veintidós años cuando sus vidas cambiaron.

Sonrió con amargura y observó su oficina con pesar.

No podía negar que sus padres y el tío de Jacob tenían mucho que ver con su éxito laboral, en otras circunstancias ella habría tenido que dejar la universidad y Jacob enfocarse netamente a su trabajo para poder hacerse cargo de su hogar.

«Es justamente lo que él hace», pensó con amargura.

Para su esposo nada era más importante que su amado trabajo.

—¿No se supone que esta semana que viene debe irse a Seattle? —comentó Vanesa de pronto, frunciendo el ceño, y ella asintió.

—Postergará su viaje una semana porque en tres días es nuestro aniversario.

—No entiendo por qué debe ir y venir, es el jefe, ¿no?, ¿por qué simplemente no designa un gerente en las sucursales de Seattle?

Porque en el fondo Jacob sólo buscaba alejarse de ella.

Elisa no era estúpida, lo conocía bastante bien como para saber que él aún mantenía su distancia y recelo en cuanto a Lucy y ella, era como si no quisiera abrir su corazón y eso era desquiciante porque ella podía lidiar con la falta de un esposo, pero odiaba que su hija no pudiera disfrutar plenamente de su padre.

Suspiró.

Hacerle un reclamo al pelinegro quedaba fuera de lugar, dado que él siempre fue sincero y directo en cuanto a sus intenciones, pero suponía que si quería tirar la bandera en cuanto a su matrimonio tendría que darle una explicación.

—¿Estás segura de que quieres esto? Jamás seré el tipo de esposo que deseas tener, me casaré contigo por el bebé y…

—Quiero tener a mi hijo —zanjó con valentía, la sola idea de renunciar a él era escalofriante.

Jacob se pasó una mano por el cabello con nerviosismo, estaba claro que nunca se planteó la idea de tener un hijo, y Elisa sonrió con pesar.

—No tienes que casarte conmigo ni pensar en él si no lo deseas.

—¡Jamás abandonaré a mi hijo! —dijo apasionadamente, haciéndola respingar. Él no deseaba ser igual que su padre—. Así que supongo que solo hay un camino que seguir, Gregory nunca aceptará algo diferente y por eso estoy aquí.

Lo sabía, el tío de Jacob era un hombre justo y responsable, por lo que no aceptaría una unión libre con un bebé en camino.

—¿Al menos dime que lo intentarás? —rogó en voz baja y los ojos verdes la observaron con disgusto—. Es imposible que no sientas algo por mí, hemos estado juntos durante muchos años y…

—Y el sexo es bueno —le cortó con dureza, interrumpiendo su discurso—. Seré claro contigo, Elisa, jamás podré amarte, nunca te daré aquello que anhelas, por lo que te sugiero que pienses bien las cosas.

No era verdad, Jacob la quería y por esa razón siempre iba tras de ella. Era él quien la buscaba la mayoría de las veces, por lo que estaba segura de que eran sus miedos los que lo hacían retroceder y cerrar su corazón.

—Lucharé por tu amor hasta el último momento.

Jacob se rio con cinismo, como si acabara de decir algo estúpido, pero su determinación no tembló.

Haría que él la amara con la misma intensidad con la que ella lo amaba.

Pecó de ilusa al creer que podría curar una herida que él no estaba dispuesto a cerrar. Jamás pensó que luchar por su primer y único amor sería tan desgastante.

—Debes pensar más en ti —susurró Vanesa con cautela y la miró de reojo, de más estaba decir que ella no apoyaba el tipo de matrimonio que estaba sobrellevando y eso no tenía nada que ver con el hecho de que le cayera muy mal a Jacob—. Tienes veintinueve años y te ves acabada, en cambio tu esposo no ha hecho más que rejuvenecer.

¿Y cómo no iba a hacerlo?

Si él era un experto a la hora de huir de los problemas, ni siquiera estaba presente cuando la directora de Lucy pedía verlos, o cuando su hija se ponía caprichosa y no quería hacer sus tareas, él… era un padre ausente.

A veces se preguntaba si siquiera era un buen esposo.

Se cruzó de brazos, pensativa. Jacob no le daba dinero para sus gastos, poco importaba que su sueldo fuera malditamente bueno, él pensaba que ella estaba bien con lo que le daba porque cuando de él se trataba, ella no sabía pedir ni quejarse.

Estaba muy acostumbrada a recibir sus migajas.

—Si se lo pidieras te daría más —espetó su amiga, como si pudiera leerle la mente, y ese comentario captó su atención—. Creo que estás muy callada, quejarse no es un delito.

—Él trabaja mucho y…

—Te encargas de la productora, cuidas de tu casa e hija, te aseguro que tú también trabajas mucho.

Y por esa razón se sentía agotada, ¿en qué momento dejó de ser dueña de su propia vida?

—Nadie me dijo que la vida de casada sería tan difícil.

Aunque si era sincera, lo que realmente le resultaba difícil era convivir junto a un hombre que no estaba dispuesto a amarla, pero que jamás perdía el tiempo cuando debía llevarla a la cama.

—¿Qué tienes en mente?

Se ruborizó, en el pasado se había dicho que nunca dejaría a Jacob, pero ahora mismo no podía dejar de preguntarse cómo sería su vida si volviera a ser una Martínez.

—No lo sé.

Una parte de ella quería huir de la monotonía, pero otra deseaba seguir luchando por su amor imposible.

—Creo que necesitas pasar más tiempo con tu marido.

¿Más tiempo?

Tal vez podría hablar con Jacob respecto al tema y pedirle que considerara la idea de contratar a un nuevo gerente en Seattle, pero ¿valdría la pena?, ¿qué tal si se llevaba una nueva decepción?

—¿Y si me divorcio?

Vanesa la conocía tan bien que ni siquiera se sorprendió cuando se planteó esa posibilidad.

—Es complejo, él podría pelear por la casa, el auto y todo por lo que estuvo pagando con su trabajo.

—No le quitaré sus cosas —la garganta se le cerró y la castaña la miró con disgusto.

—Pero también son tus cosas, porque de no haber sido por tu sacrificio, él no habría llegado tan lejos.

—No lo verá de esa manera.

Porque para Jacob todos sus logros eran solamente suyos.

—Si te divorcias te quedarás sin casa.

—Tengo mis ahorros. —El dinero no era un problema, ante cualquier situación sus padres la apoyarían, aunque si era sincera, prefería no llegar a esos extremos.

—Todo será más caro para ti si te quedas a cargo de Lucy, ¿podrías asegurar que te dará pensiones?

—Tal vez no serán tan generosas como las del papá de Santi —mencionó al pequeño hijo de Vanesa—, pero con que me alcance para el colegio y su comida soy feliz, recuerda que yo también estoy triunfando laboralmente.

Pero ¿a qué costo?

Últimamente la cabeza no dejaba de martillearle.

—Debes hacer lo que te hace feliz —concluyó Vanesa, sujetando los documentos que estuvo buscando todo este tiempo.

—¿Tú eres feliz? —Ella sonrió con tristeza.

—Tú mejor que nadie sabe lo que un hijo representa. Cualquier situación será buena siempre y cuando Santiago siga a mi lado.

Elisa asintió, sabía que la vida de su amiga no fue nada sencilla cuando llegó con su difunta madre a Manhattan, pero debía reconocer que había llegado más lejos de lo previsto porque ahora vivía en una hermosa casa que le pertenecía a su hijo y estaba lo suficientemente acomodada como para trabajar en lo que se le apeteciera.

A veces no entendía por qué vino en busca de un empleo, las pensiones del papá de Santi eran casi millonarias.

—Un divorcio cambiará tu vida para siempre.

Su corazón empezó a bombear sin control alguno. Eso era justamente lo que deseaba, un cambio que le diera la oportunidad de soñar en grande, algo que junto a Jacob ya no parecía factible.

A diferencia de otros días, esa noche pudo preparar la cena con mayor tranquilidad y una vez que estuvo en la mesa con Jacob y Lucy, se armó de valor para hacer un nuevo intento para salvar su matrimonio.

—He estado pensando que tus viajes a Seattle son inútiles. —Jacob apartó la vista verdosa de su plato para prestarle su atención—. Ya terminaste de pagar la casa hace meses, ¿por qué no contratas a alguien más que se encargue de esa sucursal? —añadió sonriente, tratando de mantenerse serena—. Me gustaría tener a mi esposo en casa durante todo el mes y no cada dos semanas.

—Es imposible —respondió con dureza—, mi empresa sólo funciona bien cuando yo estoy presente.

—Jacob…

—No sucederá, me gusta ir a Seattle —respondió con sencillez, generándole una gran inquietud en el pecho.

—¿Eso quiere decir que te gusta alejarte de nosotras durante dos semanas? —miró a Lucy de reojo, ella estaba muy atenta al video que estaba viendo en su celular.

—Es liberador. —La sangre se le congeló—. No siempre tengo la energía y el tiempo suficiente como para tratar todos los asuntos de la casa.

—¿Y cuáles son esos asuntos?

Porque según ella, era ella quien lidiaba con todo eso.

—No tiene caso que insistas, pensaba informártelo más tarde, pero debo salir a Seattle de urgencia.

—¿Y nuestro aniversario? —enarcó una ceja y lo vio removerse en su lugar.

—Volveré ese día.

—¿Y luego volverás a irte?

Jacob soltó sus cubiertos generando un ruido sordo en la mesa y Lucy apartó la vista del celular con rapidez.

—Se me quitó el hambre —siseó y abandonó la mesa sin emitir palabra alguna, dejándola más decepcionada que nunca.

«Y a mí el amor».

—¿Estará enfermo? —preguntó Lucy con preocupación y Elisa parpadeó varias veces para controlar sus lágrimas.

¿Cómo decirle que eran ellas quienes le generaban todo su malestar?

—No, sólo no tiene hambre —musitó y se llevó un pedazo de carne a la boca, preguntándose qué diablos haría con la comida de Jacob.

Minutos más tarde su celular comenzó a vibrar y frunció el ceño al ver que se trataba de Patrick, su socio y buen amigo.

—¿Aló?

—*Espero que no sea una mala hora.* —Observó el lugar vacío de Jacob—. *Hay algo que quiero decirte, es urgente.*

—¿Puede ser pasado mañana?

—*¿Pasado mañana?*

—Sí —se frotó la frente, abatida—. Tomaré un día libre, he estado algo enferma y…

—*¿Quieres que te lleve algo?, ¿fuiste al doctor?*

—No, no, se me pasará con la medicación correcta —susurró con esfuerzo.

¿Por qué Jacob no podía mostrar el mismo interés que Patrick por ella?

—*Vanesa me dijo que tu esposo no viajó a Seattle, deberías decirle que te lleve al doctor.*

Lo más probable era que Jacob le prestaría las llaves de su auto, pero…

—Surgió una emergencia y debe irse.

—*¿Y su aniversario?*

—Volverá ese día.

Aunque si era sincera, prefería que él se quedara en el amado lugar que lo liberaba de todo el peso que Lucy y ella representaban.

—*Ya veo…*

—Estaremos hablando, ¿de acuerdo?

—*Cuídate.*

Esa noche decidió dormir en la habitación de su hija, pero a la mañana siguiente nada la preparó para ver como Jacob tomó sus cosas y se marchó sin siquiera decir un adiós.

—¿Tan aburrido de nosotras estás?

Al parecer no era la única que anhelaba su libertad.

Capítulo 3

—¿Cómo diablos se te ocurre salir de tu casa a tan solo días de tu aniversario? —farfulló Franco, quien al enterarse de la situación no dudó en ir a buscarlo a su departamento—. Por Dios, Jacob, debes reacomodar tus ideas y tomar una decisión cuanto antes, Elisa no merece esto.

—Me puse nervioso, maldita sea, me estaba pidiendo que suspendiera mis viajes a Seattle y…

—¡Porque nadie quiere un esposo que sólo esté disponible dos semanas al mes! —vociferó y se sentó frente a él—. ¿Qué harás si llega a enterarse que tienes tu propio departamento en Manhattan y nunca te vas a Seattle como se lo dices?

—Eso no sucederá.

Él era muy discreto y su gente siempre decía lo que les ordenaba.

—Es como si tuvieras dos hogares —completó Franco y él lo fulminó con la mirada.

—Nunca la he engañado.

Por más loco que pareciera, le resultaba simplemente imposible desear a otra mujer que no fuera Elisa y quizá por esa razón cuando llegaba a su casa no perdía ni un solo segundo a la hora de hacerle el amor, porque vivir dos semanas lejos de esa mujer era un infierno.

—Tal vez no existe otra mujer, pero todo esto —señaló su departamento—, es un engaño.

Jacob alborotó su cabellera con desespero.

—Algo no anda bien con ella y me inquieta —confesó con aspereza, bajando la mirada—. Quiero darle su espacio, quiero creer que a mi regreso todo volverá a ser como antes y mi esposa volverá a abrazarme y besarme con la misma pasión de siempre.

Franco se frotó las sienes con frustración.

—Es hora de que abandones tu burbuja. —Lo buscó con la mirada—. Si ella te hace tan feliz y es tan indispensable para ti, ¿por qué no puedes amarla?

—No lo sé —susurró con amargura—, sólo sé que la necesito y que mi vida sería un caos sin esa mujer en ella.

—Imbécil —siseó su amigo y Jacob no puso objeción alguna porque así se sentía—. ¿Qué harán para tu aniversario? —negó con la cabeza—. ¿No organizaste nada?

—Ella se hará cargo de todo.

El silencio se cernió sobre ellos por largos minutos y finalmente se recostó en el respaldo del sofá, no muy seguro de como proseguir. Volver a su casa, dejar de ausentarse por dos semanas para empezar a compartir con ellas parecía una idea fascinante, pero ¿y si las aburría, si se cansaban de él y comenzaban a odiarlo?

«Tu sola existencia es desquiciante, ¡largo de mi vista!»

Su madre lo había amado, al menos eso era lo que él quería creer, pero todo cambió con la muerte de Lucia, su pequeña hermana, por lo que suponía que el amor de Elisa también podría sufrir cambios con el tiempo si él comenzaba a frecuentarla más de lo debido.

—Deberías divorciarte.

Esas palabras hicieron que la sangre se le congelara y miró a Franco como si tuviera dos cabezas. Seguramente escuchó mal, no había manera de que el castaño le estuviera dando una sugerencia de ese tipo, ¡¿acaso lo estaba escuchando?!

—Eso no sucederá —soltó con rudeza, abandonando su lugar con rapidez, y su amigo hizo lo mismo—. Elisa y yo juramos estar juntos hasta el día de nuestra muerte y así será, ¿lo entiendes?

—Pero no la quieres.

—¡¿Tú qué sabes?! —explotó y sintió inmensas ganas de golpearlo, pero pudo evitar que el violento Jacob de su juventud saliera en libertad—. Yo se lo advertí desde el primer día, le dije que se alejara y ella se quedó a mi lado por voluntad propia, así que no permitiré que se marche tan fácilmente.

Menos cuando gracias a ella no estaba sumido en la desesperación.

Su esposa lo era todo para él.

—¿Qué diablos sientes por Elisa?

—No lo sé —gruñó con disgusto—, pero es algo intenso y primitivo.

Porque cada vez que se imaginaba a Elisa con alguien más, su poca cordura se esfumaba y volvía a ser el joven de dieciocho años violento y posesivo.

—¡Para, Jacob! —gritó la pelinegra, tirando de su brazo, y Jacob dejó de golpear al rubio que ahora estaba debajo de su cuerpo—. ¿Qué haces? —Lo alejó del malnacido y Jacob rugió por lo alto.

—¡Largo! No quiero verte —lo toreó, ansioso por golpearlo de nuevo, y el muy cobarde salió huyendo—. ¡No vuelvas a acercarte a ella o…!

—¡Basta! —Elisa se plantó frente a él, totalmente ofuscada, y Jacob la sujetó del mentón con rudeza—. ¿Qué haces? Dijiste que lo nuestro no era nada serio.

—Yo no dije eso.

—Bueno, al decir que no quieres ser mi novio, ese es el significado.

—¡Tú no puedes estar con otro imbécil! —escupió y la metió a su auto con movimientos torpes, ¿por qué tuvo que venir a esta maldita fiesta?—. Se supone que me amas —dijo una vez que estuvo en el auto y Elisa se frotó las sienes con cansancio.

—Quiero un novio —siseó con disgusto—. Quiero saber lo que es tener una linda relación y contigo sólo puedo ser cariñosa en la cama.

—¿Por qué tienes que complicarlo tanto? Los últimos tres años han sido buenos y…

—Y no es suficiente —fue sincera y conectó sus miradas—. Quiero y buscaré más.

—Eso lo veremos —farfulló y sin previo aviso se abalanzó sobre ella, agradeciendo que su auto estuviera muy bien resguardado dentro de ese callejón porque no fue nada cuidadoso a la hora de embestir contra ella y hacerle el amor con pasión desmedida—. Eres mía, ¿lo entiendes? —gimió, besando su cuello, y ella asintió con desespero.

—Oh, Jacob, un poco más…

Ella era tan retorcida y perversa como él.

—¿Te gusta? —empezó a bombear con más suavidad.

—¡Sí, joder! ¡Termina ya!

—No —atenazó sus muñecas y las subió por encima de su cabeza—. Quiero que me prometas que esta será la última vez que me saques de quicio, odio atacarte de esta manera.

Ella le sonrió con picardía.

—A mí me encanta cuando me atacas y me tomas con desenfreno.

—Estás loca —tragó con fuerza y antes de recibir una respuesta, la besó con lujuria y le dio aquello que tanto necesitaba, descubriendo entonces que hacerlo sin condón era mil veces mejor.

—Esa mujer nació para ser mía.

Y muy probablemente, él nació para ser totalmente suyo.

—Sí, bueno, al paso que vas, ella querrá ser de cualquiera antes que tuya.

Lo fulminó con la mirada, odiaba que Franco fuera tan sincero con cada una de sus afirmaciones.

—Prepara algo para tu aniversario —le ordenó antes de marcharse y él se quedó totalmente inmóvil en su lugar, observando su departamento en silencio.

Estaba seguro de que ese lugar sería más acogedor si su esposa e hija estuvieran ahí.

***

—¿Tienes idea de qué harán mañana? —inquirió Vanesa con curiosidad, puesto que no le había pedido que hiciera ninguna reservación ni la ayudara a escoger un regalo para Jacob, y Elisa negó con la cabeza.

—Estoy harta de ser la única que se preocupa por ese día.

La falta de interés de Jacob había mermado todo su entusiasmo respecto a esa fecha.

—¿Hablaste con él?

Negó con la cabeza, aún seguía molesta por su partida tan fría y cruel.

—¿Qué tienes en mente? —insistió y Elisa suspiró.

—Creo que compraré un auto —desvió el tema, estaba harta de que su vida gire en torno a Jacob—. Recoger a Lucy en bus o a pie está resultando agotador.

—Es una buena idea, pero debes revisar tus números. —Frunció el ceño—. Necesitarás un apartamento para ti y Lucy, no creas que no sé qué estás hablando con tu abogado, recuerda que soy tu asistente y mano derecha.

Siseó una maldición.

—No te entrometas, sólo hice un par de averiguaciones.

—¿Y bien?

—Todos los bienes deben repartirse de igual manera, pero a veces una de las partes complica las cosas.

—Y como la otra parte no va a quejarse… —añadió con sorna y Elisa ladeó le rostro con frustración.

—Él pagó la casa, él se compró su auto, no puedo exigirle nada.

—Tú cuidaste de Lucy, tú trabajaste tres veces más que él para que pudiera pagar la casa, también es tu hogar.

Elisa alborotó su cabellera oscura con desespero.

¿Quería evitar los problemas o simplemente no estaba dispuesta a llevarse una nueva decepción por parte de Jacob?

—Puedo sola.

En el fondo tenía la fe de que él facilitaría las cosas y pensaría en el bienestar de Lucy, después de todo, su hija necesitaba un techo seguro.

—Eso es evidente —susurró Vanesa, leyendo los informes—. Llevas siete años haciéndolo totalmente sola, él no es indispensable para ti. —Esas palabras no le brindaron el más mínimo de los consuelos—. El señor Ganger me pidió que te reúnas con él a las cinco.

Cierto, Patrick quería hablarle de algo importante y ella lo había olvidado por completo.

—Está bien —abandonó su lugar con rapidez—, pero ahora iré por Lucy, encárgate de que todo vaya bien en la productora durante mi ausencia.

—De acuerdo.

Media hora más tarde, Elisa volvió a repetirse lo muy necesario que era adquirir un auto nuevo. Odiaba subirse al metro y más cuando este era un atestar de personas.

—¡Vanesa!

Lucy corrió hacia su amiga ni bien esta apareció en su campo de visión y Elisa se alarmó cuando la castaña le señaló su reloj de mano. Eran las cinco y cuarto.

—Ahora vuelvo —dijo aceleradamente y corrió hacia el ascensor para ir a las oficinas de finanzas—. Lo siento, ir por Lucy me tomó más tiempo del acostumbrado —dijo nada más ingresar a la oficina del rubio y su amigo le sonrió con comprensión.

—Debiste decirme que irías por ella, podría haberte llevado —espetó con amabilidad y ella tragó con fuerza, ya no quería recurrir a él, últimamente Lucy no hacía más que preguntarle por Patrick y eso era inquietante. Lo menos que necesitaba era tener más problemas en casa—. Pasa, hay algo que quiero hablar contigo —le indicó el asiento que estaba frente a él.

—¿De qué se trata?

—Sabes que te quiero mucho y eres muy importante para mí. —Se tensó, ¿Cuántas veces más tendría que rechazarlo?

—Patrick…

—Me tomé la libertad de investigar a tu esposo.

—¿Qué? —lo miró con incredulidad y observó el sobre que deslizó sobre su escritorio—. ¿Con permiso de quién hiciste algo así? Jacob…

—Te está engañando, Elisa —le cortó con dureza, helándole las venas.

—¿Cómo dices?

—Van tres meses que mi gente lo está siguiendo y tu marido nunca va a Seattle, él tiene un departamento a su nombre en Manhattan y se refugia en ese lugar para no tener que convivir contigo y con Lucy.

—Mentira —la voz le tembló—, Jacob jamás haría algo así, él…

—Ahí tienes fotos y la dirección del departamento —le indicó el sobre y ella se quedó mirando el mismo en silencio.

¿Jacob tenía otro hogar?

Podría ser… ¿qué él tuviera otra familia?

Tragó con fuerza y sujetó el sobre con lentitud.

—Ábrelo en tu oficina.

Lo miró con fijeza, ¿tan desesperado estaba de que concluyera con su matrimonio que se atrevió a contratar un detective para que siguiera a su marido?

—Lo abriré cuando lo crea conveniente.

Aunque lo cierto era que, al llegar a su casa, no hizo más que guardar ese sobre bajo llave. Patrick estaba equivocado, Jacob nunca la traicionaría y lo único que el rubio quería era generar un quiebre entre ellos un día antes de su aniversario.

¿Verdad?

Un nuevo mensaje la hizo respingar en su lugar y tragó con fuerza al ver que se trataba de Jacob.

“Mañana pasaré por ti a las seis, ponte guapa”.

Frunció el ceño, según tenía entendido habían quedado que ella se encargaría de todo; no obstante, debido a que no planificó nada, no puso objeción alguna y respondió con un simple:

“Te estaré esperando”.

«Van tres meses que mi gente lo está siguiendo y tu marido nunca va a Seattle, él tiene un departamento a su nombre en Manhattan y se refugia en ese lugar para no tener que convivir contigo y con Lucy».

Las palabras de Patrick retumbaron en su cabeza y observó el cajón de su cómoda con inquietud.

No era verdad, Jacob jamás sería capaz de hacerle algo así, no podía dejarse llevar por las palabras de su amigo, en el fondo él sí ansiaba un divorcio entre Jacob y ella, por lo que haría hasta lo imposible para que sus deseos se cumplieran.

«Una oportunidad más».

Después de mañana, ella decidiría qué camino tomaría su matrimonio.

Capítulo 4

«Deberías divorciarte».

Las palabras de Franco retumbaron en su cabeza mientras ingresaba a su casa y ladeó rápidamente el rostro para desterrarlas. Él no iba a separarse de Elisa y ella jamás aceptaría algo así, puesto que llevaba años luchando para que su matrimonio funcionara.

«Debo poner de mi parte», se dijo a sí mismo, reconociendo que quizá era momento de dejar de huir y acercarse un poco más a su esposa e hija.

La última noche actuó como un patán al irse a su alcoba sin terminar la cena y salir de su casa a la mañana siguiente como si ellas no merecieran una despedida. Se pasó la amplia mano por sus negros cabellos y torció los labios con disgusto.

¿Qué pensaría Lucy de todo esto?

Tal vez era una niña, pero de alguna forma debí afectarle su actitud, ¿verdad?

—¿Eli? —la llamó una vez que estuvo en medio de la sala y se acercó hacia las escaleras.

—¿Sí?

Paró en seco, observando en silencio lo hermosa que se veía ataviada en su vestido lila y tacones plateados.

¿Hace cuánto que ella no se maquillaba ni arreglaba el cabello?

—Te ves hermosa —le sonrió con picardía y Elisa se enderezó una vez que terminó de ponerse su pendiente para abrazarlo por el cuello con ternura.

—¿Cómo te fue en Seattle? —se tensó y le pareció percibir la inquietud en su rostro.

—Bien, todo está en orden —se apresuró a decir y la abrazó por la cintura—. ¿Lista para nuestra cena?

—¿Crees que es excesivo? —señaló su ropa y él negó con la cabeza.

—Te ves preciosa —la tomó en brazos, robándole una suave carcajada, y la llevó a su auto ignorando sus quejas.

—Estamos llamando la atención, no quiero que nadie nos vea así —susurró apenada y se cubrió el rostro con su bolso plateado.

—Pero eres mi esposa.

—Tú nunca sueles ser así —respondió sonriente una vez que la acomodó en el asiento de copiloto y él la buscó con la mirada—. ¿Todo en orden?

—Claro que sí.

Era verdad, en sus siete años de matrimonio, él nunca se molestó en cargar a su esposa. Ni siquiera para llevarla a la cama en su noche de bodas empleó el romanticismo.

—Me habría encantado casarme por la iglesia —reconoció Elisa con una débil sonrisa en el rostro y Jacob la miró de reojo—, pero bueno, ha sido un día especial y estuvieron todos nuestros seres queridos.

—Sí, no puedo quejarme —estudió la habitación del hotel Rivers que Gregory reservó para ellos como uno de sus regalos de bodas—. ¿Nadamos? Hay un jacuzzi. —La pasó de largo e ingresó a su habitación para quitarse su estúpido traje.

—¿No estás feliz de ser mi esposo? —inquirió a su espalda y él la miró por encima del hombro, ella se veía hermosa en su delicado vestido blanco—. Pareces molesto.

¿Realmente estaba molesto?

Era probable, si era sincero, no se sentía listo para afrontar una responsabilidad tan grande, pero de cierta manera el embarazo de Elisa era un llamado a tierra firme. Ahora no podía seguir siendo el joven irresponsable que todos sus amigos conocían, debía madurar y buscar la manera de estabilizarse junto a su esposa e hijo.

—Ahora soy tuya.

«Siempre fuiste y serás mía», respondió mentalmente y comenzó a desvestirse.

—¿Jacob?

—No me presiones —zanjó con frialdad y la pasó de largo para meterse en el jacuzzi.

Maldición, iba a ser padre, el mayor de sus temores estaba a punto de materializarse y lo peor de todo era que Elisa, la única persona que le importaba de verdad, estaba involucrada.

¿Y si terminaba lastimándola?

«No importa dónde estés, tú siempre traerás el mal», recordó las palabras de su difunta madre y tragó con fuerza. «Por tu culpa Lucia está muerta, tú nunca podrás ser feliz, no lo mereces».

Observó en silencio como Elisa ingresaba al jacuzzi totalmente desnuda y todo su cuerpo se estremeció cuando se posicionó junto a él.

—Lo siento —apoyó la mejilla en su hombro y Jacob la abrazó.

—Descuida, mejor enfoquémonos en nuestra noche.

Porque si ella seguía hablándole de lo afortunada que se sentía al tener un esposo como él, terminaría vomitando.

¿Algún día ella entendería que no era tan perfecto como creía?

La velada le pareció simplemente maravillosa y no tenía la menor idea de si eso se debía al hecho de que había dejado sus perjuicios de lado o a que Elisa estaba actuando con bastante soltura, como si entre ellos no hubiera pasado un embarazo ni siete años de matrimonio.

Sentía que estaba frente a su mejor amiga y eso era reconfortante.

Tal vez si se esforzaba un poco más, todo volvería a ser como antes.

—Es impresión mía o la estás pasando muy bien —comentó entretenido, viendo como finalizaba con su cuarta copa de vino, y sus mejillas se ruborizaron aún más.

—Sí, está resultando una noche liberadora —aceptó con un suspiró y observó el lindo paisaje con anhelo—. Hace mucho que no salíamos.

Incluso sus anteriores aniversarios los habían efectuado en su casa.

—Es verdad —le dio un sorbo a su vaso de agua—, el trabajo me ha tenido algo abrumado, pero tal vez las cosas empiecen a mejorar.

Debía deshacerse de su departamento, ya no podía seguir abandonando a su familia cada dos semanas.

—¿Lo dices en serio? —su radiante sonrisa lo hizo sentir como un maldito miserable y asintió.

Mentirle no era nada agradable.

—¿A dónde vamos? —inquirió una vez que estuvieron en el auto y Jacob le guiñó el ojo.

—Te tengo una sorpresa.

Elisa no tenía la menor idea de qué podía esperar de su esposo, por lo que cuando ingresó a la habitación del hotel Rivers, donde siete años atrás celebró su luna de miel, no hizo más que correr a los brazos de su marido para unir sus labios con hambre voraz.

—Me encanta —susurró entre besos y él sonrió contra sus labios.

—Es bueno saberlo.

La piel se le erizó cuando la tomó en brazos, puesto que no había hecho algo así en su luna de miel, y lo abrazó por el cuello con timidez, sintiéndose una niña sin experiencia y totalmente vulnerable. Odiaba admitirlo, pero le encantaba el trato que estaba recibiendo y esperaba que no fuera solamente producto de su aniversario.

¿A qué se debería su repentino cambio?

La última vez que se vieron él se había retirado de la mesa con bastante molestia, pero ahora mismo era como si esa escena se hubiera borrado de su memoria.

Elisa quiso analizar la situación y comprender mejor qué estaba sucediendo, pero cuando los labios de su esposo cubrieron los suyos, como de costumbre dejó de pensar con claridad e hicieron el amor por horas, por un momento quiso creer que su matrimonio estaba en su mejor momento y no existía ningún problema entre ellos.

—Hoy fue un día maravilloso —reconoció una hora más tarde, lanzando un largo suspiro de satisfacción, y Elisa lo abrazó con fuerza, no muy segura de qué decirle al respecto—. Lamento mucho lo que sucedió la noche anterior, me comporté como un imbécil.

—Lo hiciste.

Y por mucho que quisiera olvidarlo, no podía hacerlo. Sus sentimientos por Jacob habían cambiado, era incapaz de perdonar sus faltas con tanta facilidad.

—¿Puedes perdonarme?

«¿Tenía otra opción?»

Él odiaba pelear y un comentario suyo podría alterarlo todo con bastante facilidad.

—Está bien. —Lo buscó con la mirada—. Gracias por esta noche, no pude planear nada para ti.

Él le sonrió con ternura y besó su coronilla.

—Tú ya haces mucho por mí.

¿Recién lo había notado?

—¿Qué sientes por mí, Jacob? —preguntó de sopetón, sintiendo la horrible tensión que se cernió sobre el cuerpo masculino, y sonrió con tristeza. Todo parecía indicar que no estaba listo para hablar de ese tema—. Han pasado siete años desde que nos casamos, ¿aún no sientes nada por mí?

—¿A qué viene esa pregunta? —arrastró sus palabras y ella rompió el abrazo para brindarle su espacio—. Sabes que eres especial para mí, posiblemente no puedo vivir sin ti, ¿qué más necesitas saber?

—Quiero saber si me amas.

Sus ojos verdes brillaron con disgusto y cansancio, como si estuviera harto de seguir lidiando con ella, y Elisa se sintió profundamente herida al no poder recibir otro tipo de respuesta.

—Fui claro contigo desde un principio.

Y esas simples palabras no hicieron más que romperle el corazón.

—Jacob…

—No arruines esta noche.

¿A él sólo le importaba esta noche?

—Hablar de esto le hará bien a nuestro matrimonio —la voz le tembló.

—Nuestro matrimonio se efectuó por Lucy, por lo que mientras ambos velemos por ella, todo seguirá marchando a la perfección.

¿Acaso podía estar más equivocado?

Un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando él le dio la espalda y dio por terminada la mágica noche que estuvieron compartiendo hasta el momento. Había cosas que él simplemente no iba a tolerar y ella no podía hacer nada al respecto.

Elisa no tenía la menor idea de en qué momento sucedió, pero terminó profundamente dormida y cuando despertó no le hizo nada de gracia encontrarse con una nota de su esposo que decía que tuvo que partir a Seattle por una nueva emergencia, junto a cincuenta dólares para su taxi.

«Te está engañando, Elisa», las palabras de Patrick retumbaron en su cabeza y cuando llegó a su casa, se preparó para su día laboral en silencio y antes de salir a la oficina, sacó el sobre que Patrick le entregó y lo metió en su bolso.

—Tienes mala cara —espetó Vanesa nada más verla y Elisa se encerró en su oficina.

Si el trabajo de Jacob en Seattle era una mentira, ¿qué era lo que hacía durante las dos semanas que siempre salía de su casa?

Sacó su celular y le marcó a su papá.

—*Querida.*

—Hola, papi —susurró con nerviosismo—, quería pedirte un favor, ¿pueden pasar por Lucy esta tarde y quedarse con ella hasta el día de mañana?

Porque si la acusación de su amigo era real, las cosas no terminarían nada bien para Jacob y ella esta noche.

—*Está bien, ¿sucedió algo malo?*

—No, no, para nada —mintió—, sólo necesito que me hagan ese favor —susurró atropelladamente—. Tengo un asunto que atender hoy en la noche y Jacob partió a Seattle de emergencia.

Clavó la vista en su bolso.

En el fondo aún quería creer que su primer amor y gran amigo era incapaz de traicionarla.

***

Jacob tenía razones de sobra para considerarse un hombre exitoso, puesto que a sus veintinueve años de edad no sólo era el gerente de una de las empresas de bienes raíces más grande de Manhattan —aunque debía admitir que su tío tenía mucho que ver en eso—, sino que poseía un hermoso hogar junto a su esposa e hija.

Cruzó las piernas con desinterés, acariciando su copa de whisky con parsimonia.

Hace diecisiete años, cuando conoció a su mejor amiga, nunca se imaginó que la pasión que se desataría entre ellos en su adolescencia desencadenaría un sinfín de situaciones que marcarían su vida para siempre.

Nunca consideró casarse con Elisa, ni en sus más locos pensamientos la tomó en serio, y le parecía irónico de que la pelinegra jamás haya llegado a ser su novia, pero sí su esposa. Sonrió con cinismo, su embarazo fue un error de ambos, por lo que jamás podría culparla por nada, pero debía admitir que su pequeña Lucy era su adoración y la razón por la que siempre quería conseguir más.

Deseaba que su hija lo tuviera todo.

Le dio un sorbo a su copa, agradeciendo en silencio que Elisa no hubiera seguido su orden desde un principio.

—*Sabes que no quiero ser papá, ni siquiera quiero casarme, mi meta era ser feliz estando solo —siseó con disgusto y los ojos oscuros de la mujer relampaguearon con enojo.*

—Ya te dije que si no quieres participar de esto no lo hagas, pero nada de lo que digas me hará cambiar de parecer, quiero tener a mi bebé.

Jacob lanzó un juramento y golpeó el aire con disgusto.

—Ese bebé lo cambiará todo, eres muy joven para tomar una responsabilidad así.

Elisa lo observó con pesar y él dio un paso hacia atrás, descubriendo en silencio que odiaba ver la decepción en su semblante.

—Sólo vete, nadie se enterará de tu parentesco con mi hijo. Mis padres creen que sólo somos buenos amigos y tu tío piensa lo mismo.

¡Él no podía abandonar a su hijo! ¡Jamás sería tan ruin como su padre!

Pero… ¿quería unir su vida a una mujer que lo amaba con cada fibra de su ser y a la cual él nunca podría corresponder?

—Debes abortar.

—No.

¡¿Por qué tenía que ser tan tozuda?!

—Piénsalo, volveré en una semana cuando tus ideas estén más claras y…

—Mis ideas están más que claras —le cortó con dureza, reprendiéndolo con la mirada—. Eres tú quien debe tomar una decisión y te pediré que no regreses a menos que estés interesado en sentar cabeza.

—No volveré —aseguró con petulancia y ella asintió con resignación.

—Lo esperaba. —Jacob dio un paso hacia atrás, reconociendo que un golpe le habría dolido menos que esas palabras, ¿qué tipo de persona le creía?—. Sé que no quieres amarme, ni a mí ni a nadie, y respeto tu decisión de la misma manera que espero que tú respetes la mía.

—Si dejas que me marche, todo se acabará y recuerda que tú no puedes vivir sin mí.

Los ojos femeninos se cristalizaron, pero en esta ocasión ella no le dio una respuesta y salió huyendo en dirección contraria, como si conversar con él fuera una actividad de lo más insoportable.

Jacob aún recordaba que esperó por Elisa durante una semana y cuando se dio cuenta que ella no vendría, él se dirigió a su casa junto a su tío para hacer lo correcto.

Se frotó el rostro con frustración, esa vez había descubierto el gran poder que Elisa tenía sobre él, pero jamás dejó que ella se enterara de ese hecho y hasta la fecha ella creía que se casaron porque su tío se enteró sobre su embarazo y no porque él se lo hubiera contado con la intención de hacer lo correcto.

Jamás pensó que la vida matrimonial podría ser tan agradable, su casa siempre estaba en perfecto estado, Lucy era una buena niña y Elisa nunca le generaba ningún problema, desde que sus vidas se unieron, él dejó de sentir toda la presión sobre sus hombros y se dejó llevar por la vibrante energía de su esposa.

Sin embargo, si todo se sentía tan bien junto a Elisa, ¿por qué compró ese departamento hace más de cinco años con la intención de huir de su casa cada dos semanas con la mentira de que también era el director de la sucursal que estaba en Seattle?

Ladeó el rostro, consternado.

No era que amara a otra mujer, nunca consideró la sola idea de engañar a Elisa, pero… no quería acostumbrarse a ella, no quería sentir más de lo debido y tampoco quería que su hija generara un vínculo muy fuerte con él, puesto que Jacob jamás sería eterno y lo mejor que podía hacer era que ninguna de las dos se acostumbrara a su persona.

Él sufrió mucho cuando su padre se fue con su amante —pese a que la convivencia con sus padres fue un verdadero infierno porque con ellos no conoció más que abusos e insultos— y más cuando su madre se quitó la vida por ese suceso.

Elisa lo sabía, ella comprendía la razón por la que no deseaba abrir su corazón e incluso así aceptó unirse a él de por vida. Lo amaba tanto que le importaba muy poco sacrificar su propia felicidad.

No, eso no era verdad.

Él la hacía feliz, o al menos eso quería creer.

Es decir, el sexo era bueno, estaba llena de comodidades y siempre respondía a sus llamados.

¿Qué más podía pedir de él?

«Ella quiere que la ames», le informó una vocecilla y la apagó con rapidez. Ella no podía exigirle algo así porque él fue muy claro desde el día uno. «La abandonaste en el hotel Rivers después de su aniversario como si fuera una zorra y te refugiaste en tu departamento para no tener que enfrentarla, ¿cómo crees que se sintió?», la culpabilidad empezó a carcomerle por dentro.

Él nunca quiso casarse, nunca pidió ese tipo de vida, por lo que era normal que la insistencia de su esposa le generara tanta inquietud. Odiaba que le dijera que lo amaba, que quisiera besos suaves y encuentros románticos.

¡Su relación siempre fue sexual y eso nunca cambiaría!

«No pienso comprometer mi corazón», se dijo con dureza y sus ojos verdes se posaron en la pantalla de su celular cuando este empezó a vibrar.

—¿Qué sucedió? —inquirió con voz neutra.

—*¿Tan mal te fue en tu aniversario?* —rodó los ojos con aburrimiento, Franco era demasiado entrometido—. *Me enteré que estás en Seattle* —soltó con retintín—. *Llego en cinco, ¿por qué no vamos a un club?*

Torció los labios con disgusto.

Franco Timberlake era el ahijado de su tío y Gregory lo quería como a un hijo, puesto que lo retuvo a su lado por mucho tiempo después de que el castaño quedara huérfano. Jacob también lo quería como a un hermano, pero no podía pasar por alto que Franco llevaba una vida loca y sin compromisos, por lo que no era el tipo de compañía que un hombre casado debía tener.

Casi siempre se quedaba solo en el bar cuando salía con él porque el muy maldito se iba con la primera que le moviera la cola.

—No quiero, gracias —fue directo y conciso, él odiaba irse por las ramas.

—*De acuerdo, llegaré en cinco y me dirás qué diablos fue lo que sucedió en tu aniversario.*

«¿Qué sientes por mí, Jacob? Han pasado siete años desde que nos casamos, ¿aún no sientes nada por mí?»

Por esa razón jamás podría tener una vida normal junto a Elisa, porque ella aún seguía esperando algo que él jamás podría darle.

—¿Por qué no puede conformarse con lo que le doy? —siseó y dejó su copa de lado.

Esa mañana había huido como un cobarde del hotel Rivers y lejos de sentirse tranquilo se sentía más miserable que nunca, ¿desde cuándo le tenía tanto miedo a su esposa?

No pasó ni un minuto cuando el timbre empezó a sonar. Frunció el ceño, por un momento pensó que tendría más tiempo de descanso. Abandonó su lugar sin causar revuelo y abrió la puerta sin mirar el video de portería, quedando como piedra al ver quien estaba en medio del pasillo.

—¿Elisa? —su voz apenas y fue un susurro y por supuesto su esposa no se quedó quieta en su lugar, sino que lo empujó por el pecho para adentrarse a su departamento con una seguridad apabullante—. ¿Qué haces aquí? —logró despabilarse, pero por alguna extraña razón todo en él tiritó.

La mujer de contextura delgada y temperamento explosivo barrió la sala con la mirada y luego giró sobre su lugar para conectar sus miradas.

—Nunca fuiste a Seattle —la frialdad en su voz hizo que la sangre se le congelara y su corazón empezara a bombear sin control alguno.

Era la primera vez que la veía con un semblante tan carente de emoción.

—Yo… —La hermosa pelinegra lanzó una risa amarga, quitándole toda la intención de emitir palabra alguna, y bajó el rostro para buscar algo en su bolso—. Todo tiene una explicación.

Sacó un sobre amarillo y se lo tendió.

—Quiero el divorcio.

La noticia le cayó como un balde de agua fría y por varios segundos no supo cómo reaccionar. Por un momento pensó que se trataba de un mal sueño, puesto que nunca pensó que su propia esposa solicitaría algo así, pero supo que todo era real cuando ella le sonrió con cinismo y tiró el sobre en la mesa del comedor.

Estaba furiosa, pero él se sentía peor.

¿Elisa quería dejarlo?

Esa mujer estaba demente si pensaba que renunciaría a su matrimonio, ¡él no se divorciaría jamás!

Capítulo 5

Tal vez lo correcto sería sentirse devastada debido al engaño de Jacob, pero lo cierto era que estaba furiosa y no tenía deseo alguno de dialogar con nadie. Patrick no le mintió, Jacob realmente tenía un segundo hogar y no había forma de que ella pudiera pensar que ese departamento no era de su esposo.

¡Todo en ese lugar gritaba el nombre de Jacob!

—¿Hace cuánto tiempo llevas planteando la idea de un divorcio que incluso tienes los papeles en un sobre? —farfulló, llevándola a abrir los ojos con sorpresa.

—¿Te atreves a enfadarte? —escupió con desprecio—. ¡¿Acaso no te das cuenta que acabo de descubrir tu gran secreto?! ¡Tú nunca fuiste a Seattle!

—Responde o perderé la paciencia.

Era un miserable, un maldito desgraciado al cual sacaría de su vida lo antes posible porque no pensaba seguir lidiando con su cinismo y egoísmo.

—Vete al diablo, Jacob —intentó pasarlo de largo, pero lanzó un gritillo cuando la sujetó de la cintura y sin previo aviso la lanzó sobre el sofá para sujetar el sobre que tenía los papeles de divorcio que estuvieron en el cajón de su cómoda hace al menos un mes.

—Al diablo se va esta mierda —rasgó las hojas sin contemplación alguna, helándole las venas.

—¡Pero ¿qué haces, idiota?! —intentó quitarle los restos de los papeles, pero él los tiró al suelo.

—No voy a divorciarme, estás muy equivocada si crees que botaré siete años de matrimonio a la basura por esta mierda.

—¡¿Qué matrimonio?! —perdió los estribos—. Lo mejor que podemos hacer es separarnos, ¿es que no te das cuenta que nuestras vidas son una mierda? —soltó con frustración, odiando que la voz se le quebrada.

—Elisa, jamás te engañé, yo…

—Ya no quiero seguir con este matrimonio, Jacob —soltó con valentía, rodeando el mueble para tenerlo como barrera—. Llevo meses pensando de igual manera y quiero divorciarme no solamente porque tienes un segundo hogar, sino porque ya no planeo seguir a tu lado.

—Eso es imposible, tú jamás considerarías abandonarme porque me amas y debemos cuidar juntos de Lucy.

—Ya no necesitas huir, solo acepta el divorcio y deja que Lucy venga conmigo. Está claro que no te gusta nuestra presencia en tu vida, que somos un estorbo para ti y por eso tienes tu propio lugar de escape.

No lo culpaba, ni siquiera podía odiarlo, fue ella la que eligió tener este absurdo matrimonio,

pero ya no estaba dispuesta a seguir lidiando con toda esta farsa.

«Debo acabar con esto, por él, por Lucy y por mí».

Estaba cansada de luchar contra unos demonios que ni siquiera eran suyos, si las cosas seguían así, Jacob se convertiría en su verdugo.

—Todo tiene una explicación, yo…

—Puedes romper los papeles que quieras, pero igual seguiré solicitando nuestro divorcio —lo dijo con tal claridad que le costó asimilar el hecho de que fuera ella misma quien estuviera acabando con su matrimonio.

Uno con el que siempre soñó y al parecer no era más que una farsa.

—Espera un momento —exigió Jacob con enojo, como si tuviera derecho alguno de molestarse con ella—, no te adelantes porque...

—La explicación es simple: jamás seré correspondida y Lucy y yo nunca tendremos un lugar en tu corazón.

Una cosa era que Jacob huyera de ella, pero ¿de su hija?

¡¿En qué cabeza cabía algo así?!

«Él nunca quiso tener a Lucy y lo sabes, Jacob sólo hizo lo correcto para no ser como sus padres», le susurró una vocecilla y se odió a sí misma por haberlo presionado tanto, por haber sido tan inmadura al creer que su hija lo cambiaría todo.

¡Nunca debió aceptar este matrimonio!

Ellos estarían mejor separados.

—Eso no es verdad, ustedes son la única razón por la que me despierto cada mañana y...

Elisa se rio sin humor alguno, interrumpiendo su absurdo discurso.

—Somos la razón por la que huyes cada dos semanas —aclaró en tono mordaz, dejando su papel de mujer sufrida de lado, puesto que no pensaba permitir que él siguiera humillándola.

—¡Eso no es verdad!

«Ya nada me importa», reconoció con valentía y cerró las manos en dos puños.

—¿Tienes otra mujer, otra familia?

Si algo así estaba sucediendo, ella debía conocer la verdad, puesto que debía prepararse para hablar con Lucy respecto al tema.

—Claro que no —farfulló con rabia y Elisa se preguntó si estaría siendo sincero—. Jamás consideraría la opción de...

—Mi abogado se contactará contigo —le cortó, bastante segura de que no tenía más que decir ni escuchar.

Lo más probable era que Jacob estuviera muy dispuesto a mentir.

Se vio obligada a parar en seco cuando él se plantó frente a ella y su frío semblante no la

intimidó. De ser otra mujer, Elisa se habría asustado, pero ella era igual o peor que Jacob, por lo que no dudó un solo segundo a la hora de observarlo con la misma intensidad.

No seguiría cada una de sus órdenes, era hora de que ella recuperara su esencia.

—No vamos a divorciarnos, estás demente si crees que aceptaré algo así.

—Demente estás tú si crees que seguiré aceptando esto —farfulló y lo empujó por el pecho para quitarlo del camino, cosa que consiguió, pero sólo llegó a dar dos pasos antes de que él la rodeara por la cintura y la levantara a volandas con bastante facilidad—. ¡Suéltame! Maldita sea, ¡quiero largarme de este lugar!

Porque ese lugar era la clara prueba de que ella no tenía una familia, al menos no con Jacob.

—Maldición, Elisa, si haces esto porque crees que existe otra mujer estás equivocada —gruñó y ella emitió un gritillo cuando la lanzó sobre un mullido colchón—. Nunca te engañé.

Lo fulminó con la mirada.

—Me importa un carajo si tienes o no otra mujer, vamos a divorciarnos, puedes tirarte a quien quieras —intentó bajarse de la cama por el otro extremo, pero él tiró de su tobillo y volvió a tenderla.

—Bien, eso es justamente lo que haré. —Intentó abrirle los pantalones.

—¡No, suéltame!

—Dijiste que me tirara a quien quisiera, esa siempre serás tú.

—¡Para! —gritó asustada, porque realmente no quería que él la tocara, y su botín terminó estrellándose contra el mentón del pelinegro, enviándolo varios pasos hacia atrás.

Se incorporó de un salto, reconociendo para sí misma que sus peleas nunca fueron las más sanas del mundo, pero tragó con fuerza al comprender que ya no quería compartir cama con el hombre que alguna vez llegó a amar con cada fibra de su ser.

Cada vez que se acostaba con él, algo en ella se debilitaba y su dignidad se evaporaba.

—¡No vuelvas a tocarme! —recogió su bolso con rapidez y se alarmó al ver una hilera de sangre deslizándose de su nariz—. Ya no somos dos jovenzuelos, no vuelvas a hacer algo así —ordenó con frialdad.

En el pasado ella dejó que Jacob la arrastrara a la cama en más de una ocasión, pero ahora todo era diferente.

—¡¿Qué diablos pasa contigo?!

—¡Estoy harta! —confesó apasionadamente, perdiendo los estribos—. Estoy cansada —regularizó su respiración—. Yo… ya no te amo, Jacob —en ese momento los ojos verdosos se abrieron de par en par y por varios segundos el silencio reinó en el lugar—. Tú eres feliz con esta vida, no nos necesitas y está bien, porque es tu vida y es lo que tú quieres…

—Eso no es verdad, tú no puedes…

—Aún falta semana y media para que tu trabajo en Seattle finalice —musitó con ironía, observando la habitación de reojo—, así que tienes tiempo de sobra para…

—¡No voy a darte el divorcio!

Elisa respingó en su lugar y cuando vio que pretendía sujetarla, salió huyendo de la habitación como si de eso dependiera su vida.

—¡Elisa!

El timbre empezó a sonar y su pulso se disparó.

Él nunca estuvo solo en ese lugar, alguien lo visitaba.

—¡Quédate ahí! —ordenó furibundo y ella paró en seco y giró sobre su eje para enfrentarlo —. Estás molesta por lo que acabas de descubrir, pero…

—Llevo meses planteándome la idea de pedirte el divorcio —confesó y él palideció—, ayer pensé que aún podía luchar por nuestro matrimonio, pero esto —señaló el departamento—, me confirma que sólo será una pérdida de tiempo —dicho eso salió huyendo, haciéndose de la llave de la camioneta sin que él lo notara, y algo en su interior se relajó al ver que la persona que llamó a la puerta era Franco.

No había otra mujer.

—¿Elisa? —el hombre la miró con horror y ella lo pasó de largo, totalmente ofuscada al saberse doblemente engañada.

Si no estuviera tan desesperada de escapar, le habría dicho unas cuantas verdades.

Jacob estaba con Franco, por el momento no la seguiría porque buscaría las llaves de su auto, pero existía la posibilidad de que la alcanzara con bastante facilidad. Se subió a la camioneta con rapidez y las manos le temblaron al darse cuenta que llevaba muchos años sin conducir.

—Puedo hacerlo —susurró con voz débil y partió hacia su casa con mucho cuidado, rezando en silencio para que la ruta estuviera tranquila y él decidiera brindarle su espacio por esta noche. No obstante, pecó de ilusa al creer que Jacob no la alcanzaría, puesto que sólo necesitó llegar a su cuadra para ver el auto de Franco estacionado en su casa.

—¡¿En qué diablos estuviste pensando al llevarte el auto así?! —bramó Jacob nada más verla y Elisa se bajó del vehículo sin apagarlo ni cerrar la puerta—. ¡Elisa! —vociferó—. ¡Encárgate de eso! —se dirigió a su amigo para que lidiara con el auto y se adentró detrás de ella a la casa.

Maldita la hora que Franco hizo acto de presencia.

—¡Llevas años sin manejar! —estaba fuera de sus cabales—. ¡Pudo haber sido peligroso, tú…!

—¡Ya para!

Ahora recordaba por qué él no quería que tuviera su auto, había cosas referentes al accidente que sufrió con Lucia que no le permitían tener una vida tranquila.

El pelinegro inhaló con pesadez y empezó a contar hasta diez para recuperar la compostura. Estaba claro que su escape no lo había hecho nada feliz y ahora estaba más alterado de lo esperado.

—No quiero darte el divorcio —dijo de pronto, arrastrando sus palabras—. Dame una

oportunidad, te lo ruego —su voz se quebró y ella dio un paso hacia atrás, aferrándose al barandal de las escaleras—. Yo…

—No quiero hacerlo —confesó y salió corriendo hacia el segundo piso.

Tal vez ya no lo amaba con la misma intensidad que antes, pero seguía siendo débil ante él y no dejaría que sus lindas palabras le afectaran.

—¿Por qué no? —ingresó tras de ella a su habitación y Elisa se frotó el rostro con nerviosismo.

—Porque ya te lo dije, no siento lo mismo por ti.

—¡Eso no puede ser verdad!

¿Tan difícil le resultaba creer que ella ya no estaba dispuesta a elegirlo?

Jacob bramó irritado ante su silencio y ella dio un paso hacia atrás con inquietud, jamás pensó que su petición de divorcio causaría todo un revuelo en él.

—No, Elisa —Se plantó frente a ella, helándole las venas—. No te daré el divorcio. Lucy está de por medio y ella merece una familia completa.

—Antes de ser marido y mujer, fuimos amigos —trató de ser racional—, no necesitamos finalizar nuestro matrimonio en malos términos. Retomemos nuestra amistad.

—Tú eres mi esposa.

—Lo notaste algo tarde, ¿no crees? —sonrió con amargura y él tragó con fuerza—. Ya no quiero ser tu esposa, es un título con el cual no pienso seguir cargando.

—Tú dijiste que siempre estarías para mí.

—Mi vida no se trata solo de ti —espetó en voz alta y él negó con la cabeza.

—Por lo que más quieras, no sigas con esta locura.

¿Le estaba rogando?

Todo indicaba que Jacob aún era un ser de carne y hueso, capaz de sentir, por un momento pensó que se convirtió en un fastidioso robot.

—Jamás podrás darme lo que yo quiero.

—¡¿Qué es lo que quieres?! —perdió los estribos y sin previo aviso rodeó su cintura y la pegó a su cuerpo con violencia—. ¿Quieres que te diga que te amo? —La garganta se le cerró y lo miró con odio, exigiéndole que guardara silencio, pero él decidió hacer lo que se le vino en gana —. Está bien, tú ganas —la rodeó por la nuca y unió sus labios con violencia—. Lo haré —gimió entre besos y Elisa suspiró cuando el beso se convirtió en uno voraz y hambriento.

Una última vez.

Se dejó llevar por última vez por aquellos labios que la hacían vibrar entre sus brazos y se estremeció de la cabeza a los pies cuando su lengua se enredó con la suya en suaves caricias. Las manos masculinas empezaron un recorrido por debajo de su camiseta y Elisa se tensó al instante y rompió el beso con inmediatez. Su pecho subía y bajaba debido a la falta de aire y los ojos

verdes no estaban dispuestos a soltar los suyos.

Había llegado muy lejos, ese beso nunca debió efectuarse.

—¿Quieres que lo diga? De acuerdo. Te amo, Elisa.

Un golpe habría sido mil veces mejor que eso. Intentó controlarlo, pero no pudo impedir que los ojos se le llenaran de lágrimas y trató de apartarse del cuerpo masculino, pero él no la soltó.

—Suéltame —sollozó con amargura.

—No, tú dijiste que querías mi amor y…

—¡Suéltame! —rugió y lo empujó por el pecho con furia desmedida.

Jacob se obligó a recuperar la compostura y tragó con fuerza al ver como su esposa lloraba con tanto desespero.

—Eres cruel —soltó ella con pesadez.

—¿Qué?

—Jamás creí que me harías esto. —Empezó a respirar con dificultad.

—No te entiendo. ¿Acaso no era esto lo que querías?

—¡Claro que no! —explotó con rabia—. Durante años soñé con oír esas palabras de tu boca, sabes que nada me habría gustado más que ser correspondida y tú... ¡¿vienes y te atreves a decirme palabras vacías?!

Jacob se puso tan rígido como una vara y negó lentamente con la cabeza. No estaba seguro de que fueran palabras vacías, aquel «te amo» simplemente salió de su garganta y todo porque estaba desesperado, porque desde el momento que ella le pidió el divorcio, él simplemente dejó de pensar con claridad.

—Estás mal —negó asustado y quiso abrazarla, pero ella dio un paso hacia atrás—. Yo…

—Quiero que te marches.

—¿Qué?

Seguramente escuchó mal, ¡ella no podía estar echándolo de su propia casa!

—Lo que escuchaste —afirmó con dureza—. Toma tus cosas y vete, ¡lárgate a ese hogar que tanta libertad te otorga!

Apretó la mandíbula y finalmente dejó la amargura de lado y sonrió con cinismo.

—No saldré de esta casa y tampoco permitiré que te lleves a Lucy a ningún lado —farfulló, consciente de que esa mujer estaba hiriendo profundamente su orgullo, y Elisa lo observó con pesar.

—No viviré bajo tu mismo techo —soltó con valentía.

—Ni siquiera tienes a dónde ir —siseó y Elisa lo miró con recelo.

—Pero tú sí tienes otra casa y por eso debes irte tú. —Jacob se rio sin humor alguno—. No puedo sacar a Lucy de la única casa que conoce y necesito mi espacio durante todo este proceso.

—Esta es mi casa —espetó sin pensarlo y decidió ignorar la tensión que se cernió en los hombros de su esposa—. Yo pagué por ella, me sacrifiqué por años para liquidar la deuda, ¿por qué tendría que irme? —Ninguno de los dos debía salir de ese lugar—. Además, ¿qué te hace pensar que dejaré que te lleves a mi hija?

Esa casa era un hogar porque ellas estaban presentes.

—Entiendo —musitó en voz baja y todas sus alarmas se prendieron al ver como sujetaba una maleta y se dirigía hacia el vestidor de su habitación.

—¡No puedes irte! —sintió inmensos deseos de tirar todo al piso, pero dedujo que eso sólo empeoraría las cosas.

—¿Quieres quedarte con Lucy? Perfecto. —La sangre se le congeló—. Hablaré con mis padres mañana a primera hora y a partir de ahora tú cuidarás de nuestra hija dos semanas y yo dos semanas en lo que nuestros abogados llegan a un acuerdo.

¡Nunca quiso que las cosas terminaran así!

—No puedes irte —estaba desesperado—, ¿a dónde irás? Tú…

—Yo fui una tonta al creer que esta también es mi casa —zanjó y una vez que terminó su maleta tiró de la misma para dirigirse al primer piso.

—Espera —se plantó frente a ella antes de que abandonara la puerta principal—. Tú ganas, yo me iré y…

—No, gracias —le cortó con frialdad, acababa de complicarlo todo—. No quiero invadir tu casa, es hora que construya lo mío —zanjó y lo pasó de largo.

—¡Lucy me preguntará por ti! Ella…

—Ella tiene una madre y un padre, ahora debe aprender a convivir con los dos. Buscaré una psicóloga para que nos ayude en el proceso.

—¡¿Cómo puedes ser tan egoísta?!

—¿Cómo dices? —se volvió en su dirección, estaba tan pálida como una hoja—. ¡¿Cómo diablos te atreves a decir que soy una egoísta cuando me perdí a mí misma por ser una buena esposa y madre?! —Toda su seguridad se evaporó—. Dejé de hacer todo lo que me gustaba y apasionaba por ti, para darte tus comodidades y todo para ¿qué? —la voz se le quebró y odió ver la tristeza en sus ojos oscuros—. El hogar por el que me esforcé tantos años es una farsa, pero no importa, sé que tarde o temprano te cansarás de Lucy y me la entregarás.

—¿Qué? —la voz le tembló y ella se rio con cinismo.

—No nos amas, nunca lo harás y por esa razón me la entregarás y yo armaré un nuevo hogar con mi familia.

—¡Yo soy tu familia!

Maldición, ¿en qué momento las cosas se salieron de su control?

—No más —susurró y abandonó la casa con paso resuelto, dejando claro que lo que sea que él había construido en los últimos años se desmoronaría sin Elisa ahí.

Porque ella era la base, los pilares y los cimientos.

«Qué imbécil fui». Se frotó el rostro con frustración. «No la merezco, pero la quiero para mí», reconoció con angustia y se mordió los labios con impotencia.

Elisa estaba muy equivocada si creía que se saldría con la suya.

Él no se divorciaría jamás.

Capítulo 6

Elisa sorbió su nariz con congoja y aceptó el vaso de agua que Vanesa le tendió.

—De verdad lo siento, eres la única amiga que tengo y no me siento lista para hablar con mis padres sobre el tema.

—Pero debes hacerlo, ellos tienen a Lucy —le dijo con una calma que podía ser considerada como indiferencia, algo bastante normal en ella dado que no era dada a expresar sus emociones.

—Lo haré mañana.

La castaña asintió y una vez que terminó de preparar las dos tazas de café se sentó frente a ella.

—¿Qué tienes pensado hacer? —inquirió con cautela—. Dejaste que te echara de tu casa y por lo poco que escuché tu orgullo no te hará volver a ese lugar.

Negó con la cabeza.

—Fue horrible, por un momento pensé que se iría, puesto que tiene ese estúpido departamento.

—Creo que sus cálculos fallaron, él quería retenerte y no pudo hacerlo.

Era verdad, al final de todo él le pidió que se quedara, pero ella ya no quiso aceptar su propuesta.

—Puedes quedarte hasta que encuentres un departamento, pero...

—Debo ser discreta, ¿verdad? —observó la lujosa cocina blanca y su amiga asintió.

—El padre de Santiago dejó muy bien estipulado que no puedo meter a nadie a la casa de mi hijo.

—¿Algún día sabré de quien se trata? —frunció el ceño y la castaña esbozó una débil sonrisa —. Él nunca lo reconoció.

—Él no lo quería, pero tampoco me obligó a abortarlo, por lo que dijo: «le daré todas las comodidades, educación y lo que pueda necesitar, menos mi apellido».

Elisa le dio un sorbo a su taza de café.

—¿Te dolió?

—Lo amaba, pero admito que me embaracé para atraparlo, así que él sólo me castigó y me recordó que jamás seré rival para la gente con dinero.

—Lo siento.

—Santi es lo más valioso que tengo, la única familia que me queda, por lo que no me arrepiento de nada.

Y estaba segura de que si el niño de dos años estuviera despierto, ahora mismo Vanesa lo tendría a su lado.

—Tal vez mi vida sería más sencilla si Jacob hubiera hecho lo mismo.

—Pero él quería ser padre.

—Eso no es verdad —escupió y su amiga se rio por lo bajo.

—Créeme, Elisa, cuando un hombre no quiere algo lo dice y punto.

—¿Escuchaste lo que te conté? Vivía una doble vida, decía irse a Seattle, pero en realidad sólo se escondía en su departamento porque evidentemente Lucy y yo no somos más que un estorbo.

—Y por esa razón apoyo tu decisión, no digo que debes perdonarlo.

—Aún no sé qué le diré a Lucy.

—La verdad, siempre es lo mejor.

Achicó los ojos.

—¿Tú le dirás la verdad a tu hijo?

—Claro —soltó con seguridad—. No quiero que en un futuro salga en busca de un padre que no lo quiere, si Santiago conoce la verdad desde un principio, sabrá cuáles son sus límites y jamás pretenderá acercarse a su padre.

La piel se le erizó y en esta ocasión dejó que uno de sus más grandes temores aflorara de su garganta.

—No sé si el cariño que siente por ella es real —confesó abrumada y Vanesa parpadeó varias veces, consternada—. Entiendo que haya huido de mí, pero ¿qué culpa tiene Lucy? Yo... no me veo sin mi hija, la idea de alejarme de ella por dos semanas es devastadora y...

—Lo descubrirás ahora que él tendrá que cuidar de ella.

—Lo sé.

—Si se aburre, te lo hará saber y te la hará llegar —aseguró y Elisa asintió.

—Y si eso pasa, Lucy tendría que saber la verdad, ¿no es así?

—Bueno, no lo sé —reconoció la castaña con cuidado—. No quiero que mi hijo mendigue amor, pero en tu caso las cosas podrían ser diferentes.

—No, no deseo que ella persiga lo mismo que yo estuve persiguiendo por años.

Menos cuando la posibilidad de que Jacob las amara era nula.

—Entiendo —zanjó con determinación—. Deberías descansar, mañana tendrás un día largo y estoy segura de que tus padres querrán ahondar en el tema.

—No iré a trabajar.

—No esperaba menos —reconoció y sujetó las dos tazas vacías para lavarlas—. Ve a descansar, yo limpiaré todo.

—Tienes una super mansión llena de muchos empleados, ¿por qué lo haces tú?

—Porque dichos empleados sólo atienden las necesidades de Santiago.

No tenía la menor idea de quién era el padre de Santi, pero cada vez estaba más segura de que ese hombre odiaba a Vanesa.

***

«Yo... ya no te amo, Jacob».

Su cuerpo tiritó sin control alguno cuando las palabras de Elisa retumbaron en su cabeza y enterró el rostro en sus manos con desespero. Eso no podía ser verdad, ella no pudo dejar de amarlo, Elisa era la única persona que lo amaba de verdad y toleraba tal cual era, por lo que se rehusaba a creer en sus palabras.

Ella no podía dejarlo, no concebía una vida sin esa mujer a su lado.

Jacob no quería abrir los ojos, ni mucho menos levantarse de su cama, pero el suave olor a cítricos hizo que recordara la noche anterior y esbozara una débil sonrisa.

Siempre supo que ella sería la primera.

Estiró el brazo para rodear la pequeña cintura de Elisa y la sangre se le congeló al sentir el espacio vacío.

—Elisa —se sentó con rapidez, sintiendo un horrible nudo en la garganta y se puso su bóxer con prontitud para dirigirse a la sala.

Las pulsaciones de su corazón se regularizaron al verla en medio de la cocina, preparando el desayuno.

Dios santo, por un momento pensó que ella se había ido.

—¿Qué haces despierta? Mi tío me dejó dinero, podría haber pedido algo.

—Nada de eso —lo miró de reojo—, quiero que este desayuno sea especial.

Jacob la abrazó por detrás y dejó un casto beso en su nuca, sintiendo un extraño placer con su cercanía. Siempre se había dicho que acostarse con Elisa sería un terrible error, puesto que no se creía capaz de amarla, pero ahora mismo sentía todo tipo de emociones y el arrepentimiento no estaba entre ellas.

Gracias a la pelinegra se había olvidado de todos sus problemas y la muerte de su madre ya no le parecía una razón suficiente para sentir pesar.

Era libre, por primera vez en años alguien le preparaba un desayuno con amor y no lo despertaba con gritos y golpes.

«Esto es la gloria».

—Por un momento pensé que me habías dejado —admitió con voz débil y ella se rio por lo alto.

—Eso jamás pasará, eres muy importante para mí —admitió con vos suave y él la abrazó con fuerza.

«Y tú para mí», respondió mentalmente, puesto que no estaba listo para hacer una confesión de ese tipo en voz alta.

No quería amarla, no estaba listo para recibir un nuevo rechazo, él... Sólo deseaba protegerse.

—Toma —las palabras de Franco lo arrancaron de su letargo y observó la taza de leche caliente que le tendió—. Estás muy pálido y si te doy whisky podrías terminar peor —aclaró, antes de que le hiciera un comentario respecto a la bebida que eligió, y él aceptó la taza con amargura.

—Soy un imbécil, nunca debí huir del hotel, yo...

—Te dije que ese departamento te traería problemas —se sentó junto a él en el piso.

—Se suponía que nunca descubría la verdad, yo...

—Tienes que hacer que vuelva —le cortó con dureza, exteriorizando su molestia—. ¿En qué estuviste pensando al echarla de su casa? Por Dios, tienes idea de lo incómodo que fue verla salir con su maleta cuando el cabrón de la historia fuiste tú.

—Nunca pensé que llegaría tan lejos, creí que podríamos llegar a un acuerdo, pero ella... —no pudo terminar la frase.

—Se hartó.

Jacob asintió con congoja, hizo mal al creer que Elisa estaba asegurada.

—Tardó un poco, pero al final sucedió lo inevitable.

Juntó los ojos con frustración.

—Quiero soluciones, Franco —siseó y le dio un sorbo a su taza.

—Búscalas. —Qué manera más simple y certera de mandarlo al demonio—. Tú te buscaste todo esto.

—Por todos los cielos, ella dijo que ya no me ama —la voz se le quebró—. Acabo de perder a la única persona que me...

—¿Y crees que estoy aquí porque te odio? —farfulló Franco y Jacob respingó—. Estoy cansado de que sigas viviendo en el pasado. Sí, tus padres fueron una mierda, pero ¿por qué no puedes ver y aceptar el amor que las personas te profesan?

—Franco...

—Gregory, Elisa, Lucy y yo somos tu familia, te amamos como no tienes idea, pero eres incapaz de aceptar y creer en nuestras buenas intenciones.

La visión se le cristalizó.

—¿Y qué esperas? Mis padres, las personas que debieron amarme hasta el final, me hicieron

la vida imposible por años.

—Pero nosotros no somos como tus padres.

—No es tan sencillo —musitó y tuvo que pasar toda una eternidad para que dijera—: no quiero renunciar, lucharé por mi matrimonio.

—¿Qué es lo que sientes por ella?

—Amor. —Y tuvo que provocar todo esto para descubrirlo—. La amo como nunca pensé que podría amar a alguien y me rehúso a renunciar a ella. Lucharé por mi matrimonio.

El castaño esbozó una débil sonrisa y le dio una suave palmadita en el hombro.

—No será fácil, pero te deseo mucha suerte.

—Lucy se quedará dos semanas conmigo y luego se irá dos semanas con ella.

Odiaba la idea de hacerle algo así a su hija, pero nada de lo que hiciera o dijera haría que Elisa cambiara de parecer. Al menos no ahora, puesto que ella estaba muy dolida y afectada por todo lo ocurrido.

—Sigo sin entender cómo se enteró —comentó minutos más tarde y Franco asintió.

—Puede que lo descubras más adelante, cuando se sienta lista para hablar sobre el tema.

Sólo esperaba que esta pelea o separación no durara más de una semana y pronto todo regresara a la normalidad.

«Ella no quiere volver a la normalidad», le recordó una vocecilla y tragó con fuerza.

Si era sincero, él también quería un cambio en su vida.

***

Elisa jamás entendería cómo Jacob se las ingenió para engañarlas por tantos años sin sentir el más mínimo de los remordimientos, ella sólo necesitó mirar a Lucy a los ojos para sentirse la peor de las basuras por tener que mentirle.

—Entiendo que el trabajo es la mejor de las excusas por el momento, pero ¿qué harás cuando tengas que llevarla contigo? —su madre se veía abatida y no era para menos, esa mañana sólo pudo brindarles una parte de la información debido a que Lucy aún estaba en casa.

—Le buscaré un psicólogo —dijo lo primero que se le vino a la mente y empezó a mordisquear su uña.

—¿Ahora me dirás qué fue lo que sucedió?

Nicole Martínez era una mujer curiosa y tenaz y la única razón por la que no planteó esa pregunta desde un principio era porque su esposo era totalmente lo opuesto, dado que él prefería no meterse en su relación ni indagar mucho en cuanto al tema.

—Me cansé —no era una mentira, ella estaba agotada de la vida que estuvo llevando durante todo este tiempo.

—Pero ¿por qué saliste de tu casa?

Evitó mirarla a los ojos, no quería contarle la verdadera razón por la que salió de su hogar. No quería que sus padres generaran ningún resentimiento hacia el padre de Lucy, después de todo, tenía la fe de que quizá en un futuro, cuando las cosas se calmaran, Jacob y ella pudieran ser buenos padres y amigos.

—Porque me sentía asfixiada, quiero un cambio.

Y hablando de cambios…

—Entiendo.

—Debo arrendar un departamento, he pensado arrendar algo pequeño y amoblado por el momento.

Nicole suspiró con pesar.

—La decisión es solo tuya, cariño, pero si necesitas ayuda no dudes en pedirla, ¿de acuerdo?

Elisa asintió.

Sabía que sus padres siempre estarían para ella, pero si era sincera, quería enfrentar toda esta situación totalmente sola y saber qué tan capaz era de cuidarse a sí misma y con sus propios medios. Ella tenía un buen sueldo, ganaba muy bien y contaba con muchos ahorros, por lo que tal vez podría considerar la opción de adquirir su propio departamento.

«Primero divórciate», le dijo una vocecilla y Elisa asintió.

Debía saber qué tanto afectaría una separación en su día a día.

Capítulo 7

¿En qué estuvo pensando al creer que cuidar a una niña de seis años sería tarea sencilla? Solo había pasado una semana desde que su vida dio un vuelco de ciento ochenta grados y Jacob sentía que si no hacía algo pronto enloquecería.

Y sí, cuidar de Lucy era demasiado difícil, pero no era eso lo que lo estaba consumiendo por dentro, sino la ausencia de su esposa, quien durante las noches siempre le brindó su calor y consuelo.

—Es una locura —musitó con cansancio y se dejó caer detrás de su escritorio.

Franco no pudo brindarle palabras de consuelo y en lugar de eso se rio en su cara al verlo tan pálido y desaliñado.

—Nunca come ni hace lo que le digo, ayer le pedí que se durmiera y cuando quise cerciorarme de que todo estuviera en orden, su cuarto estaba patas arriba —empezó a narrar los últimos acontecimientos que vivió con Lucy—. Le da hambre a mitad de la noche y quiere que haga todo lo que Elisa solía hacer para ella, en más de una ocasión tuve que llamarla para que me explicara sus recetas.

—Supongo que así es la paternidad —acotó entretenido y se inclinó en su dirección—. Si a ti te cansa Lucy, imagina como se sentía Elisa al tener que lidiar con ella y contigo.

Frunció el ceño.

—Yo jamás demandaba nada.

—Pero quién crees que tenía tu ropa lista, planchada y facilitaba todas tus tareas para que tú sólo te levantaras, alistaras, tomaras el desayuno y te marcharas.

Lo miró con pesar.

Odiaba admitirlo, pero realmente fue muy injusto con su esposa al brindarle tantas tareas sin tener un mínimo de consideración hacia ella.

—Ella sólo responde mis mensajes o llamadas cuando se trata de Lucy.

—Debe sentirse nerviosa por ella, son muy apegadas y…

—Quiero que regrese —le cortó, estaba harto de que siempre le dijera lo mismo.

—¿Lucy lo está sobrellevando bien?

Torció los labios con disgusto.

—Hablan durante las noches, pero cuando estamos comiendo o la estoy alistando para dormir siempre me pide verla. ¿Crees que cometí un error al separarlas?

—Claro que lo hiciste.

—Pero es mi hija, ya perdí a Elisa, no puedo perderla a ella también.

No quería quedarse solo.

—Curioso… —su amigo se frotó el mentón, pensativo—. Hace apenas unas semanas amabas la soledad que tu departamento te brindaba por dos semanas y ahora ansias tenerlas a ambas a tu lado.

—Fui un imbécil al esconderme y creer que eso me hacía feliz, pero quiero cambiar.

—¿Le ofreciste la casa? —parpadeó varias veces—. Debes pedirle que regrese, dile que tú te irás —farfulló y él tragó con fuerza.

—Esta semana fue dura, pero acercarme a mi hija fue lo mejor que pudo pasarme y no quiero separarme de ella. —Lucy era luz, felicidad y esperanza, cuando estaba con ella sentía que tenía razones de sobra para sonreír y luchar por su esposa—. Le pediré que regrese, yo ocuparé el departamento, pero seguiré pidiendo las dos semanas con Lucy —concluyó y Franco asintió.

—Su abogado te dejó claro que esto durará mucho, ¿no es así?

Jacob gruñó, por un momento pensó que para ese momento todo se habría solucionado, pero al parecer pecó de iluso al creer que Elisa no complicaría las cosas.

—Le estoy dando su tiempo, pero te aseguro que si las cosas siguen así la siguiente semana Elisa empezará a verme más de lo que le gustaría.

—¿Cómo crees que está sobrellevando las cosas?

—Sé que extraña a Lucy —musitó con tristeza—. He escuchado sus conversaciones en más de una ocasión, pero me abruma la idea de que ella esté mejor sin mí —reconoció con cautela y Franco lo miró con fijeza—. Yo… siento que durante todo este tiempo no he sido más que una carga para ella —reconoció con pesar.

—Espera una semana más y desde el día que ella tenga a Lucy bajo su cuidado, aférrate a ambas.

—¿Estás seguro?

—Elisa es una mujer joven y hermosa, dejarla mucho tiempo sola podría ser arriesgado.

La piel se le erizó y tragó con fuerza, la idea de que otro hombre pudiera robarle su corazón era desquiciante.

—Una semana más —musitó y rezó en silencio para que Elisa no lo olvidara con bastante facilidad.

—Jamás creí que Elisa te pediría el divorcio —dijo de pronto, captando su atención, y dedujo que Franco era incapaz de seguir reteniendo sus pensamientos—, al menos no tan pronto.

—¿No tan pronto? —repitió con curiosidad.

—Siempre me pregunté por qué aguantaba todo, ¿qué tan grande era su amor para esperar tu regreso cada dos semanas y no desconfiar de ti? —la garganta se le cerró—. Ella te conoce muy bien y quizá sólo fingió ignorancia durante todo este tiempo.

—¿Crees que ella sospechaba sobre mi mentira?

Franco lo miró con fijeza.

—Creo que ella se autoengañó para no salir herida.

Cerró las manos en dos puños.

—¿Estás aquí para ayudarme o qué? —explotó y lo miró con rencor—. Eres mi primo, ¿lo recuerdas?

A veces sentía que Franco era su eterno enemigo, tenía una maldita especialidad para hacerlo sentir miserable y si se analizaba la situación, Jacob tenía menos fallas que el castaño.

—Lo sé, lo sé —alzó las manos en son de paz—. Sólo siento mucha curiosidad al respecto, las mujeres son un enigma y Elisa siempre me pareció admirable.

—¿Por qué soportó todo?

—Por amor —agregó admirado—. Lo cual me deja claro que nunca he amado en la vida, puesto que jamás aceptaría que alguien me viera la cara de idiota.

—Y nunca lo harás si sigues revolcándote con todo lo que se mueve y enamorándote cada dos por tres —soltó con frialdad y el castaño rodó los ojos con aburrimiento.

—¿Qué planeas hacer una vez que vayas a buscarla? —desvió el tema, él podía meterse en la vida de los demás, pero odiaba que alguien hiciera comentario alguno respecto a la suya.

Jacob bajó la guardia y se reclinó en el respaldo de su asiento.

—No le daré el divorcio —susurró y miró su sortija de matrimonio—. No renunciaré, es la mujer de mi vida y la única persona con la que planeo quedarme. Un día se lo advertí, le dije que si se metía conmigo jamás podría librarse de mí y ella no se marchó, así que ahora no puede quejarse por todo lo que pienso hacer.

—Ella no sólo te pidió el divorcio, dijo que ya no te ama, por lo que supongo que la idea de separarse lleva meses en su cabeza.

Lo miró con fijeza.

—¿Qué tienes en mente? —sondeó.

—Te diré las más relevantes —se inclinó hacia adelante y sus frentes quedaron a pocos centímetros de distancia—. Tal vez quiere más hijos o hay alguien más en su vida —un escalofrío recorrió su espina dorsal—. Odio decir esto, pero estas opciones pueden venir de la mano.

Él había pensado en la existencia de otro hombre, pero… ¿en hijos?

Ese punto ni siquiera fue una opción para él y quería creer que tampoco lo fue para Elisa, porque de ser así, ella tenía razones de sobra para querer dejarlo.

—Maldición —siseó un juramento y alborotó su cabellera—. Debo reconquistarla.

—No creo que su amor esté perdido —reconoció Franco, pensativo—, esfuérzate un poco más y la recuperarás.

Eso era lo que pensaba hacer, pero si las sospechas de su amigo eran ciertas, estaba en serios problemas.

—Ella no cree en mi amor.

—¿Y qué esperabas? —bufó y se cruzó los brazos con molestia—. Ahora que abrió los ojos y quiere irse, ¿la amas? —Franco estaba perdiendo su característico buen humor—. Mira hasta donde tuviste que arrastrar a la pobre Elisa.

—Me equivoqué, yo…

—¿La amas?

—¿Estás sordo o qué? —siseó.

—Déjame decirte que no parece. —Se puso de pie y Jacob lo observó con repentina indignación, lo que no parecía era que ellos fueran familia—. Si la amaras, gritarías a los cuatro vientos tus sentimientos y buscarías una solución —toqueteó con su dedo índice el folder de cuero café que estaba sobre el escritorio—. Si la amaras, no estarías aquí lloriqueando por tu patética situación, una que tú mismo te buscaste.

Abandonó su lugar con movimientos estudiados y se acercó al gran ventanal de su despacho para analizar la situación.

—Ahora dime la verdad, Jacob, ¿la amas o sólo temes quedarte solo? Porque déjame decirte que eso jamás sucederá.

—¡Por supuesto que la amo! —bramó, furioso. Jamás haría una afirmación de ese tipo sin sentirla—. Adoro a esa mujer con cada fibra de mi ser, es lo mejor que me ha pasado en la vida y ella está en mis mejores recuerdos —la voz le tembló—. Elisa y mi hija son la única razón que tengo para levantarme cada mañana y dar lo mejor de mí. Son mi vida, mis pequeñas, son mis mujercitas —se pasó la mano por el pelo con frustración.

Franco sonrió con suficiencia.

—¿Por qué no te tomas unas vacaciones? —sugirió de pronto, como si no estuvieran hablando de un tema de suma importancia—. Eres el gerente y nunca lo haces.

—No puedo hacerlo, Gregory confía en mí para llevar el manejo de la empresa —susurró cabizbaja.

—Tómate un tiempo —insistió—. Yo te reemplazaré. Total, si acumulamos tus vacaciones de siete años; Gregory seguiría debiéndote días libres incluso si tomaras dos meses de vacaciones —le guiñó el ojo y Jacob le miró con sorpresa.

—¿Lo dices en serio? Nunca te quedas más de un mes en Manhattan.

Él tenía razones de sobra para salir huyendo de la ciudad cada dos por tres.

—Conocí a una mujer y si no quiero que alguien la encuentre, debo quedarme lo más lejos posible de Londres.

—¿Ah sí? —enarcó una ceja—, ¿ya te enamoraste de nuevo?

—Melody pudo ser alguien especial, pero se enamoró de un imbécil y ahora me parece entretenida la idea de ayudarla a esconderse.

—¿Por qué? —arrugó el entrecejo, su primo era bastante extraño.

—Andrés Rivers no me cae bien.

Sólo Franco sería lo suficientemente astuto como para meterse con la familia Rivers y desafiarlos.

—¿Es la mujer de la que me hablaste la otra vez’

Él asintió.

—La envié a mi casa en Surrey.

Sí, definitivamente Franco no le temía a nadie.

—¿De qué me serviría tomarme unas vacaciones desde ahora si no iré a buscarla hasta dentro de una semana?

—Tienes a Lucy bajo tu cuidado, ¿qué mejor excusa para generar un encuentro?

Lo miró con recelo.

—No quiero utilizar a mi hija de esa manera.

—Te aseguro que ella también quiere ver a su madre.

Jacob se frotó el mentón, pensativo.

—¿Sabes a dónde se mudó? —inquirió el castaño.

—No.

—Debes averiguarlo.

—¿Cómo lo haré sin parecer un psicópata obsesivo?

—Invítala a cenar junto a Lucy, encárgate que la cita termine tarde y luego llévala a su nueva residencia.

—Elisa no es idiota, ella notará cuales son mis intenciones.

—Mejor —se encogió de hombros—, ella debe estar muy al tanto de que piensas luchar por tu matrimonio.

Torció los labios con disgusto.

—Pero no quiero presionarla, la última noche que nos vimos las cosas no terminaron nada bien. —La idea de que pudo forzarla era simplemente desagradable y vergonzosa.

—En la guerra y en el amor todo se vale, estoy seguro de que en el pasado ustedes no hacían más que jugar sucio.

Era verdad, tanto Elisa como él siempre fueron tramposos, por lo que tal vez no estaría mal recuperar su esencia y empezar una guerra a su manera.

«Como en los viejos tiempos», pensó y asintió con determinación.

Esto sólo estaba empezando.

—No quiero hacerlo, pero debo preguntar esto, ¿qué harás si existe otra persona?

Un escalofrío recorrió su espina dorsal y miró a Franco como si tuviera tres cabezas.

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque si hay alguien: está en la productora, es el único lugar que Elisa frecuenta.

La garganta se le cerró, en los últimos meses ella había estado más pendiente de lo debido a su celular y la única respuesta que siempre tenía para él respecto al tema era que tenía mucho trabajo.

—No lo sé, conozco a poca gente de su trabajo —se pasó una mano por el cabello, abatido.

Nunca le interesó ir a sus reuniones.

—¿No tienes la menor idea de a quienes frecuenta tu esposa?

—¿Qué estás insinuando? —frunció el entrecejo y el aire comenzó a atorarse en sus pulmones, tal vez pecó de iluso al creer que Elisa estaba asegurada en su vida.

—Tú esposa es hermosa, una tentación para cualquier hombre. Es una mujer madura, inteligente, preciosa y…

—Al grano — refunfuñó al darse cuenta de que las virtudes de su esposa eran muy evidentes.

—Cualquier hombre podría interesarse por una mujer cuyo esposo sólo da rastros de vida en algunos acontecimientos de la productora.

—¿Y qué quieres?, ¿qué esté detrás de ella todo el día? —se exasperó—. No puedo comportarme como un marido enfermo de los celos, no quiero volver a ser el mismo hombre impulsivo que fui hace más de siete años.

En el pasado había tomado a Elisa en más de una ocasión casi a la fuerza y poco importaba que ella lo hubiera recibido encantada, él fue violento con su esposa y la utilizó para su propio desfogue sexual.

«Mentira», afirmó una vocecilla.

Ambos buscaban su placer porque se complementaban de una manera exquisita, tanto mental, como física. Pero, eso no quería decir que Jacob volvería a ser una bestia salvaje con apetito sexual y celos enfermizos.

Elisa merecía algo mejor.

—Jacob, los celos no son malos si los sabes manejar —explicó Franco con paciencia, como si estuviera hablando con un niño sin experiencia—. Puede que te suene grotesco, pero es normal que un hombre quiera a su mujer sólo para él; es decir, no irás por la vida ofertando a tu esposa o dejando que otro imbécil quiera metérsele hasta por los ojos.

—Claro que no —gruñó apasionadamente.

—Ese eres tú, un hombre que adora lo suyo, y pese a que nunca quisiste admitirlo, siempre te reventó la idea de ver a Elisa junto a otro hombre. ¿Por qué huyes de ella?, ¿Cuál es la razón? Tú creaste una vida monótona: desayuno, almuerzo, cena, y a la camita. Qué vida más emocionante. Si fuera mujer, moriría por ser tu esposa — ironizó.

—Lo hice por miedo.

—¿Miedo a qué?, ¿a qué Elisa se asuste y salga huyendo?

—¡Sí! —gritó, furioso—. El maldito día que evité por años, llegó. ¡Ella se dio cuenta que no valgo la pena y ahora quiere dejarme!, ¡Fallé, no pude hacerla feliz!

—¡Estás equivocado! —lo obligó a guardar silencio— Ella no te dijo eso. Simplemente se dio cuenta que tú jamás querrás aceptar tus sentimientos —se exasperó—. Elisa es la única mujer sin un sano juicio que es capaz de creerte perfecto —bromeó y lo fulminó con la mirada—. Ella no te tendrá miedo porque es tan retorcida y loca como tú —le recordó, generándole una gran presión en el pecho.

—¿Qué debo hacer? —soltó con frustración.

—Tal vez ella necesita que el hombre del que se enamoró empiece a marcar territorio.

Capítulo 8

Elisa no escatimó su fuerza a la hora de dejar el gran arreglo florar sobre el escritorio de Patrick y en esta ocasión no se mostró nada considerada en cuanto a su colega de trabajo.

—Te dije que dejaras de enviarme flores —soltó con frialdad, observando al rubio con disgusto, y Patrick miró el arreglo con indiferencia.

No entendía por qué empezó a actuar de esta manera, pero la situación la estaba sacando de quicio.

—Sólo quería alegrar tu día, llevas dos semanas lejos de tu hija y…

—¡Ese no es tu problema! —explotó.

Estaba harta de que se metiera en su vida y lo cierto era que ni siquiera sabía cómo hacía para enterarse de todo lo que le sucedía.

—Elisa, querida…

—Basta —ordenó y el rubio se vio obligado a abandonar su lugar para ganar mayor autoridad —. Déjame en paz, ya te dije que amo a mi esposo y…

—Vas a divorciarte, llevas dos semanas fuera de tu casa.

Y por esa razón se sentía más frágil que nunca, porque extrañaba a Jacob y no era fácil para ella rechazar todas sus llamadas de índole personal.

—No es tu problema, lo que yo haga o deje de hacer con mi vida no es asunto tuyo.

¿Por qué nunca aceptaba ni entendía sus negativas?

—Me gustas y lo sabes, llevo meses pidiéndote una oportunidad y…

—Sólo eres mi amigo —siseó, aunque últimamente estaba haciendo méritos para perder ese título—, confórmate con ese puesto.

Abandonó la oficina de Patrick como alma que lleva el diablo y no se sintió tranquila hasta que estuvo refugiada en su oficina. Esto era una locura, no importaba cuanto lo rechazara, él nunca se daba por vencido.

—Creo que su insistencia debería alarmarte —comentó Vanesa de pronto, captando su atención—. Sigo sin entender por qué mandó a espiar a tu marido.

Elisa se tensó, había olvidado que fue Patrick quien le informó que su esposo estaba viviendo una segunda vida.

—Es un socio mayoritario —susurró y alborotó su cabellera azabache con desespero—. Ni siquiera puedo despedirlo.

—En momentos como estos la presencia de tu esposo habría sido de mucha ayuda.

Elisa se dejó caer sobre su lugar y observó la pantalla de su laptop con atención. No podía

negar que en las últimas semanas no sólo había dormido mejor que nunca, sino que ahora no sólo tenía tiempo para trabajar, sino para ella misma, puesto que ya podía arreglarse, pensar en su aspecto e incluso utilizar tacones; sin embargo, nada de eso parecía ser lo suficientemente bueno como para suplantar a su hija y Jacob.

Los echaba de menos, quería verlos y al menos tenía el consuelo de que esa tarde los vería a ambos porque ahora era su turno de cuidar de Lucy.

—¿Estás lista para decirle a Lucy que ahora vives en otro lugar?

—Debo estarlo —musitó con congoja, acariciando sus hebras oscuras—. Hoy vendrá conmigo y tengo todo listo en el departamento.

—Debiste buscar uno de dos cuartos, ella está acostumbrada a tener su propio espacio.

—Sí, bueno, no quería pagar los ochocientos dólares de diferencia que existía por un segundo cuarto —acotó con retintín y ambas se rieron por lo bajo—. Ella debe acomodarse a la situación, por el momento el departamento que tomé es más que suficiente.

—¿Tienes noticias de tu abogado?

—Pienso hablar con Jacob esta tarde, ha estado poniendo muchas trabas.

—¿Y sigues pensando igual que hace dos semanas?

Elisa observó sus documentos con inquietud, no quería admitir que este proceso de separación era duro, ni mucho menos que el calor de su esposo le hacía mucha falta durante las noches, puesto que ella debía recordar que este divorcio ya no era solo por ella, sino por él, que tuvo que armar un segundo hogar para huir de ella y toda la presión que representaba.

—Es el único camino a seguir.

Vanesa asintió, decidida a zanjar el tema, y le entregó cinco hojas de presentaciones.

—Creo que podrían ser buenas suplentes.

Hizo un mohín con los labios.

—¿Por qué un mes? —Vanessa se rio—. ¿No has pensado en acortar el viaje?

—No puedo hacerlo, Santi es demandado en un lugar y debo ir con él.

Según tenía entendido, Santi tenía un familiar que cada dos veces al año lo llevaba de viaje hacia un nuevo destino por al menos un mes y Vanesa siempre iba con ellos; no obstante, los nombres de la familia paterna del niño volvían a ser un misterio para ella.

—Nadie es tan eficiente como tú, prefiero trabajar sola —dejó las hojas de vida de lado.

—No podrás.

—Lo sé —suspiró—, tomaré una decisión mañana, pronto entraré a una reunión de suma importancia y quiero despejar mi mente.

—¿Qué harás si se alarga? —preguntó Vanesa con rapidez—. ¿Debería hablar con Jacob para que traiga a Lucy más tarde?

Elisa suspiró, le habría encantado tener a su hija en su oficina lo antes posible, pero de nada

serviría si ella debía estar encerrada en el salón de juntas.

—Sí, infórmale que pasaré por ella a las ocho.

Lo que quería decir que llegarían bastante tarde a su departamento porque las distancias no estaban a su favor.

—Te debo una disculpa —apretó la mandíbula cuando Patrick ingresó a la sala de juntas y odió que se encontraran totalmente solos en el lugar—. Creo que me estoy excediendo, nunca fue mi intención atosigarte de esta manera, es sólo que te quiero mucho.

—Sólo puedo ofrecerte mi amistad —conectó sus miradas y Patrick asintió.

—Lo entiendo.

¿De verdad lo hacía?

—¿Qué harás esta noche?

No, claro que no la entendía.

—Debo ir por Lucy a las ocho, a partir de ahora se quedará conmigo.

—Está lloviendo, si gustas puedo llevarte.

Quería decirle que no, pero mentiría si dijera que eso no le facilitaría la vida. El metro era una pesadilla los días lluviosos y el regreso con su hija sería incluso más complicado porque tendría que traer sus cosas consigo.

—Veamos si será necesario —forzó su mejor sonrisa.

Con suerte y Jacob le diría a Vanesa que él traería a Lucy a la hora que ella dijera.

Jacob… según Lucy, las cosas con su papá iban de maravilla, pero los primeros días Jacob le había pedido más ayuda de la imaginada y todo porque Lucy tenía ciertos gustos y caprichos que tal vez ella nunca debió fomentar.

«Lo está haciendo muy bien», reconoció para sí misma, recordando la hermosa sonrisa de su hija en su última videollamada.

¿Podría ser que su separación ayudaría a Jacob a mejorar sus lazos con Lucy?

—Sabes que puedes contar conmigo en todo lo que desees.

Porque desde que se conocieron, Patrick siempre estuvo para ella y su mayor error fue creer que podía aceptar su ayuda sin generar nada de expectativas en el rubio.

—Gracias.

Durante las siguientes horas, Elisa apenas y pudo concentrarse en su reunión porque en su mente sólo estaba la idea de reunirse con su hija y Jacob. Los echaba de menos, ellos eran su familia y era normal que ante su ausencia ella se sintiera más sola que nunca.

Quizá en su hogar reinaba la paz, tenía más tiempo para sí misma y no tenía que preocuparse por cocinar o limpiar, pero incluso así, si tuviera que elegir, ellos seguirían siendo su prioridad.

«No puedes, recuerda que Jacob y tú persiguen sueños distintos», le dijo una vocecilla y la

garganta se le cerró al recordar un punto de suma importancia.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —inquirió con nerviosismo, observando el volante que les entregaron en el hospital, y el pelinegro asintió sin duda alguna, hiriéndola profundamente.

—Sí, amo a Lucy, pero creo que con una hija es suficiente.

Ella no pensaba de igual manera, uno de sus deseos frustrados era la presencia de un hermano en su vida. Desde su juventud siempre pensó que tendría tres hijos, pero ahora tenía veintitrés años y su esposo estaba dispuesto a hacerse la vasectomía.

—¿Y si en un futuro quiero más hijos?

Él no apartó la vista del camino, pero presionó sus manos sobre el volante.

—Ya verás que con Lucy te bastará. —Elisa clavó la vista en la ventana del vehículo, todo parecía indicar que lo que ella quería no importaba—. Además, es reversible.

¿Y su deseo de no tener más hijos con ella era reversible?

El problema no era la cirugía, sino el fin de la misma.

«Él no armará una familia conmigo por voluntad propia».

Lo conocía muy bien como para creer que esto sólo consistía en el hecho de que él no quería más hijos, lo que Jacob quería evitar era más vínculos y obligaciones para con ella.

Eran muy jóvenes como para plantearse la idea de tener más hijos, pero… quería creer que con el pasar de los años él cambiaría de parecer y se daría cuenta que los hijos no eran tan malos como él pensaba.

En aquel entonces había odiado secretamente su decisión, pero ahora le parecía la mejor de todas, con más hijos de por medio solicitar un divorcio no habría sido nada sencillo.

—¿Todo en orden? —la pregunta de Patrick la arrancó de su letargo y lo miró con fijeza.

—Sí —susurró y tomó sus cosas para abandonar la sala de juntas con rapidez—. Iré por mis cosas, esto tomó más tiempo del esperado.

—Te acompaño.

Quiso decirle que no era necesario, pero estaba segura de que sólo gastaría saliva, puesto que últimamente Patrick hacía lo que se le venía en gana.

—Acabo de recordar que mi padre estará por la ciudad y he decidido que hablaré con él, así que no tienes que preocuparte por mí —mintió, la idea de pasar tiempo a solas con él le resultaba alarmante.

—No es necesario que lo molestes, yo te ayudaré encantado.

¡Ella no quería su ayuda!

Abrió la puerta de su oficina con rapidez, como si eso pudiera alejarla del rubio, y paró en

seco al oír el grito de su hija, quien corrió en su dirección con los brazos abiertos.

—¡Mami!

—Lucy —susurró con emoción contenida y se inclinó para tomar a su hija en brazos y dejar los documentos de lado—. Dios santo, ¿sabes cuánto te extrañé? —preguntó con voz rota y el estómago se le encogió al oír su suave llanto.

Ella no la estaba pasando bien.

—Yo también te extrañé, mami. —El abrazo se hizo más fuerte y en ese momento sus ojos oscuros se posaron en Jacob, quien estaba de pie junto a su escritorio, observándola con fijeza.

—Gracias por traerla.

—Vanesa acaba de irse —informó con cautela y sus ojos se posaron en la persona que estaba detrás de ella—. Veo que la reunión se alargó —avanzó en su dirección y la garganta se le cerró cuando rodeó su cintura y dejó un casto beso en su frente—. Decidimos esperarte, Lucy y yo te extrañamos mucho.

«Yo también los extrañé».

—Jacob…

—¿Y él es…? —siguió mirando a Patrick con atención y ella se vio obligada a volverse hacia el rubio.

—Jacob, te presento al señor Patrick Ganger, uno de los socios de la productora y el encargado del área de administración. Señor Ganger, le presento a mi esposo, Jacob Bramson.

Había implorado por una excusa para alejar a Patrick y qué mejor que su esposo.

—¡Patrick! —su hija saludó al hombre con entusiasmo, pero no hizo ademán alguno de soltarla, y Elisa pudo percibir la tensión en los hombros del pelinegro.

Su amigo le sonrió a la niña antes de dirigirse a su esposo.

—Mucho gusto, señor Bramson —la voz del rubio bajó una octava y Elisa besó la coronilla de su hija mientras los hombres se tomaban de la mano—. He oído hablar mucho de usted. —Pudo captar la sorna en sus palabras, sólo esperaba que no hiciera un comentario fuera de lugar.

—¿Ah sí? —Jacob también se percató de ese punto.

—Sí, pero sólo hablar, ya que nunca tuve la dicha de verlo en persona —soltó con maldad escondida—, como no es dado a presentarse en los eventos de la productora.

—Él trabaja mucho —Elisa salió en su defensa y su hija se enderezó en sus brazos.

—Ahora no tanto, se queda conmigo en casa y pasamos tiempo juntos, ¿verdad, papá?

Elisa abrió los ojos con sorpresa al ver la cálida sonrisa en el rostro masculino.

—Así es, cariño.

Jacob tomó a Lucy en brazos.

—Empezará a verme más seguido, señor Ganger —dijo de pronto, tomándola por sorpresa.

—¿Ah sí? —ahora fue Patrick quien se mostró inseguro.

—Mi esposa y yo tenemos muchos asuntos que resolver.

¿Era una manera de decir que empezaría a pasar más tiempo del necesario en la productora?

Imposible, Jacob amaba su trabajo y jamás lo descuidaría por tanto tiempo.

—¿Por qué dices eso? —inquirió, con confusión.

—Vanesa me dijo que estás en busca de un asistente y debido a que yo quedé sin empleo, creo que ese puesto me sentará perfecto.

—¿Qué? —abrió los ojos de hito a hito—. Eso no puede ser verdad, Gregory jamás te echaría de la empresa y…

—Está decidido —se encogió de hombros—. Estoy fuera por un mes —le informó con sencillez y el rubio apretó la mandíbula.

—Elisa necesita un asistente capacitado y…

—Soy su esposo, estoy muy bien capacitado para hacer todo lo que ella desee —le cortó en tono mordaz y Patrick se dio cuenta que lo mejor sería guardar silencio.

—Espera un momento, Jacob —espetó Elisa, decidida a darle una negativa, y él unió sus labios con suavidad, helándole las venas—. ¿Qué haces? —se apartó con rapidez.

—¿No puedo demostrarte mi amor? —se tensó, ¿qué tipo de juego era este?—. ¿Nos vamos? Lucy tiene hambre y me gustaría comprar algo en el camino para que podamos cenar juntos.

—¡Sí! —gritó su hija con entusiasmo y Elisa miró a Patrick de reojo.

El hombre se veía furioso.

—No será necesario que me lleves, pero gracias por ofrecerte —espetó y el rubio se marchó en silencio.

Eso le resultó bastante incómodo y estaba segura de que Jacob no pasaría por alto la actitud de Patrick.

—No es necesario que nos lleves —musitó una vez que llegaron al estacionamiento y Jacob le abrió la puerta en silencio.

Estaba molesto.

—Nosotras…

—Sube, Lucy quiere cenar.

¿Utilizaría a su hija para forzar sus encuentros?

Compraron pollo frito en el camino y Elisa se estremeció cuando Jacob se estacionó fuera del edificio donde vivía. Le habría encantado mantener su dirección en el anonimato, pero todo parecía indicar que eso sería simplemente imposible.

—¿Vives aquí? —inquirió Lucy una vez que ingresaron al pequeño departamento y Elisa la sentó en una de las sillas de la mesa.

—Sí, iré a dejar tus cosas a mi habitación, espérame un segundo.

Dejó la maleta que Jacob trajo consigo a los pies de la cama y cuando giró sobre su eje, paró en seco al ver al pelinegro bajo el umbral de la puerta.

—¿Qué sucede?

—No me iré hasta hablar contigo —musitó en voz baja y ella tragó con fuerza—. Cenaremos y esperaré que ella se duerma.

Lo cual sucedería en dos horas.

—Jacob…

—¿Quieres divorciarte por ese hombre? —preguntó en voz baja y ella lo miró con horror.

—Claro que no.

Lo vio presionar las manos en dos puños, conocía esa reacción, él estaba celoso. Dios santo, ya ni siquiera recordaba cuando fue la última vez que su esposo se puso celoso.

—Hablaremos de esto después —zanjó, puesto que, debido a la distribución del departamento, era muy probable que Lucy pudiera escuchar su discusión.

—Jacob…

Se reunió con su hija en el pequeño comedor, ignorando sus palabras.

¿Por qué tenía la leve sospecha de que acababa de retroceder en el tiempo y estaba frente al hombre del que se enamoró?

Él se veía demasiado relajado y primitivo, y lejos de asustarse, eso no hacía más que fascinarle. Si su divorcio era la respuesta para que él recuperara su esencia, lo mejor que podía hacer era seguir con su separación.

Capítulo 9

Elisa acarició por última vez la melena azabache de su hija, sonriendo por lo bajo al verla profundamente dormida en su cama, y besó su pequeña frente con ternura. Lucy no sólo había comido de lo más feliz en la mesa, sino que por primera vez en meses ella no tuvo la vista fija en su celular, sino que estuvo dispuesta a interactuar con ellos.

—Descansa —susurró y recogió todo lo que utilizó para bañarla y alistarla antes de salir de su habitación—. ¿Qué haces? —se acercó al mesón de la cocina y vio como Jacob terminaba de secar el último plato para ponerlo en su lugar.

—Tenemos que hablar.

—Son las diez —soltó con cansancio y él se volvió en su dirección.

—Vuelve a la casa, yo me iré.

Apoyó el mentón en su mano y negó con la cabeza.

—No quiero, este lugar representa menos trabajo.

La casa era inmensa y ya no quería hacerse cargo de ella.

—Cometí un error al decirte que era mía —lo miró con fijeza—. Ninguna propiedad será mi hogar si tú y Lucy no están ahí.

Sonrió con sorna.

—¿Y tu amado departamento? —ironizó y él se tensó.

—No volveré a ese lugar nunca más, de verdad lo siento por haber huido de ustedes todo este tiempo, pero quiero que entiendas que es muy difícil para mí comprometer mis sentimientos.

—No lo hagas —le sugirió con frialdad—, yo lo hice y mira como terminé —le indicó el pequeño departamento y abandonó su lugar con rapidez cuando él rodeó el mesón para plantarse frente a ella.

—¿Crees que esto es un juego? Quiero luchar por nuestro matrimonio, yo...

—Ya no hay nada por qué luchar, mejor sigue con tu vida y disfruta la libertad que te ofrezco.

—Prefiero que me ofrezcas tu amor —soltó y sin previo aviso rodeó su cintura para pegarla a su cuerpo de un tirón—. ¿Quién es ese imbécil y por qué te perseguía como un perrito faldero?

No le dio una respuesta, conocía esa fase de Jacob y no quería darle cabida a perder los estribos.

—Tienes que irte.

Los ojos verdes brillaron con desesperación.

—No me hagas esto, no quiero quedarme solo. La casa ya es horrible sin tu presencia, imagina lo miserable que seré en ese lugar sin ustedes.

Jacob iba a sacarla de quicio.

—Cada dos semanas sobrellevabas tu soledad con gusto, ¿qué es diferente ahora?

—Que esas dos semanas eran un infierno que terminaban cuando llegaba a mi casa y tú me esperabas con los brazos abiertos, ahora...

—Las cosas, las personas y las circunstancias cambian, Jacob.

—Por favor —insistió, rozando las puntas de sus narices, y la garganta se le cerró—. Está bien, no crees en mi amor, pero déjame demostrártelo.

No era tan sencillo.

—Ya no quiero tener sexo contigo.

—¿Y no te gustaría hacer el amor conmigo?

Todo su cuerpo tiritó en respuesta y dio un paso hacia atrás para romper el abrazo.

—Ya perdí las esperanzas —musitó con amargura e intentó pasarlo de largo, pero él la sujetó del brazo.

—Déjame dormir con ustedes.

—Sólo tengo una habitación y...

—Armemos nuestra cama en el suelo, déjame intentarlo, te lo suplico.

—Tu lucha será en vano.

Porque ella quería el divorcio, quería una nueva vida y otro hijo, algo a lo que él jamás aspiraría.

—Quiero intentarlo.

Y ella quería que lo hiciera, quería creer que todos estos años de matrimonio no fueron toda una pérdida para ella.

—¿De verdad vendrás a la productora conmigo?

—Sí, Vanesa me dijo que se irá en tres días.

—Nunca hablas con Vanesa, ella te cae mal.

—Pero es tu amiga y está preocupada por ti, así que ambos accedimos a intercambiar palabras.

Vanesa quería que lo intentara, que luchara por su matrimonio, por lo que quedarse con él no podía ser tan grave, ¿verdad?

—De acuerdo.

Jacob le regaló una sonrisa risueña y la abrazó con fuerza, besando su coronilla ruidosamente.

—Gracias, mi amor.

Era una locura, durante años había deseado que llegara este momento y jamás pensó que sucedería de esta manera. Tuvo que soltarlo para que él se diera cuenta que lo que sentía por ella

no era simple cariño.

¿Acaso ese hombre podía ser más idiota?

Dos horas más tarde, cuando el calor y la cercanía de su esposo le generaron más inquietud que tranquilidad, Elisa salió de la cama improvisada y se dirigió a la cocina para beber un poco de agua.

¿Por qué tenía que ser tan difícil?

El divorcio era el camino correcto, era lo que debía hacer para que ambos fueran felices, pero... ¿Acaso no se sentía feliz ahora, estando junto a su hija y esposo?

Las manos masculinas rodearon su cintura por detrás y juntó los ojos con fuerza, no muy segura de como proseguir.

—¿Qué sucede?, ¿te estoy incomodando?

—¿Por qué no puedes respetar mi decisión?

—Porque ante una decisión así, ¿no crees que merezco luchar por tu amor?

—No puedo confiar en ti —confesó con voz suave y lo sintió tiritar en su lugar.

—Nunca te engañé, Elisa, sé que cometí un terrible error al comprar ese departamento y refugiarme en él cada dos semanas, pero jamás consideré la sola idea de estar con alguien más.

Rompió el abrazo con mucha sutileza y giró sobre su lugar para conectar sus miradas.

—Creo que eso es lo peor de todo —admitió con pesar y odió que las lágrimas inundaran sus ojos—, la única razón por la que me engañaste es porque no soportas mi compañía.

—Eso no es verdad, yo…

—Lo tenías todo, trabajé duro para darte un hogar perfecto, pero incluso así decidiste formar tu propio hogar, uno donde estás completamente solo, ¿por qué te aferras a nosotras si hace apenas unas semanas esperabas cada dos semanas para huir?

—Tenía miedo de decepcionarlas, de no poder cumplir sus expectativas y durante años trabajé arduamente para brindarles todo lo que pudieran necesitar, pero…

—Queríamos afecto —le cortó con amargura— y nos decepcionaste.

—Elisa…

—Creí que sería fácil lidiar con tu cercanía, pero es complicado, por lo que te pediré que a partir de mañana respetes mi espacio y mis tiempos con Lucy.

—Quiero que regreses con nosotros —admitió con reproche y ella negó con la cabeza—. Este no es tu hogar, tú no perteneces aquí, ni siquiera me parece un lugar seguro para que vivas sola.

Él estaba exagerando.

—No pasará, me siento cómoda aquí —mintió.

—Lo que no pasará es que firme los papeles del divorcio —siseó con seguridad y Elisa apretó la mandíbula—. Sé que quieres tu espacio, pero no puedo dejarte sola en la productora. No me

agrada ese hombre, vi algo en él que no me gustó. —Percibió la tensión en sus hombros, todo parecía indicar que no era la única a la que Patrick inquietaba con su sola presencia—. Ambos sabemos mucho de la vida y sería absurdo que me digas que se trata de un amigo.

—Vamos a divorciarnos, Jacob, lo que haga con mi vida no debe ser de tu incumbencia.

—No planeo divorciarme.

—¿Por qué no puedes aceptar la amistad que te ofrezco? ¿Acaso no te gustaría retroceder en el tiempo y recuperar tus días de libertad?

—Sólo me siento libre cuando estoy contigo. —Lo miró con incredulidad—. Tú eres la única que me libera de todos mis demonios, contigo puedo ser yo mismo y…

—Te acostumbraste a mi compañía, he estado a tu lado desde la muerte de Lucia y posiblemente me ves como la única familia que tienes, pero Gregory y Franco te adoran y siempre estarán para ti.

—Tú y Lucy son mi familia y jamás las veré de otra manera. —Se pasó una mano por el cabello con nerviosismo, ¿por qué tenía que ser tan terco?—. Ustedes son mi hogar, la casa es un lugar deprimente si no estás ahí.

¿Regresar a su casa?, ¿realmente sería buena idea aceptar su oferta?

—No volveré.

¿Qué tal si él volvía a echarla o levantarle en cara el hecho de que él pagó la casa?

—Tengo la fe de que podré convencerte. Fui un imbécil al decirte que todo era mío cuando gracias a ti pude construir todo lo que tenemos.

Al menos estaba reconociendo su esfuerzo.

—Estás perdiendo el tiempo —suspiró—, ¿por qué no volver a ser los mismos amigos de antes? Solíamos ser un buen equipo.

—Porque ya no te veo como una amiga.

—La desesperación, el enojo y los celos te están haciendo desvariar.

Jacob empezó a desesperarse, ¡¿por qué diablos no podía creer en su amor?!

«Porque nunca hiciste nada para hacérselo saber».

Era normal que Elisa creyera que estaba diciendo todo lo que decía con la única intención de salirse con la suya. En el pasado había sido el peor de los manipuladores y no se sentía orgulloso de eso, menos cuando su víctima siempre fue Elisa.

Se apoyó en todas sus desgracias para retenerla a su lado.

No, un momento, ella nunca se quedó con él porque se sintiera obligada, lo hizo porque lo amaba.

«Fui un imbécil al no valorar su amor».

—No puedo culparte por no creer en mis palabras —espetó de pronto, entrelazando sus manos con delicadeza—, pero al menos déjame intentarlo.

—Jacob…

—¿Mis palabras te parecen vacías? —Elisa lo miró con pesar—. Bien, déjame demostrarte lo mucho que te amo con hechos.

—Me siento cansada —zanjó el tema y regresó a la habitación con paso apresurado, dejándolo totalmente solo en medio de la cocina.

Dios santo, siempre pensó que esas palabras la harían la mujer más feliz del mundo, pero ahora mismo eran la principal razón por la que quería huir de su lado.

¿Qué tipo de karma era este?

Se recostó junto a ella y arriesgándolo todo, rodeó su cintura y tiró suavemente de ella para juntar sus cuerpos.

—Descansa. —Besó su nuca y no recibió una respuesta, pero al menos ella no se apartó de su lado.

A la mañana siguiente, cuando Elisa despertó, se sintió bastante abrumada al darse cuenta que era tarde y Lucy no estaba en la habitación, por lo que salió de su cama de un salto y se dirigió a la cocina con prisa.

—¡Lucy!

—¿Sí? —la niña giró el rostro en su dirección y Elisa paró en seco al ver que estaba lista para ir a la escuela y Jacob ya le había servido el desayuno—. ¿Dormiste bien, mamá?

Tragó con fuerza.

¿Qué era todo esto?

Su departamento estaba limpio y el desayuno estaba listo.

—No te preocupes por nada, tú sólo alístate —pidió Jacob, captando su atención y ella tragó con fuerza.

—Gracias —susurró con voz suave y se refugió en el baño para tomar su ducha.

¿Por qué no la despertó para que pudiera ayudarlo?, ¿a qué diablos estaba jugando?, ¿quería demostrarle que él también era bueno cuidando de Lucy?

Cuando salió del baño, una vez más se sorprendió al ver que el cuarto ya estaba ordenado. Todo parecía indicar que Jacob estaba dispuesto a presentar un cambio y uno de esos era brindarle más ayuda en el hogar.

Tragó con fuerza.

«No puedes cambiar de parecer, ¡tú quieres un hijo!», se recordó con dureza y ladeó el rostro en silencio. Tal vez pecó de ilusa al creer que ya no lo amaba, pero era evidente que ahora se amaba más a sí misma, puesto que no estaba dispuesta a ceder tan fácilmente.

Una vez que se atavió con su vestido celeste, se acomodó en su tocador y se maquilló un poco para mejorar su aspecto. Lucy estaba bien con Jacob, por lo que ella podía arreglarse.

—Se hará tarde —escuchó que decía el pelinegro y cuando terminó de aplicarse el labial

abandonó su habitación con paso apresurado.

—Estoy lista, podemos irnos.

Jacob estaba riendo por algo que Lucy le había dicho y cuando giró el rostro en su dirección, frunció ligeramente el ceño. No le sorprendió, él no estaba acostumbrado a verla vestida de esa manera.

Los vestidos y tacones habían quedado de lado en su armario en los últimos años, pero ahora todo era diferente y ella se sentía muy bien cuando los utilizaba.

—Desayuna un poco —su voz bajó una octava y abandonó su lugar para servirle el café y entregarle un plato con huevo y tocino.

—Gracias.

—Te ves hermosa, mamá —dijo Lucy sonriente.

—Gracias, mi amor —acarició su mejilla y un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando Jacob se sentó junto a ella y dejó un ruidoso beso en su mejilla.

—Demasiado para mi propio bien —musitó con voz ronca y lo miró de reojo, él le guiñó el ojo y Lucy se rio por lo alto con entusiasmo por el gran acercamiento.

Le parecía absurdo, dado que llevaban años desayunando juntos, pero por primera vez desde que se casó con Jacob, sentía que estaba en un desayuno familiar y mentiría si dijera que las sensaciones que sentía en el pecho no eran agradables.

Todo parecía indicar que sería un buen día, pero sus ánimos cayeron por los suelos cuando salieron de su departamento y vieron el auto de Jacob con grandes daños debido a golpes extraños en uno de los laterales y rayones que fueron efectuados con malicia.

Por todos los santos, se suponía que estaba en una zona relativamente decente.

—Jacob…

—No pasa nada —espetó con tranquilidad y le abrió la puerta para que pudiera subirse junto a Lucy—, esto no arruinará el hecho de que mi noche junto a ustedes fue perfecta.

Él lo estaba tomando con demasiada serenidad, algo extraño si se consideraba que su esposo amaba su camioneta.

Capítulo 10

Jacob terminó de bañarse lo más rápido que pudo y una vez que empezó a alistarse, analizó los últimos sucesos con bastante atención. Odiaba hacer acusaciones graves sin pruebas de por medio, pero tenía la leve sospecha de que el responsable del incidente del auto era el tal Patrick.

Él no se había mostrado nada feliz cuando pasó por Elisa a la productora y no era que la zona fuera lo suficientemente peligrosa como para que se suscitaran esos actos vandálicos.

Si por un momento consideró la idea de respetar la decisión de Elisa y brindarle su espacio, ahora todo era diferente. Ese hombre no le agradaba, había algo en su aura y en su forma de observar a Elisa que no le gustaba.

Un suave toque en la puerta lo hizo respingar en su lugar y giró su eje al ver como Elisa ingresaba a su habitación. Ella no se mostró nada afectada al verlo únicamente en bóxer.

—La casa está demasiado limpia —observó y él sonrió con suficiencia.

—No fue fácil organizarme, pero al final de todo logré encontrar el equilibrio.

Ella achicó los ojos con recelo.

—¿Dices que no contratas a nadie para que haga esa tarea?

—Claro que no —siseó—, aunque lo he estado pensando, el lugar es algo grande.

Ella asintió y estudió su habitación en silencio mientras él terminaba de vestirse.

—Creo que deberías considerar mi oferta y regresar, ya viste lo que sucedió con la camioneta —sacó el tema a relucir.

—Es extraño, en las últimas semanas todo estuvo muy tranquilo.

Lo que quería decir que sus sospechas podían ser muy ciertas.

—No me siento tranquilo —confesó y la buscó con la mirada, mientras cerraba su camisa—. Jamás podré tomar esto a la ligera.

Estaba dramatizando las cosas y lo sabía, pero si podía apoyarse a ese incidente para traer de regreso a Elisa a su casa lo haría.

—Descuida, dudo que se repita.

Jacob iba a objetar, pero una llamada entrante hizo que Elisa se viera obligada a quitarle su atención.

—¿Bueno? —pudo percibir la tensión en su voz—. Le dije a Vanesa que demoraría un poco, puedes consultar cualquier duda que tengas con ella. —La miró con fijeza, ella ni siquiera podía mirarlo a los ojos por la inquietud—. No tengo la menor idea de a qué hora llegaré, háblalo con Vanesa —se exasperó y cortó la llamada.

—¿Quién era? —no recibió una respuesta—. Ganger no me gusta, ¿podrías explicarme cómo

llegó a convertirse en tu socio?

—¿Cómo sabes que era él? —lo acusó con la mirada.

—Él tampoco te agrada mucho, ¿verdad?

Ella asintió.

—¿Y bien?

—Su padre se retiró el año pasado y él ocupó su lugar en la productora, en un principio me parecía un hombre eficiente y voluntarioso, pero luego…

—Debes dejar que trabaje contigo —avanzó en su dirección una vez que estuvo listo y se plantó frente a ella—. Si nos ve juntos, él dejará de fastidiarte.

—¿No estás celoso?

—En un principio me sentí celoso y angustiado, pero ahora sé que él no te interesa y ahora sólo quiero alejarte de ese sujeto.

—Está bien —musitó—, aceptaré tu oferta. —Todo parecía indicar que ella necesitaba su ayuda—. ¿Podemos irnos? Es algo tarde y quiero que Vanesa te explique todo lo que necesitas saber. —Torció los labios con disgusto—. Nunca entenderé por qué te cae tan mal.

—Lo mejor para ti es que vivas en la ignorancia —siseó—, confórmate con saber que la soportaré por ti.

—Bien —intentó abandonar la habitación, pero él atenazó su muñeca con firmeza para tirar suavemente de ella en su dirección.

—Jacob… —la voz femenina tembló y él rodeó su cintura con suavidad, invitándola a relajarse, antes de susurrar contra su oído.

—Sólo un beso, no sabes cuánto te necesito.

Elisa tiritó en sus brazos y por varios segundos no dijo nada, como si estuviera en medio de un debate consigo misma, y finalmente lo buscó con la mirada.

—¿Quieres un beso?

Asintió y tragó con fuerza, ella se veía hermosa y ahora comprendía mejor que la razón por la que Elisa no se arreglaba en su día a día no era porque no quisiera, sino porque no tenía tiempo para hacerlo. Esa mañana la había visto tan tranquila y relajada que se juró a sí mismo que ahora sería él quien facilitaría su vida, como debió haber sido desde un principio.

—Bien —musitó y sin que él lo viera venir, dejó un casto beso en sus labios y se apartó con rapidez.

Sintió decepción, pero carcajeó por lo bajo.

Lo estaba retando a efectuar un cortejo formal, algo que ella nunca tuvo, y Jacob mentiría si dijera que no estaba ansioso por sorprenderla.

—De acuerdo, es hora de ir a la productora —musitó y salió detrás de ella, observando el contoneo de sus lindas caderas y lo bien que se veía ataviada en esos tacones con su lindo

vestido.

Cuando llegaron a la productora, Elisa le dijo que ella se adelantaría mientras estacionaba el auto y él no puso objeción alguna, puesto que había algo que tenía que hacer antes de subir al lugar.

—*¿Para qué soy bueno?* —inquirió Franco del otro lado de la línea y Jacob esbozó una cruel sonrisa.

—¿Cómo va todo por la oficina?

—*Hoy no fui.*

Enarcó una ceja.

—Dijiste que me reemplazarías desde el lunes.

—*Sí, pero no dije qué lunes.*

Rodó los ojos con diversión, debió suponer que algo así sucedería.

—Quiero que investigues a alguien, se llama Patrick Ganger.

—*¿Qué sabes?*

—Tengo la leve sospecha de que está obsesionado con Elisa.

—*De acuerdo, esa tarea suena más divertida que estar detrás de tu escritorio.*

—Tal vez lo sea —reconoció en voz baja y se dirigió hacia los ascensores.

—*¿Hay avances?*

—Sí, trabajaré como su asistente por un mes y creo que pronto podré sacarla del apartamento que alquiló.

—*Realmente puedes ser un gran grano en el culo* —se burló y Jacob gruñó por lo bajo—. *Te escribiré ni bien te tenga nuevas noticias.*

Por el momento Franco era su único apoyo y en quién más podía confiar respecto al tema, por lo que dejaría que su amigo hiciera el trabajo sucio mientras él se encargaba de recuperar a Elisa.

Durante los siguientes dos días, Jacob tuvo que lidiar con Vanesa y todas sus recomendaciones, mientras Elisa se reunía con sus clientes y el idiota de Patrick. En cuanto a las noches, sí llegaba a cenar con ellas, pero su esposa no permitía que se quedara a dormir, lo cual era algo frustrante, pero no podía quejarse.

Al menos compartía sus días con Lucy y Elisa.

—Patrick no es de mi agrado —soltó con frialdad y la castaña lo miró de reojo—. ¿Qué sabes de él?

—Es obsesivo, espera con ansias su divorcio.

Vanesa estaba dispuesta a abordar el tema.

—Eso no sucederá.

—Sólo asegúrate de ponerlo en su lugar, desde que llegaste aquí dejó de enviar sus absurdos presentes y eso hizo que Elisa se relajara.

Lo sabía, ese hombre no era alguien que pudiera tomarse a la ligera.

—¿Elisa ha dicho algo respecto a nuestro matrimonio?

Los ojos almendrados se posaron en él y después de tres segundos, ella espetó:

—Que quiere divorciarse.

Maldición, era la amiga de su esposa, ¿por qué diablos le brindaría ayuda cuando él siempre fue un desgraciado con ella?

—Vanesa —siseó, buscando intimidarla, y ella se rio por lo bajo.

—Srta. Rodríguez suena mejor —informó con sencillez, dejándolo sin palabras—. Puede revisar esos documentos, yo me encargaré de cuadrar las siguientes citas de la semana.

«Bruja». Tal vez haría bien en recordar el por qué esa mujer no era de su agrado.

Vanesa abandonó la oficina para tomar sus vacaciones y Jacob se sintió más cómodo sin la presencia de la castaña, puesto que eso le brindaba la privacidad que necesitaba para compartir más tiempo con su esposa y, durante las tardes, con su hija.

Elisa no tenía la menor idea de qué diablos pensar respecto a Jacob. Por un momento pensó que su deseo de convertirse en su asistente duraría muy poco, pero ahí estaba él, siendo más servicial de lo que fue en los últimos diecisiete años que se conocían. Debía admitir que la presencia de Lucy durante las tardes le permitía sentirse más tranquila, pero aún no sabía cómo lidiar con sus mañanas.

«Al menos él evita abordar temas incómodos», pensó distraídamente y dio un respingo en su lugar cuando le llegó un mensaje.

Vanesa: ¿Cómo vas con tu esposo?, ¿aún no ha renunciado?

Dudaba mucho que Jacob tuviera en mente la idea de renunciar.

Elisa: Sabes que no lo hará.

Vanesa: Sí, lo sé.

Elisa: *¿Tú cómo vas con tu viaje?*

Vanesa: Es agradable, el tío de Santi es generoso conmigo.

Lo sospechaba, puesto que, de ser diferente, su amiga no habría accedido a hacer ese viaje con él.

Vanesa: Explótalo.

Elisa le mandó una larga fila de emojis molestos y su amiga se rio.

Vanesa: Deja que lo intente, no es necesario que te divorcies mañana mismo y se ve como alguien que quiere recuperar su matrimonio.

Era probable que Jacob quisiera recuperar su vida y a su familia, pero ella quería más que eso.

Quería una familia numerosa, un hombre en quien pudiera confiar ciegamente y Jacob… dudaba mucho poder olvidar su traición tan fácilmente. No importaba cuantas veces le dijera que la amaba, él creó un segundo hogar cuyo único fin era alejarlo de su familia.

—No es necesario que seas tan quisquilloso —observó de pronto al ver como acomodaba sus informes en orden alfabético—. Es inútil, lo volveré a desordenar —le informó—. Soy una mujer creativa, el desorden es parte de mí —bromeó y él le regaló una ronca carcajada.

—Quiero hacerlo, sé que, aunque no puedas mantenerlo, te gusta tener todo en su lugar.

Elisa apoyó el mentón en su mano y ladeó el rostro, consternada.

—Ha pasado más de dos semanas desde que dejaste tu puesto de trabajo, ¿no lo extrañas? El otro día le hablé a Gregory y me dijo que no te despidió, sino que tú tomaste tus vacaciones.

Los ojos verdosos se posaron en ella y Elisa le sonrió con toda la intención de relajarlo.

—¿Te molesta que quiera pasar tiempo contigo? —Parpadeó varias veces y él se sentó frente a ella—. Estas últimas semanas me han ayudado a darme cuenta que he estado viviendo otra realidad —sus palabras la tomaron por sorpresa—. He sido muy injusto contigo, cuidar de la casa, de Lucy y de mí no debió ser sencillo.

—Lo hacía con mucho amor —bajó la mirada y jugueteó con su lapicero—, no entiendo en qué momento se convirtió en un sacrificio.

—Lo siento. —Acunó su mano y ella lo miró de reojo—. Te prometo que a partir de ahora será diferente.

—Sólo te pido que seas un buen padre, ya no espero nada de ti —reconoció y apartó su mano con lentitud—. Aunque, mientras esto dure, necesito un buen asistente —bromeó con toda la intención de aligerar la tensión en el ambiente.

—¿Reconsideraste mi oferta? —desvió el tema—. Sigo pensando que tú y Lucy estarán mejor en nuestra casa.

Pronto se cumplirían tres semanas desde que se separaron y mentiría si dijera que no quería regresar a su casa; no obstante…

—¿No volverás a echarme?

En ese momento Jacob abandonó su lugar y rodeó el escritorio con rapidez para arrodillarse junto a ella.

—De verdad lo siento, sé que lo que hice no tiene nombre, pero me conoces bien y sabes que lo hice en un momento de enojo. —Ella asintió y dejó que abrazara sus piernas, para así poder acariciar sus cabellos oscuros.

Lo que más le gustaba de este cambio era que por fin estaba junto a su mejor amigo y no el hombre con el que se casó.

—Vuelve con nosotros —rogó—. La casa tiene tres habitaciones, no invadiré tu espacio.

En esta ocasión su oferta no incluía su salida, sino una convivencia entre los tres.

¿Por qué le parecía una mejor idea?

Tal vez…

«Tú quieres otro hijo, él nunca te lo dará y no lo obligarás a cumplir tu capricho».

—Gracias por tu oferta, pero me siento cómoda en mi departamento —mintió, meterse bajo el mismo techo que Jacob sería un pésimo error.

—¿Estás segura? —la buscó con la mirada y ella tragó con fuerza—. Para mí las noches son un infierno y sé que para ti es igual.

¿Importaba?

Sus caminos debían separarse, ambos perseguían sueños diferentes.

Una llamada entrante captó su atención y los ojos estuvieron a punto de salirse de su lugar al ver de quién se trataba.

—¿Qué sucede?

—Tengo un compromiso, ¿podrías encargarte de Lucy y la oficina?

—Sí, claro, pero a dónde irás —quiso saber al ver como sujetaba su bolso y ella negó con la cabeza.

Esto era algo muy personal como para incluirlo en el plan.

—Volveré en unas horas.

Llevaba meses esperando esa llamada.

Capítulo 11

Ella odiaba las mentiras y por esa razón seguía dolida con Jacob en cuanto al departamento que él adquirió a sus espaldas, sin embargo, su esposo no era el único quien estuvo haciendo de las suyas en secreto durante los últimos meses. Barrió la sala de descanso con la mirada y al ver que nadie estaba por el lugar se llevó las tres pastillas a la boca con rapidez, recordando las palabras de su ginecóloga.

«Son tus últimos dos meses, una vez que concluyas el tratamiento, podremos efectuar la inseminación».

Ya había pasado una semana desde que se reunió con ella y mentiría si dijera que tener a Jacob a la par suya facilitaba las cosas. Le parecía un milagro que hubiera tenido que salir de emergencia esa mañana, puesto que normalmente debía huir al baño para tomar sus vitaminas cuando él estaba cerca.

Llevaba cuatro meses efectuando un tratamiento que él desconocía y todo porque la idea de acabar con su matrimonio no surgió de la noche a la mañana; no obstante, en su mente, jamás pensó que él terminaría aferrándose a su matrimonio como lo estaba haciendo.

Se mordió la uña con nerviosismo.

Si le decía la verdad, ¿él le otorgaría su libertad sin rechistar?

Si lo analizaba detenidamente, Jacob no quería otro hijo, él…

—Creí haber sido claro contigo desde un principio —soltó con frialdad y ni siquiera se molestó en dirigirle una palabra—. Una hija es más que suficiente, no podemos tener otro bebé cuando aún estoy pagando la casa.

Elisa acurrucó a su hija de dos años contra su pecho y la recostó en la cama con sumo cuidado.

—Lucy merece un hermano y…

—No pienso revertir mi cirugía. —Se tensó—. No quiero más hijos.

—Pero dijiste que podíamos negociar sobre el tema, yo…

—Es lo que te ofrezco, si no te gusta, puedes irte —soltó con cinismo, consciente de que ella jamás podría dejarlo, y Elisa lo miró con pesar.

—Quiero una familia.

—Ya la tenemos —se volvió hacia ella con resolución y caminó hacia su maletín—. ¿No crees que pides mucho?

¿Lo hacía?

—Siempre consigues lo que quieres, ¿no crees que yo también merezco elegir?

—¿Al menos puedes pensarlo?

—No —aseveró, helándole las venas— y voy a pedirte que no vuelvas a sacar ese tema a relucir porque sólo traerá problemas.

Elisa asintió, no muy segura de como proseguir, ¿por qué Jacob sentía tanta aversión ante la idea de convertirse en padre por segunda vez?

En el fondo, desde su perspectiva, lo estaban haciendo bastante bien con Lucy.

—¿Por qué te escondes? —dio un respingo en su lugar cuando Patrick apareció en su campo de visión y decidió mantenerse serena, Jacob le había ayudado a alejar al rubio en las últimas semanas, pero todo indicaba que su socio no se quedaría tan tranquilo—. Me gustaría hablar contigo ahora que tu futuro exesposo no está pegado a ti como una garrapata.

Apretó la mandíbula, odiaba que le hablara con tanta petulancia.

—¿Qué necesitas? —fue directa y no se molestó en maquillar su tono de voz.

—Una explicación —arrugó el entrecejo—. Saliste de tu casa porque querías divorciarte, pero ahora pasas todo el día junto a ese idiota, ¿qué sucedió?

No recordaba haberle dicho que salió de su casa, pero tal vez los rumores ya se habían esparcido por toda la oficina.

—Él no quiere divorciarse —respondió con sencillez—. Quiere luchar por nuestro matrimonio —le dio un sorbo a su taza de café y Patrick se quedó en silencio por largos segundos, generándole un leve temblor en los brazos—. Espero que pronto entre en razón y se dé cuenta de que sus esfuerzos no nos llevarán a ningún lado.

«¿Verdad?», se preguntó a sí misma y tragó con fuerza, recordando al bebé que tanto anhelaba y al cual no deseaba renunciar.

—Es lo mejor —susurró titubeante—, ambos tienen aspiraciones distintas y tú mereces a alguien mejor.

¿Existía alguien mejor que Jacob?

Tal vez…

—Su presencia debe incomodarte mucho, ¿por qué no lo despides?

Porque en el fondo le gustaba tenerlo a su lado y ver como lidiaba con Lucy y el trabajo durante las tardes, era una faceta que nunca antes había visto en él y le resultaba simplemente fascinante.

—Es el padre de mi hija e independientemente del camino que decidamos seguir, nuestra relación debe seguir siendo buena por Lucy.

—Maldición, Elisa, tenía dos hogares.

La mención de ese tema hizo que recordara un punto de suma importancia y lo miró con fijeza.

—¿Por qué mandaste a investigar a mi esposo? —él cuadró los hombros con rapidez—. ¿No

crees que llegaste muy lejos al hacer algo así?

—Sólo me preocupo por tu bienestar y sabía que algo no andaba bien.

—Deja de meterte —ordenó con dureza y las manos masculinas se cerraron en dos puños—. Lo que pase entre mi esposo y yo no debe ser asunto tuyo, ¿me entiendes?

—Pero…

—Eres mi socio, un amigo y nunca serás más que eso —fue sincera y antes de que pudiera decir más, tomó su taza de café y abandonó la sala de descanso con pasos apresurados.

Sólo esperaba que Jacob no demorara mucho, odiaba admitirlo, pero sólo su presencia lograba calmar su inquietud respecto a Patrick. No obstante, debía aprender a lidiar con todo esto totalmente sola, puesto que dentro de poco dejaría de ser la señora Bramson y por ende el rubio no dudaría un solo segundo a la hora de cortejarla.

Una vez que estuvo en su oficina revisó su celular y se sobresaltó al ver el mensaje de Jacob.

“Yo pasaré por Lucy, no te preocupes por nada”.

Suspiró, ¿por qué justo ahora, cuando reconocía que jamás serían un buen matrimonio, él decidía convertirse en el mejor padre y esposo del mundo?

***

Jacob detalló el informe que Franco le entregó respecto a Patrick y todo le pareció normal hasta que llegó a la parte donde se hablaba de cuatro compromisos fallidos y el hecho de que no mantenía contacto con ninguno de sus dos hermanos, quienes estaban felizmente casados y tenían sus respectivas familias.

—¿Sabes algo de sus exprometidas? —miró a su amigo de reojo, quien tenía la vista fija en el celular.

—Mi gente las están buscando, recién han pasado dos semanas desde que me pediste que iniciara con la investigación.

—Y las cosas van de mal en peor, Elisa no deja de pedirme que firme los papeles de divorcio e incluso se atrevió a decirme que no me quitará nada, que sólo quiere su libertad.

Y eso era doloroso, puesto que su intención nunca fue ser su verdugo.

—¿Cuándo tendrás a Lucy bajo tu cuidado?

—Hoy regresa conmigo y la idea de dejar a Elisa sola no me gusta en lo más mínimo.

Estaba seguro de que ella la pasaría mal en su departamento sin Lucy a su lado.

—Ella no puede seguir viviendo en ese lugar.

—Pienso hablar con ella esta noche, si tengo que salir de mi casa para que ella esté cómoda y segura lo haré.

—Lucy es tu mejor anzuelo.

—No me gusta la idea de aprovecharme de mi hija —admitió con pesar.

—Piensa en que tu hija querrá tener a su madre y padre juntos.

—Tienes razón —ni siquiera lo dudó, lo cierto era que llevaba considerando esa opción desde hace unos días—. Ahora mismo pasaré por ella a la escuela y le pediré que invite a su madre a cenar con nosotros esta noche.

—Es un buen inicio, ¿Elisa sabe que te reuniste conmigo?

—No, le dije que surgió algo en la empresa y debía solucionarlo yo mismo.

—¿Más mentiras?

—Si te mencionaba, sabría que estoy haciendo algo a sus espaldas.

Ella lo conocía muy bien.

—Buen punto —asintió—. Estás tarde, ve por Lucy —le hizo un gesto con la mano para que se marchara—. Tengo que hacer una llamada importante.

Arrugó el entrecejo.

—¿De qué se trata? —Su amigo no le dio una respuesta—. ¿Se trata de la mujer que conociste en Las Vegas? —Franco sonrió con cinismo—. ¿No crees que es arriesgado meterte con Andrés Rivers?

—Yo no me metí con él —aclaró con rapidez—, él se metió conmigo.

Jacob rodó los ojos con aburrimiento.

—¿Sabes algo de mi tío? Aún no le hablé sobre mis problemas con Elisa y ustedes dos, como padrino y ahijado, poseen una relación más cercana.

—Está molesto conmigo —dijo con indiferencia, llevándolo a enarcar una ceja—. Cree que no debería estar jugando con mujeres ajenas, pero él no entiende que son las más entretenidas.

Su tío debía tirar la toalla, Franco nunca sentaría cabeza.

—No sé cómo te soporta.

—Es todo un misterio —soltó con retintín y él rio por lo bajo.

—Lo llamaré uno de estos días, tal vez un consejo basado en la experiencia puede serme de ayuda.

—¿Qué experiencia? Es un soltero empedernido —se mofó y ambos asintieron.

Gregory se consideraba un alma libre y feliz y por esa razón, a sus cincuenta años, seguía siendo soltero y no tenía ningún hijo bajo su cuidado.

—Estaremos hablando —se despidió al darse cuenta que estaba sobre la hora y salió con paso apresurado en busca de su hija, quien como de costumbre corrió hacia él con una radiante sonrisa en el rostro para rodearlo con sus pequeños brazos y besar su mejilla.

Jacob enterró la nariz en sus negros cabellos e inhaló su dulce olor con ternura.

¿Cómo pudo privarse de todo esto durante tanto tiempo?, ¿en qué estuvo pensando al creer

que lo mejor para su esposa e hija era que él se ausentara y actuara con frialdad dentro de su matrimonio?

Abrir su corazón fue lo mejor que pudo pasarle en la vida y aunque el miedo aún seguía en su pecho, al menos ahora no estaba solo, puesto que podía sentir una gran felicidad.

Cuando regresó a la productora, Elisa estaba en medio de una reunión y él se dedicó el resto de la tarde a ayudar a Lucy con su tarea.

—¿Antes solías hacer tus tareas sola? —quiso saber, puesto que su esposa trabajaba mucho, y su hija sonrió.

—Mi madre o Vanesa suelen ayudarme.

Jamás entendería cómo hizo esa arpía para entablar una amistad tan estrecha con Elisa y su hija, a veces ni siquiera lograba entender cómo hizo para terminar trabajando para su esposa.

—Mami —Lucy corrió para saludar a su madre y Elisa no dudó un solo segundo a la hora de tomarla en brazos y estrecharla contra su cuerpo—. ¿Tienes mucho trabajo?

—Así es —la regresó al piso con una radiante sonrisa en el rostro y espetó—: a partir de ahora no quiero escuchar ni el zumbido de la mosca, ¿de acuerdo? —informó con diversión y desde ese momento tanto su hija como él, complacieron el deseo de la hermosa pelinegra.

Varias horas más tarde, Lucy estaba profundamente dormida en sus brazos y Jacob aún no podía dejar de observar a su esposa con fascinación. Nunca se había dado cuenta de lo dedicada que era a su trabajo y lo mucho que le gustaba, puesto que sólo eso podía explicar que ella siguiera tecleando en su laptop a las nueve de la noche sin darse cuenta de que no quedaba nadie más que ellos en la productora.

Su cabellera azabache estaba recogida en un moño bajo e improvisado y sus labios rosas e hinchados solían ser víctimas de sus blancos dientes con bastante frecuencia debido a su concentración.

¿Por qué trabajaba con tanta dedicación?, ¿tenía un propósito en mente y por esa razón la productora tenía más de dieciocho contratos para este mes?

No parecía un número sano, pero ella lo estaba sobrellevando con bastante calma.

Elisa emitió un suave suspiro, informándole que por fin había concluido lo que estaba haciendo, y dejó caer su peso sobre el respaldo de su silla ejecutiva. Se veía agotada, pero tuvo la energía suficiente para entrar en pánico cuando vio la hora.

—Dios santo, es tardísimo — murmuró y los observó con horror—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Él le sonrió.

—Te veías hermosa y quería mirarte un poco más —se encogió de hombros y Elisa se incorporó para cubrir a Lucy con su abrigo.

—Debiste llevarla a la casa, ¿acaso no te das cuenta del diluvio que hay en el exterior?

—No nos iremos sin ti —gruñó con disgusto y se incorporó con su hija en brazos—. Además, sé mejor que nadie que no te gustan los días lluviosos, así que te pediré que vengas con nosotros esta noche.

Ella dudó, pero luego miró la ventana y asintió.

—Cenaré con ustedes y luego me iré.

Ni siquiera necesitó utilizar a Lucy para llevarla a su casa, pero suponía que la guerra aún no había sido ganada porque debía conseguir que se quedara a dormir con ellos.

—¿Lograste terminar todo?

—Sí —apagó su laptop y sujetó su bolso y la mochila de su hija—, he estado con mucho trabajo, pero no puedo quejarme, hay buenos ingresos.

¿Y desde cuándo ella se preocupaba tanto por sus ingresos?

Cuando llegaron a su casa, se sintió bastante satisfecho cuando vio la sorpresa en su semblante.

¿Había pensado que no podría mantener el orden en su hogar?

—Una vez más, está bastante limpio —observó con voz suave, contrariada—. Te va bien sin mí —susurró para sí misma, pero él sí que llegó a escucharla.

—Créeme que vivir lejos de ti es un infierno —aclaró para que no malinterpretara las cosas y al no recibir una respuesta, decidió que lo mejor sería no presionarla.

—La llevaré a su cama, dudo que despierte.

—Te acompaño —sus ojos brillaron con ilusión y él asintió con entusiasmo.

Ingresaron a la alcoba de Lucy y Elisa apartó las sábanas para que pudiera recostar a la pequeña. Ella no despertó, ni siquiera se inmutó por los movimientos, y él vio en silencio como Elisa dejaba un casto beso en su pequeña frente.

Dios, necesitaba recuperar a su esposa cuanto antes.

—Pediré algo para cenar —le informó y ella asintió.

Jacob regresó al piso inferior para recuperar la compostura y alborotó su cabellera con inquietud al darse cuenta que su hogar jamás sería lo mismo sin su esposa e hija ahí.

«No quiero divorciarme, ¡jamás aceptaré algo así!»

Terminó de hacer su pedido en línea y cuando giró sobre su eje para ir por Elisa, terminó tirando su bolso al piso, provocando que varias cosas se esparcieran por el comedor.

—Mierda.

Empezó a levantar todo lo que estaba a su paso y un sobre blanco captó su atención. Se incorporó con el bolso y el sobre en mano y dejó el primero en su lugar mientras abría el sobre. En otras circunstancias no lo habría tocado, pero el ver el sello del hospital no hizo más que alarmarlo y generar una gran inquietud en su pecho.

La sangre se le congeló al leer la primera línea.

“Tratamiento de fecundación in vitro”.

Todo su cuerpo empezó a tiritar sin control alguno y cuando escuchó unos pasos en el piso

superior se vio obligado a guardar todo sin causar mucho revuelo.

¿Un hijo?

¿Ella quería otro hijo?

Jacob empezó a sudar frío, sabía que ella siempre quiso tener una familia numerosa y él acabó con ese sueño cuando se realizó la vasectomía, pero nunca se imaginó que ella consideraría seguir otros caminos para cumplir sus objetivos, por un momento pensó que esa ilusión había muerto con el pasar de los años.

¿Podría ser…?

Ella no le pidió el divorcio porque existiera un tercero, lo hizo porque estaba harta de luchar por un hombre que no la amaba y tampoco quería lo mismo que ella.

Se frotó el rostro con frustración, esto lo complicaba todo.

—¿Todo en orden?

No, nada estaba en orden, y la clara prueba de ello era la gran impotencia que estaba sintiendo en el pecho al saberse el peor esposo del mundo. Ella quería el divorcio porque a su lado nunca podría tener la familia que tanto deseaba.

Capítulo 12

Algo no andaba bien.

No importaba que tan relajada se mostrara durante la cena, Jacob estaba tan tenso como una vara y tenía la leve sospecha de que ella era la única culpable de su malestar.

¿Lo estaría incomodando?

Tal vez él se había acostumbrado a su soledad, pero de ser así, no le habría invitado a cenar con ellos, ¿verdad?

Dio un respingo en su lugar cuando un trueno retumbó en el exterior y le dio un breve sorbo a su zumo para esconder su nerviosismo.

—Creo que llamaré un taxi —su voz apenas y fue un susurro.

—No, le tienes miedo a las tormentas y ya es bastante tarde.

Tragó con fuerza y asintió.

—Puedes irte a dormir, yo lavaré todo y me quedaré con Lucy.

¿Era normal que se sintiera tan ajena en la casa que fue su hogar en los últimos años?

—No es necesario que hagas nada, no te traje hasta aquí para que limpiaras la casa —su tono de voz bajó una octava y Elisa lo siguió hasta la cocina al ver como se llevaba los platos con molestia.

—¿Qué sucede? Estás molesto.

No recibió una respuesta, pero él tiró los platos en el fregadero y se mantuvo de espalda a ella.

—Jacob...

—Te mentí durante años al no hablarte de nuestro departamento y reconozco mi error, pero ¿tú puedes reconocer los tuyos?

Frunció el ceño.

—No sé de qué hablas.

Se mantuvo serena cuando él se volvió y avanzó en su dirección con pasos amenazantes.

—¿Estás segura de que no me escondes nada?

—Nunca te engañé con ningún hombre.

Jacob gruñó con disgusto y la pasó de largo para ir hacia...

—¿Qué haces con mi bolso? —se alarmó al ver como lo sujetaba y ambos empezaron a forcejear para ver quien se quedaba con el mismo—. Suéltalo, no tienes ningún derecho... —su voz murió cuando Jacob se hizo del bolso y sacó el sobre del hospital que siempre llevaba consigo.

«Él lo sabe, estoy perdida».

—¿Qué significa esto? —agitó el mismo cerca de su rostro.

—Siempre fui muy clara contigo respecto al tema, no me conformaré con un solo hijo.

—Debiste hablarlo conmigo —siseó, rojo de la cólera, y Elisa perdió la poca paciencia que tenía y le arrebató el sobre y su bolso.

—¿Para qué? Ya conozco tu respuesta, fuiste muy claro conmigo cuando te hiciste la vasectomía sin considerar mis sentimientos. —Lo escuchó tragar con fuerza—. Llevo más de cuatro meses de tratamiento —confesó en voz baja y él abrió los ojos con sorpresa.

—¿Cuatro meses?

—Sabía que no existía un futuro, traté de luchar por nuestro matrimonio, pero cada intento fallido no hacía más que generarme una nueva desilusión.

—Cuatro meses —repitió con un hilo de voz, alborotando su cabellera—. Desde hace cuatro meses que planeas dejarme e incluso así seguiste aceptando mis besos, caricias y...

—Tú aceptaste todo eso por años cuando tu intención nunca fue amarme —se encogió de hombros, no dejaría que la hiciera sentir mal por satisfacer sus deseos más bajos.

Él se quedó en silencio por largos minutos y Elisa consideró que lo mejor sería llamar un taxi cuando lo vio golpear la pared con desespero.

Debió suponer que esa noticia no le sentaría nada bien.

—¿Qué haces? —siseó, quitándole el celular con molestia—. No vas a irte, no dejaré que pases la noche sola y aún no hemos terminado de hablar.

—Una vez dijiste que si quería un hijo podía irme —la mandíbula de su esposo se tensó—. Estoy tomando tu palabra.

—Dije aquello porque se suponía que me amabas y jamás me dejarías solo.

—Bueno, el amor se acaba y resulta abrumador cuando no eres correspondido.

Él la miró con pesar.

—No puede ser verdad, nosotros nos amamos y es así desde nuestra adolescencia.

—Lo albergaré como un bello recuerdo, pero mi vida debe avanzar.

—¿De verdad no hay nada que pueda hacer para salvar nuestro matrimonio? —preguntó de pronto, sintiendo un horrible nudo en la garganta, y Elisa ladeó el rostro con frustración.

—Me temo que no.

Claro que había algo que podía hacer, pero la pregunta era: ¿estaba dispuesto a soltar sus miedos y aceptar que deseaba tener una familia como cualquier otra?

Jacob apenas y podía coordinar sus ideas, Elisa quería otro hijo y por ende nada de lo que hiciera y dijera le haría cambiar de parecer en cuanto a su divorcio, a menos que…

—¿Qué te sucede? Estás pálido —musitó preocupada y él tragó con fuerza.

—¿Por qué no me dijiste que empezaste un tratamiento in vitro? ¿No crees que merecía saberlo? Si llevas cuatro meses de tratamiento tu fertilidad...

—Tienes la vasectomía, no hay nada que temer —sonrió con ternura.

—¡Merecía saber la verdad! —explotó y se dijo a sí mismo que debía mantener la compostura si no quería despertar a su hija—. ¿En qué diablos estuviste pensando al tomar una decisión como esa totalmente sola?

—Es mi sueño, Jacob, la decisión es solo mía.

—Yo soy tu marido, maldita sea —farfulló y Elisa suspiró con cansancio.

—Dejarás de serlo dentro de cinco semanas.

—¿Qué? —la miró con horror y ella asintió.

—En cinco semanas será la última fase de mi tratamiento y nada de lo que digas o hagas me hará renunciar al hijo que tanto deseo tener —la voz se le quebró y los ojos verdes la miraron con pesar.

—Elisa...

—Y para eso ya no quiero ser la señora Bramson, tienes que firmar los papeles del divorcio.

—¡No lo haré! —bramó con rabia.

—Tienes que hacerlo —se mostró bastante preocupada—. Pienso efectuar la inseminación una vez que estemos divorciados, ese será mi regalo, mi nuevo inicio, y eso sucederá a como dé lugar, ¿me entiendes?

—No puedes estar hablando en serio, ¿piensas olvidar a Lucy?

—Por favor, Jacob —soltó con incredulidad, ¿cómo podía pensar algo así de ella? —. Sabes que amo a mi hija y lo cierto es que sólo estoy esperando que seas tú mismo quien me la entregue.

—No sucederá, mi hija…

—Sé que la amas, eso nunca cambiará, pero Lucy es una responsabilidad muy grande y si ahora resulta fácil para ti es porque dejaste de ir a tu empresa, pero cuando quieras retomar tu vida y tu rutina, ella será un obstáculo para ti.

«Porque nosotras siempre fuimos tu más grande obstáculo».

—¿Cómo puedes decir algo así? ¿En qué momento empezaste a considerarte un obstáculo cuando ustedes son la única razón por la que yo he estado luchando contra todo pronóstico durante siete años? —soltó apasionadamente y ella dio un paso hacia atrás.

—Está bien, tal vez mis deducciones son duras e injustas, pero nada de lo que digas me hará cambiar de parecer.

Ella quería un cambio en su vida, necesitaba soltar su pasado.

—Tenía derecho a saber que pensabas tener otro hijo.

—¿Por qué? A ti nunca te afectó mi tratamiento, jamás podrás embarazarme y…

—¡Porque somos una familia!

—Podemos seguir siendo buenos amigos una vez que nos separemos.

—¿Y por qué carajos querría ser el amigo de la mujer que amo? —El brazo masculino rodeó su cintura con violencia y Elisa no se quejó cuando la empotró contra la pared—. ¿Por qué haces esto?, ¿por qué despiertas lo peor en mí? Durante años evité ser ese jovenzuelo violento, egoísta y posesivo, pero ahora sólo quiero retenerte a mi lado sin medir las consecuencias de mis actos.

Elisa lo miró con fijeza, nunca se había dado cuenta de ese hecho hasta este momento. Tal vez por esa razón sintió que su esposo nunca la amaría, puesto que el Jacob apasionado del que ella se enamoró desapareció el mismo día que ellos se casaron.

—Lo mejor será que me marche.

—Te estás precipitando, no es necesario que efectúes ningún tratamiento y…

La piel se le erizó y negó rápidamente con la cabeza.

—No te daré otro hijo —soltó con voz débil y él presionó su agarre—. No cuando desde el día uno que tuviste a Lucy entre tus brazos, dejaste muy claro que no querías más hijos.

—Pero…

—Antes de darle un padre como tú a mi hijo, prefiero que no tenga uno.

Esas palabras hicieron que Jacob la soltara y diera un paso hacia atrás.

—¿Un padre como yo?

Lo miró con fijeza, odiando que la visión se le cristalizara.

—No quieres amar, perdonar ni soltar, lo que quiere decir que estarás condenado a una vida amarga y solitaria de por vida.

—Eso no es verdad —farfulló y ella forzó su mejor sonrisa.

—Tú eras feliz en tu departamento, viviendo totalmente solo y creo que el divorcio será lo mejor que puede pasar… mmm… —gimió cuando sin previo aviso él se abalanzó sobre sus labios y solo por breves segundos lo empujó por el pecho, buscando su libertad, puesto que después del quinto segundo, decidió abrazarlo por el cuello y perderse entre sus brazos.

¿Por qué eran así?, ¿cuándo entenderían que el sexo no resolvería sus problemas?

—Lucy… —trató de ser racional y hacerlo entrar en razón, pero al parecer él no tenía los mismos planes porque la guio hacia el baño a traspiés y la sentó en el mesón para posicionarse entre sus piernas sin miramiento alguno—. Jacob —jadeó cuando tiró de ella para juntar sus pelvis e inhaló con pesadez.

—No pararé, no tienes la menor idea de cuánto te necesito.

«Yo también te necesito», pensó, incapaz de decir eso en voz alta y no opuso resistencia alguna cuando él arremolinó su vestido lila por encima de su cintura, ni mucho menos cuando desgarró su braga para posicionarse entre sus muslos para hacerle el amor con la boca.

—Ah —gimió y posó una mano en la pared y la otra en su boca, consciente de que no podían

ser muy ruidosos—. Mmm… —empuñó su cabellera, invitándolo a ser más osado, y cuando pensó que por fin podría alcanzar su orgasmo, él se incorporó y empezó a abrirse los pantalones.

—Cometiste un terrible error al venir a nuestra casa —reconoció él con voz perversa, llevando su miembro hacia su entrada, y Elisa se mordió el labio inferior al sentir como se posicionaba contra ella.

—No cometas el error de creer que esto cambiará algo.

—¿Ah sí? —la penetró sin previo aviso, robándole un alarido, y el retumbar del trueno camufló ese ruido porque de lo contrario Lucy se habría despertado—. Tú te metiste en esto —la levantó y Elisa lo abrazó por el cuello— y no permitiré que rompas tus promesas.

Le hizo el amor contra la pared, entrando y saliendo de ella sin piedad alguna, y en más de una ocasión sus lenguas se enredaron con necesidad y deseo ardiente, en busca de más.

Cuando sus piernas tocaron el piso, Elisa ni siquiera era capaz de mantenerse de pie, por lo que él la tomó en brazos después de acomodar sus pantalones y la llevó al segundo piso para depositarla en su cama.

—Lo siento —dijo de pronto, captando su atención, y se tensó cuando enterró el rostro en su cuello—. Lo he vuelto a hacer, te he tomado cuando tú no querías hacerlo.

Frunció el ceño, si de algo estaba segura era de que ella siempre quiso hacerlo con su esposo.

—Eso no es verdad, yo participé gustosa en nuestro encuentro —susurró con preocupación, él se veía muy afectado.

—Iré por un poco de agua —no le dio una respuesta y salió huyendo, algo bastante anormal en él.

Por todos los santos, se suponía que ella lo conocía mejor que a nadie, pero ¿por qué tenía la leve sospecha de que no tenía la menor idea de lo que Jacob albergaba en su cabeza?

Clavó la vista en el techo de su habitación, no muy segura de cómo proseguir ahora que la lujuria había dado rienda suelta, pero luego se dio cuenta de que Jacob jamás podría embarazarla y ella no estaba cometiendo ningún mal al disfrutar de su sexualidad.

Quizá y ellos podían dejar de ser esposos, pero no amantes.

***

Jacob se apoyó en la encimera de la cocina sintiendo un horrible nudo en la garganta y alborotó su cabellera con desespero al darse cuenta que había perdido el control de la situación.

¿En qué estuvo pensando al tomar a Elisa dentro del baño de su propia casa?

¡¿En qué tipo de salvaje se había convertido?!

Iba a darse una respuesta, pero un celular comenzó a vibrar y sus ojos se posaron en el bolso de su esposa. Quería ignorarlo, pero pronto sería medianoche, por lo que deseaba saber quién podría buscarla a esa hora.

Sacó el celular de su bolso y apretó la mandíbula al ver de quién se trataba.

Los celos lo llevaron a tomar la llamada.

—*Sé qué estás molesta y no debería llamarte a esta hora, pero estoy desesperado, ¿crees que me gusta verte junto a ese idiota que no sabe cómo tratarte?* —Patrick Ganger era un problema que debía cortarse de raíz—. *Me culpas por quererte, pero ¿recuerdas cuando en el aniversario de la empresa te emborrachaste porque él no quiso asistir contigo?* —se tensó, eso sucedió hace medio año y él se inventó un viaje a Seattle para no ir con ella, y Lucy terminó en la casa de sus abuelos—. *Tú me besaste* —su corazón empezó a bombear sin control alguno, ¿Elisa lo había engañado?—, *tú me dijiste que querías ser amada y de no haber sido por Vanesa, yo te habría amado por horas.*

Jacob cerró las manos en dos puños y por un momento se quedó sin palabras, se sentía dolido por la traición de Elisa, pero… ¿podía culparla? ¡Fue él quien la dejó totalmente sola durante todo su matrimonio?

—*Sé que no lo recuerdas, Vanesa me lo confirmó, pero…*

—Aléjate de mi esposa, Ganger —soltó con frialdad, ¿Elisa no recordaba la noche que intentó traicionarlo?—. Te aseguro que no me quieres como enemigo.

—*¿Dónde está Elisa?*

Él tenía agallas, pero jamás sería rival para él.

—En mi cama, totalmente desnuda, esperando por mí —dicho eso cortó la llamada y regresó el celular a su lugar, decidido a retornar a su habitación y cumplir sus palabras.

¿Ella buscó amor en otro lugar?

Bien, él se aseguraría de que a partir de ahora ella no sintiera esa estúpida necesidad.

—Jacob… —gimió somnolienta cuando se recostó junto a ella, totalmente desnudo, y sin esperar más le quitó el vestido y se cernió sobre ella—. ¿Qué sucede?

—Quiero hacerte el amor.

Fue gentil, cariñoso e incluso cuidadoso en un principio, pero al final de todo, como de costumbre, ambos terminaron perdiendo el control y follaron como dos animales salvajes.

Todo parecía indicar que no era el único quien estuvo extrañando sus momentos de intimidad.

Capítulo 13

Cometió un terrible error al acostarse con Jacob hace tres días porque ahora no importaba dónde se encontrasen, él siempre se acercaba a ella y tomaba posesión de sus labios con pasión desmedida, sin importarle si la gente los estuviera mirando o no.

Maldición, estaban en un proceso de divorcio y él se estaba comportando como si estuvieran en una luna de miel.

Se frotó las sienes con cansancio, comprendiendo que tal vez no lo conocía tan bien como pensaba porque Jacob ya estaba al tanto de la verdadera razón por la que quería el divorcio y lejos de sentirse ofendido, preocupado e incluso molesto, él estaba actuando como si esa noticia nunca hubiera llegado a sus oídos.

Algo absurdo porque era un sueño al que no pensaba renunciar por nada en el mundo y nada de lo que él dijera o hiciera la haría cambiar de parecer.

—¿Cómo dices? —apartó la vista de sus documentos y Jacob se rascó la nuca, apenado.

—No es lo que estás pensando, no quiero separarme de Lucy, pero Franco ya tiene los pasajes listos y no quiero dejarlo solo, sólo serán tres días.

El viernes era feriado y por ende era una fecha adecuada para realizar un viaje familiar, no obstante, como de costumbre, antes de pensar en un viaje de ese tipo, Jacob sólo recordaba a su mejor amigo y creía que lo mejor que podía hacer era pasar tiempo con él.

—No me afecta cuidar de Lucy, lo haré encantada.

Ambas eran excelentes brindándose consuelo la una a la otra cuando él se marchaba.

—Gracias, te prometo que el lunes iré por ustedes a primera hora —le regaló una radiante sonrisa y ella no pudo sentirse contenta con el giro de los acontecimientos.

Era un hombre que quería “luchar” por su matrimonio, pero utilizaría un feriado largo para escapar con el idiota de su mejor amigo.

A estas alturas, ya ni siquiera sabía si Jacob le estaba mintiendo o decía la verdad.

Durante el feriado largo, Jacob ni siquiera se molestó en escribirle para saber cómo se encontraba Lucy, era como si la tierra se lo hubiera tragado y por esa razón se sintió bastante molesta cuando lo vio el día lunes en su oficina como si nada raro hubiera sucedido entre ellos hace una semana.

Él era tan exasperante.

—¿Todo en orden? —le preguntó ceñudo al verla tan molesta y ella gruñó con disgusto.

Lo más probable era que ahora que sabía que no podría salvar su matrimonio, él empezaría a disfrutar de su soltería.

—Ni siquiera llamaste a Lucy —le reclamó, incapaz de guardar silencio, y él se rascó la nuca

con nerviosismo.

Odiaba ese gesto, ¡¿por qué tenía que verse tan encantador?!

—Estaba con Franco y me distraje más de lo necesario, de verdad lo siento y… —dejó de escucharlo y en su mente sólo apareció la imagen de ese imbécil que seguramente lo llevó de fiesta en fiesta para convertirlo en un hombre de perdición—… hoy iré a recogerla y me gustaría invitarlas a cenar para enmendar mi error.

—¿Por qué me llevarías a cenar? —preguntó con recelo—. Se supone que ahora que conoces mis razones, lo correcto es que tú renuncies a este matrimonio y me brindes mi libertad.

Jacob se rio con diversión, como si ella acabara de decir una estupidez, y le regaló una sonrisa perversa.

—¿Desde cuándo soy el tipo de persona que siempre hace lo correcto, esposita?

Era un imbécil.

—Como sea —lo pasó de largo y se refugió detrás de su escritorio—. Tengo mucho que hacer, así que no quiero que se me moleste.

¿Por qué se sentía tan celosa?, ¿acaso lo más prudente no era que Jacob empezara a disfrutar de su soltería para que así accediera con más facilidad a brindarle el divorcio?

—¿Estás aceptando proyectos de manera tan irresponsable porque deseas ahorrar para la llegada de un nuevo bebé? —lo miró con fijeza, ¿cómo se atrevía a hacerle una pregunta de ese tipo?—. Debes cuidar tu salud, últimamente no haces más que trabajar y eso podría sentarte fatal.

—¿Por qué te entrometes?

—Porque eres mi esposa, la madre de mi hija y la mujer que amo, es normal que me preocupe por ti.

Elisa inhaló profundamente y decidió ser sincera con él.

—Gracias por tus sentimientos —«los cuales claramente son falsos»—, pero ni todo el amor de mundo me hará renunciar a mi futuro bebé.

Porque estaba ilusionada, porque después de siete años de matrimonio, por fin volvía a creer que la felicidad sí estaba a la vuelta de la esquina. Jacob no discutió, algo bastante curioso desde su perspectiva, y cuatro días más tarde Elisa se encontraba en un momento de crisis al darse cuenta que tenía muchas cosas por hacer y pocas posibilidades de lograrlo sola.

—Jacob, pásame los documentos del señor Anderson, por favor —pidió sin apartar la vista de su laptop y siguió tecleando con bastante atención.

—Aquí tienes. —Se los entregó y rápidamente buscó la suma que necesitaba para terminar el contrato e imprimirlo. Tenía que ser entregado mañana a mediodía, pero ella no pensaba perder el tiempo.

Eso jamás.

—¿Lucy se durmió? —levantó la mirada por unos segundos y vio a su hija recostada en el sillón de cuero.

—Así es.

—Bueno, yo me encargaré — suspiró y se puso de pie.

—¿Qué pasó? —La detuvo— Yo lo haré, para eso estoy aquí. Dime qué necesitas —murmuró y Elisa dudó un poco, pero finalmente cedió.

No tenían tiempo que perder.

—¿Puedes ir al departamento de finanzas y pedirle a Patrick que te entregue el presupuesto que salió para el spot publicitario de la empresa Anderson?

—De acuerdo.

Iría no sólo porque él estaba para ayudar a Elisa, sino porque quería ver más de cerca a ese hombre. En las últimas semanas no se lo había topado ni en el baño y no era para menos, puesto que al final de todo Jacob escuchó algo de lo cual tal vez nunca debió haberse enterado.

Elisa lo besó, ella le pidió amor y desde esa noche Patrick no pudo sacársela de la cabeza. Cerró las manos en dos puños, ¿por qué su esposa tenía que ser tan encantadora?

Bajó un piso por las escaleras y caminó por el largo pasillo alfombrado hasta llegar a la última puerta de roble fino, tocó la puerta y no ingresó al lugar hasta que tuvo la autorización correspondiente.

—Señor Bramson —el rubio frunció el ceño y él se acercó a su escritorio.

—Mi esposa quiere el presupuesto de la empresa del señor Anderson —informó.

—¿Por qué no vino ella?

—Para eso estoy yo —al parecer ambos fingirían ignorancia en cuanto a la llamada que compartieron hace más de una semana.

—Vanesa regresará pronto, así que he de suponer que ya no tendremos el “gusto” de verlo por estos lares, ¿no es así?

Si por un momento pensó que podrían ser civilizados, se equivocó.

—Soy el esposo de la dueña, le aseguro que me verá con mucha frecuencia a partir de ahora.

—No por mucho tiempo —se atrevió a decir y Jacob lo miró con sorpresa.

—Ella no ha retirado la demanda de divorcio, está claro que no piensa volver con usted.

—Pero ¿quién diantres te crees? —escupió con desprecio, dejando las formalidades de lado, y el rubio se rio con cinismo.

—Soy el hombre que se quedará con Elisa. —Jacob apretó las manos en dos puños—. ¿Por qué no la dejas ser libre? Ella ya no te quiere.

—Elisa me ama —espetó con seguridad, pese a que ella le había dicho lo contrario— y ten por seguro que para ella jamás será una opción.

El rubio se rio.

—Ella me besó.

—Borracha, porque sobria jamás lo habría hecho.

En esta ocasión la sonrisa de Patrick se esfumó y el hombre le entregó el presupuesto con molestia, como si deseara sacarlo de su oficina cuanto antes. Como él deseaba salir de ese lugar, no dudó un solo segundo a la hora de girar sobre su eje y dirigirse hacia la puerta.

—¿Por qué no darle el divorcio? —paró en seco—. ¿Qué ganas aferrándote a una mujer que no amas?

Se volvió en su dirección para conectar sus miradas.

—¿Cómo sabes que no amo a Elisa?

—Ella me lo dijo.

Tal vez fueron amigos antes de que el hombre confundiera las cosas.

—No permitiré que nadie dude del amor que siento por mi esposa —sentenció con seguridad —. Mi familia es mi razón de ser, lo más valioso que tengo y por lo que lucharé hasta el día de mi muerte.

—Es Elisa quien duda de tu supuesto amor —ironizó y él apretó la mandíbula.

—Muchas cosas han cambiado en el último mes y seguirán cambiando, así que te sugiero que dejes de hacerte falsas esperanzas porque Elisa y yo no nos divorciaremos. —Prefería ser directo, solo así calmaría y alejaría a ese hombre de su mujer—. No te metas con el hombre equivocado —añadió y Patrick palideció—. Mi generosidad tiene un límite y contigo será menor al acostumbrado.

Dicho eso, Jacob abrió la puerta y con una sofisticada elegancia abandonó la oficina de Patrick. Ese hombre estaba muy equivocado si pensaba que él iba a permitir que se inmiscuyera en su vida.

Patrick esperó largos segundos con el fin de calmar su rabia, pero no funcionó. Con un movimiento de mano arrasó con todo lo que estaba sobre su escritorio. De nada le sirvió hablar con Elisa por meses para que dejara a su marido, ella estaba volviendo a caer ante su esposo, ese hombre que seguramente ni siquiera la amaba con la misma intensidad que él lo hacía.

***

A la mañana siguiente, Jacob se acercó a su esposa con la clara intención de expresar su preocupación.

—Te he estado observando y estás muy pálida —comentó con cautela y Elisa levantó la vista de sus contratos con cansancio.

—Me siento mal —reconoció y miró la hora— y ni siquiera son las diez de la mañana.

—¿Te duele algo? —posó una mano en su frente, no parecía tener fiebre.

—Mi estómago me arde y las sienes me martillean.

—Estás trabajando mucho, has perdido peso y tienes ojeras. Necesitas tomar unos días libre,

no te servirá de nada venir a la productora en este estado.

—Sólo necesito dormir un poco.

Jacob rodeó el escritorio para ayudarla a incorporarse y al darse cuenta que su cuerpo estaba más débil de lo normal, decidió tomarla en brazos y sujetar todas sus cosas para llevarla a su casa.

Al diablo con el trabajo, ella necesitaba descansar y él se encargaría de que así fuera.

—Quiero ir a mi departamento, yo…

—En nuestra casa estarás mejor —zanjó una vez que la metió a su auto y ella gruñó.

—Estoy bien, sólo necesito descansar un poco —susurró con voz débil y él negó con la cabeza—. ¿Por qué finges tanta preocupación? ¿de verdad crees que es creíble? —bufó—. No te preocupaste por mí durante siete años de matrimonio, ¿por qué lo harías ahora? —Jacob presionó el volante con impotencia.

No era que nunca se hubiera preocupado por ella, la verdad era que ella siempre se mostró bastante bien a su lado.

—Jacob...

—Me importa un carajo si me crees o no, a partir de ahora y hasta que te sientas mejor harás lo que yo diga, ¿me entiendes? —La miró de reojo, ella tenía los ojos puestos en él—. ¿Qué sucede?

—Tal vez estoy loca, pero prefiero al hombre que se enoja y se queja antes que al robot con el que estuve casada en los últimos años. —Dichas esas palabras, Elisa cayó rendida en un sueño profundo y él no se sintió tranquilo hasta que la recostó en su cama y la cubrió con todas sus frazadas.

¿Un robot?

Ella lo vio como un robot durante todo este tiempo que él no hizo más que intentar ser el marido perfecto.

«La perfección no existe», le aclaró una vocecilla y él siseó una maldición y se dirigió a la cocina para prepararle un buen caldo de pollo.

Llamó a los padres de Elisa para informarles sobre la situación y en cuestión de minutos Nicole y Richard estuvieron en su casa.

—¿Cómo está?

—Está dormida, creo que lo mejor será dejarla descansar.

—Tienes razón. —Richard le dio una palmada en el hombro—. Llevaremos a Lucy con nosotros, tal vez necesitan un tiempo a solas para conversar mejor las cosas.

Al menos sus suegros estaban a su favor.

—Muchas gracias.

Preparó el bolso de su hija junto a Nicole y se sintió algo triste ante la idea de alejarse de

Lucy por unos días, la convivencia con ella le había entregado lindas experiencias y lejos de aburrirse, sólo se odió a sí mismo por no haber sido parte de toda la aventura que Elisa estuvo viviendo totalmente sola durante su matrimonio.

«A partir de ahora todo será diferente».

Regresó a la cocina y esperó pacientemente que su esposa volviera en sí para darle la noticia de que no podría salir de su casa hasta que se sintiera como nueva.

¿Pelearían?

Era muy probable, pero estaba seguro de que la pasarían muy bien juntos durante sus reconciliaciones.

Capítulo 14

No era un buen momento para sentirse enferma, pero mentiría si dijera que no le gustaba tener a Jacob a su lado, atendiéndola como si se tratase de una niña pequeña. Él no sólo se había encargado de hacerle una sopa, sino que ahora le estaba dando de comer y estaba bastante empecinado en darle muchos días de descanso porque no quería que moviera un solo dedo.

—¿Por qué dejaste que se la llevaran? —aceptó la cuchara que guio a su boca y frunció el ceño—. Ya me siento mejor, habríamos cuidado muy bien de Lucy entre los dos.

Lucy era su escudo, con Lucy en medio Jacob no podía efectuar preguntas incómodas ni sacar su temperamental actitud.

—Amo pasar tiempo con ambas, pero en el último mes eso no ha sido de mucha ayuda, así que supongo que ahora me toca estar a solas contigo.

—No entiendo —apartó la vista y la centró en sus manos.

—Claro que lo haces —sonrió con socarronería—. Sabes que no planeo renunciar a nuestro matrimonio. —Lo miró con pesar, ¿por qué no podía respetar su decisión?—. Lamento mucho el haber sido un maldito egoísta —dijo de pronto, tomándola por sorpresa—, nunca me di cuenta de lo cruel que fui al decidir no tener más hijos, esa debió ser una decisión de ambos.

—No puedo obligarte a tener más hijos —admitió con bastante tranquilidad—, sé que para ti Lucy siempre fue un gran reto.

—Sabes que la muerte de Lucia provocó muchos cambios en mi hogar. —La garganta se le cerró, era la primera vez que Jacob abordaba ese tema por voluntad propia—. Me consideraba un joven feliz, amado por sus padres y con mucha suerte, pero sólo debió faltar un miembro de la familia para que todo se desmoronara…

—Jacob…

—Siempre me cuestioné si realmente fui amado por mis padres, su actitud hacia mí fue tan desquiciante —dejó el plato de lado y acunó una de sus manos con suavidad—. Su amor cambió de manera muy drástica de un momento para otro y de ser su hijo adorado pasé a convertirme en su mayor desgracia.

—Hay gente que no sabe amar —dijo con seguridad y acunó su mejilla—. ¿O acaso algo en mí ha cambiado en los últimos diecisiete años?

Él le sonrió con amargura.

—Quieres el divorcio.

La visión se le cristalizó, odiaba verlo tan triste.

—Pero nunca dejaré de amarte.

Ya lo había intentado, pero no funcionó, y tal vez cometió un terrible error al decir aquello porque ahora Jacob podía dar por sentado que su amor por él aún seguía intacto.

—Quiero intentarlo.

Si por un momento pensó que nada de lo que Jacob dijera podría sorprenderla, se equivocó. Esto era absurdo, ¿hasta dónde pretendía llegar con tal de salirse con la suya?, ¿acaso no se daba cuenta que otro bebé podría complicarlo todo para él?

¡Apenas y se estaba acostumbrando a Lucy!

—La respuesta será un no —la voz le tembló, lo amaba tanto que ya no quería seguir condenándolo a un matrimonio como el que tenían—. La desesperación y el miedo a lo desconocido no te están dejando pensar con claridad, a veces uno debe soltar lo que tiene para encontrar algo mejor.

—Nunca encontraré a alguien mejor que tú —musitó y entrelazó sus manos con firmeza—. Sé que con el tiempo tu respuesta se convertirá en un «sí» —decretó, consciente de que insistir no lo llevaría a ningún lado—. Descansa, aún no tienes buen semblante —le permitió dormir durante el resto del día y sólo le habló para la hora de la cena, en esta ocasión él ya estaba con su ropa de dormir.

—¿Te sientes mejor?

Elisa se hizo de los cubiertos y cortó su propio pescado por sí misma.

—Sí, ha sido un buen día, no estaba al tanto de lo mucho que necesitaba dormir.

Hizo mal al acumular tanto trabajo en las últimas semanas.

—Debes priorizar tu salud, ¿desde cuándo te convertiste en alguien tan apasionada por su trabajo? —su pregunta la tomó por sorpresa, no era que tuviera una respuesta en específico.

—La verdad lo encontré como un buen refugio cuando me di cuenta que las cosas en mi hogar nunca cambiarían.

Jacob asintió y le dio un sorbo a su vaso de agua.

—Siempre pensé que estaba haciendo un excelente trabajo como esposo —confesó—, tú y mi hija lo tenían todo.

—El dinero no lo es todo —musitó con cautela, no quería lastimarlo ni mucho menos menospreciar su trabajo, él hizo todo lo que pudo por ellas y lo hizo muy bien—. Siempre estabas ausente, en las noches llegabas cansado y Lucy se conformó con el poco afecto que tenías para ella.

—¿Qué? —la miró con preocupación, al parecer no era consciente de muchas cosas.

—Ella no tenía mucho para decirte, llenó el silencio a su manera y en más de una ocasión me pregunté si realmente la aceptabas y querías, puesto que fui yo la que quiso tenerla y tú sólo aceptaste mi decisión.

Por esa razón no podía tener otro hijo con él, porque no quería que la historia se repitiera.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —la voz le tembló—. Yo… amo a mi hija, es tan valiosa como tú y no hay día que no me recuerde a la pequeña Lucia, te juro que no lo sabía, cometí un terrible error al asumir que todo estaba en orden y mi familia era perfecta.

—El error está en que nunca querías preguntar, odiabas involucrarte y yo fui una tonta al creer que lo mejor que podía hacer por ti era lidiar con los problemas por mí misma. —Sonrió con amargura—. Me enfoqué tanto en solucionarte la vida que no vi el caos que estaba causando en la mía.

—Quería evitar las peleas, los gritos y los malos entendidos, no quería ser el salvaje que te enamoró, no quería darle ese ejemplo a mi hija, yo… nunca fui un santo y lo sabes, hice cosas horribles en el pasado.

¿Era una justificación válida?

«No para mí», respondió mentalmente.

—Tal vez simplemente no deseabas pelear porque no tenías algo por qué luchar —Jacob la miró con fijeza—. Estabas tan decidido a ser una buena persona que eras incapaz de aceptar que junto a nosotras jamás podrías ser feliz.

—Eso no es así —soltó con frustración—. Yo pensaba que era feliz —prometió con demencia —, pero luego tú empezaste a cambiar, a actuar de manera extraña y finalmente me pediste el divorcio.

Elisa lo miró con fijeza.

—Me alegra saber que al menos sí pude hacerte feliz —acarició su coronilla—, yo viví los peores años de mi vida.

Jacob no le dio una respuesta y su cena se efectuó en silencio, mientras ambos analizaban todo lo que estuvieron viviendo juntos en los últimos años. Él se encargó de llevar todo consigo y cuando regresó al dormitorio, Elisa se quedó en silencio, viendo cómo se recostaba junto a ella.

Dos horas más tarde, ambos se encontraban mirando la televisión sin prestar realmente su atención a la pantalla. Elisa suponía que la razón de su silencio se debía a que fue muy dura en cada una de sus palabras, pero lo cierto era que Jacob estaba muy ensimismado en su lucha interna respecto a qué caminos podría tomar para reconquistarla.

Elisa lo hacía sentir como el peor de los maridos y quería creer que eso no era así.

Él nunca se sintió infeliz en los últimos siete años de matrimonio, a decir verdad, se sintió tan realizado que ahora mismo lamentaba no haber podido soltar sus cadenas en el pasado, quizá ahora tendrían más hijos y una relación donde ella no se sintiera tan miserable.

—Jacob... —su melodiosa voz lo hizo volver en sí y aprovechó esa oportunidad para pasar el brazo por debajo de su cabeza y traerla hacia su cuerpo.

—¿Sí? — acarició su espalda.

—¿Le tienes miedo a la soledad?

Analizó la pregunta con pericia.

No tenía miedo de quedarse solo, pero la idea de que Elisa y Lucy llegaran a faltarle era asfixiante.

—Porque si es por eso, no debes preocuparte, nosotras siempre estaremos a tu lado incluso después del divorcio.

—¿De verdad crees que nuestra amistad volverá a ser como antes una vez que nos separemos?

No la recordaba tan ilusa.

—Podríamos recuperar todos los términos. —La sangre en sus venas se congeló—. Ambos sabemos que el deseo que sentimos el uno por el otro no morirá.

Ahora entendía mejor que nadie lo miserable que ella se sintió durante todos estos años al creerse solamente deseada.

—El sexo no me bastará, sabes que soy ambicioso y ahora sólo quiero tu amor.

—Lo estás complicando todo —gruñó y él se rio por lo bajo.

—¿Eso crees?

—Claro que sí —exclamó con incredulidad—. Durante años no te molestó tenerme así, ¿qué es diferente ahora?

—Antes tenía miedo y no quería aceptar mis sentimientos ni permitirme sentir de más; pero ahora sé perfectamente como me siento y la idea de perderte me causa pavor.

Para su sorpresa, lejos de alejarse, ella lo abrazó por el vientre y se acurrucó contra su cuerpo.

—Te odio.

Se rio.

—Sé que me amas —la abrazó con ternura y besó su coronilla.

—Y por eso abusas de mi amor —añadió y sintió una horrible presión en su pecho al darse cuenta que su actitud no estaba haciendo más que conflictuarla internamente.

—Lo siento tanto, mi amor.

Al menos tenía la certeza de que una vez que todo se solucionara, no volvería a fallarle nunca más.

—¿Me amas? —musitó en un tono casi inaudible y su abrazo se hizo más fuerte.

No podía juzgarla por dudar de sus palabras, ¡fue él quien la llenó de dudas e inseguridades!

—Amo todo de ti; tus gestos, tu sonrisa, tu mohín cuando te enojas y lo apasionada que eres en todo lo que haces —la buscó con la mirada—. Me gusta tu cabello, tu cuerpo y como tus ojos se vuelven dos posos oscuros cuando estoy cerca —su respiración se tornó pesada y rozó sus narices con necesidad—. Amo cuando dices mi nombre, cuando dices que me amas y la manera tan desenfrenada en la que me haces el amor, como si quisieras tatuarte en mi piel.

—Jacob…

—Incluso amo lo obstinada que eres en cuanto al divorcio, porque sé que crees que eso es lo mejor para mí y para ti, pero ¿de verdad crees que seremos felices estando lejos del otro?

—Yo…

—Crecimos y aprendimos juntos, no me pidas que visualice una vida sin ti porque no sucederá.

Esa mujer estaba arraigada en cada una de sus fibras, una vida sin ella jamás sería plena y bien recibida.

—Dame una oportunidad, por lo que más quieras, déjame demostrarte que puedo hacerte la mujer más feliz del mundo.

Las manos femeninas acariciaron su espalda con lujuria reprimida y cuando sus miradas se encontraron, supo que la calma pronto llegaría a su fin. Ellos eran seres primitivos y de instintos bajos, desde que se conocieron sus mentes y cuerpos supieron acoplarse a la perfección, por lo que su reprimida actitud estaba a punto de llegar a su fin.

—¿Quieres una oportunidad? —su voz sonó ronca y perversa y Jacob asintió, uniendo sus labios con suavidad—. Bien, pero sólo te la daré si empiezas a hacerme el amor como corresponde. No quiero que te reprimas, no quiero que temas.

—Elisa… —acarició su cadera, jugando con la costura del short de seda, y ella se friccionó contra su costado con necesidad—, ¿estás segura? No te sientes bien y…

—Tal vez eres el remedio que necesito para sentirme mejor —ronroneó y desde ese momento Jacob perdió la compostura y se montó sobre su mujer como si de eso dependiera su vida.

La necesidad fue tan urgente y mutua que pronto ambos estuvieron desnudos y entregándose a la pasión. La pasión de Elisa fue tan apabullante que ni siquiera necesitó prepararla para sumergirse en su interior y tomarla como realmente deseaba hacerlo.

La cama se sacudió y ninguno reprimió sus gemidos y jadeos porque no era necesario, estaban solos y eran libres de follar de la misma manera que solían hacerlo en su juventud.

Las dudas se habían evaporado, ahora mismo volvían a ser el Jacob y la Elisa que nunca debieron dejar de ser al unir sus vidas en matrimonio.

Tres horas más tarde, Jacob se encontraba regando un camino de besos por el cuerpo de su esposa, quien yacía boca abajo en la cama y tenía toda la cabellera revuelta debido al cansancio.

Esta era su Elisa, la mujer que no escondía su desnudez ni dormía de manera rígida junto a él.

Mordió su nalga, robándole un suave gemido, y sonrió con suficiencia al darse cuenta que estaba despertando. Le separó los muslos con cautela y enterró el rostro entre ellos para tomarla con la boca.

—Ah —gimió y separó las piernas para él.

Perfecto.

—Mañana debemos trabajar —suspiró con esfuerzo y la vio aferrarse a las sábanas.

—No iremos, te tomarás unos días libres hasta que te sientas mejor —mordisqueó su frágil piel y siguió un camino de besos por su espalda hasta llegar a su nuca—. Tal vez deberíamos encerrarnos en esta habitación hasta que entiendas que no me divorciaré jamás —la penetró, robándole un suave gemido, y ella giró el rostro para unir sus labios con necesidad mientras alzaba la cola y le daba un mejor ángulo para tomarla.

Aunque no era suficiente, pronto la pondría de rodillas y la haría gritar de placer.

***

Franco sentía que era un buen hombre.

Estaba seguro de que así era, puesto que amaba hacer favores. No obstante, sólo le gustaba hacerlos si la persona que se los pedía era una hermosa mujer y no su atolondrado amigo.

Mentira, Jacob le preocupaba mucho y quizá sería el único hombre al que él le tendería una mano en la vida.

Según tenía entendido, él y Elisa llevaban dos días en casa debido a la delicada salud de la pelinegra, por lo que alguien debía estar en la productora para hacerse cargo de la empresa.

Quiso rodar los ojos con aburrimiento, apenas se hacía cargo de su vida y Jacob esperaba que se encargara de un negocio que ni siquiera era suyo.

Su mejor amigo era optimista.

Lo único bueno de ese lugar era que las empleadas eran muy bonitas y serviciales.

—¿Y no tiene ninguna novia? —inquirió con fingida calma y una de las empleadas de marketing sonrió con coquetería.

—No que nosotros sepamos, señor Timberlake.

—¿Y qué más sabes de Ganger? —insistió y acarició su hebra castaña con coquetería.

—Hace unos meses se decía que estaba loco de amor por la señora Bramson, pero desde que su esposo llegó ha marcado un gran límite entre ellos.

Porque la presencia de Jacob saboteó todos sus planes.

—Loren… —la castaña respingó y Franco enderezó la espalda, observando mejor el aspecto ofuscado de Patrick—. ¿Dónde está Elisa?, ¿por qué lleva tantos días sin venir a trabajar?

—Yo se lo diré —hizo notar su presencia, salvando a la tierna muchacha del mal carácter del imbécil, y el rubio respingó en su lugar al percatarse de su presencia—. Estoy ocupando su puesto, así que vamos a mi oficina.

La cual, por cierto, era de Elisa.

Una vez que estuvieron lejos de los ojos y oídos curiosos, Franco se dejó caer en su silla ejecutiva y lo miró con interés.

—¿Qué buscas? —se cruzó de brazos.

—Nada en especial, señor Timberlake.

Así que lo conocía, ¿cómo era eso posible?

Él no era dado a frecuentar la productora.

—No mientas —masticó sus palabras y dejó de ser el generoso hombre que todos creían que era—. Te veo muy interesado en la esposa de mi amigo, a quien quiero como a un hermano.

Patrick se puso tan rígido como una vara y después de lo que pareció una eternidad, espetó:

—Si tiene dudas de ese tipo, ¿por qué viene a mí?, ¿por qué no habla con Elisa sobre el tema? —su sonrisa maliciosa le informó que no estaba lidiando con alguien cuya virtud fuera la inteligencia—. Ella puede darle más información de la que yo poseo, pero es un hecho que ese matrimonio no tiene ni tendrá futuro, ¿por qué no dejar que una mujer tan pasional como Elisa disfrute de los placeres de la vida?

El tono que Patrick implementó para dar su opinión lo puso alerta.

—¿Qué está insinuando? —farfulló—. Cualquiera pensaría que usted y...

Patrick enarcó una ceja, divertido, y Franco empezó a perder la paciencia.

—¿Usted cree en la fidelidad?

—Creo en el amor que Elisa siente por Jacob.

Ella jamás engañaría al pelinegro, ¡eso era una locura!

—No pregunté si cree en el amor, sino en la fidelidad.

—Sea claro, Patrick.

—Sucede que cuando dos personas están casadas o en una relación, y uno no recibe el amor que quiere y siente merecer, suele buscarlo en otros brazos. —Imposible, ese hombre estaba mintiendo—. Eso fue lo que sucedió con Eli.

—Ella jamás estaría con otro hombre.

Aunque la duda empezó a corroerle por dentro.

—Entre Elisa y yo existe más que una amistad y ese secreto saldrá a la luz cuando Bramson firme el divorcio —se marchó con la frente en alto y Franco empezó a cuestionarse todos los problemas que ese hombre podría generar en la vida de Jacob si se lo proponía.

Dios santo, sólo esperaba que Elisa no hubiera mordido el anzuelo porque de ser así, el que querría el divorcio sería el mismísimo Jacob.

Capítulo 15

—¡Regresa aquí! —chilló histérica mientras él reía por lo alto.

—Eso sería trampa. —Siguió rebotando el balón sobre el piso y encestó en un abrir y cerrar de ojos.

—No es justo — gruñó como una niña y Lucy retiró la vista de sus dibujos para reírse del berrinche de su madre.

Era sábado y los tres se encontraban en el jardín de su casa, jugando con el canasto de baloncesto que tenían en la parte trasera del jardín. Le parecía curioso que después de pasar todo un día fuera de casa, ninguno de los tres estuviera cansado.

—Aprende a perder, cariño. —Jacob se quitó la remera sudada, dejando ver su brilloso torso bajo la luz de la luna, y Elisa tragó con fuerza.

«Tan linda», pensó Jacob con diversión. Ese era uno de los principales factores que siempre le gustó de su matrimonio: no importaba la edad, el día, ni la hora, ellos eran como dos adolescentes hormonales.

—Claro que iba a perder, me llevas por más de quince centímetros —siguió refutando, pero esta vez con nerviosismo.

—Hace media hora tú dominabas el balón —Entornó los ojos, mirando a la pelinegra, y ella lanzó una maldición por lo bajo.

No pudo evitarlo y se rio por lo alto, su mujercita siempre fue una mala perdedora y no la culpaba ni mucho menos criticaba.

Él era igual o peor.

—Juguemos una nueva ronda —pidió ella con rapidez—. Ganador pide —imitó sus movimientos y se quitó la blusa con total seguridad, quedando únicamente en su sujetador negro.

Ahora fue Jacob quien tragó con fuerza, ella no debería provocarlo de esa manera, menos cuando Lucy estaba presente.

Elisa se rio por lo bajo, bastante consciente del efecto que tenía sobre él, y lo desafió con la mirada.

Estaba claro que ella quería ganar a como dé lugar.

Sujetó el balón y caminó en su dirección con pasos resueltos y estudiados.

—Eso es trampa —susurró con voz ronca, muy cerca de su oído—. Si te pones así, lejos de querer ganarte, querré llevarte a nuestra habitación.

Elisa se rio por lo bajo y negó lentamente con la cabeza, mientras se hacía del balón.

—Veamos quién gana.

—¿Ganador pide? —confirmó sus palabras y ella asintió.

—Bien —tomó una bocanada de aire— Ganador pide —aceptó.

Ella intentaría irse esa noche a su departamento, pero él no tenía intención alguna de permitir algo así.

—¿Listo?

—Listo.

Elisa se desplazó hacia la derecha y cuando Jacob extendió los brazos para impedirle el paso y quitarle el balón, la pelinegra miró de soslayo a su hija, quien estaba bastante distraída, y dirigió su mano hacia el miembro masculino y lo presionó, haciendo que Jacob gruñera por el dolor y se hiciera a un lado, declarándola como ganadora.

—¡Gané! —la observó dar brinquitos en su lugar y luego correr hacia su hija, quien ahora estaba de pie aplaudiendo a su madre.

—Alias: la tramposa —siseó por lo bajo, sujetando su polo y la blusa de Elisa.

En su regocijo, Elisa observó su celular que estaba sobre el césped y rápidamente contestó.

—¿Mamá?

—*Hola.*

—¡Hola abuelita! —gritó Lucy.

—¡Hola suegra!

Ella rio. Era extraño que su madre le llamara un sábado por la noche, más cuando mañana cuando tenían una visita programada.

—*Pensaba ser discreta con el tema, pero el oír su vocecilla hace que no pueda retenerlo más. ¿Me prestarías a Lucy este fin de semana? Queremos salir de paseo y pensamos que a Lucy podría gustarle.*

—No lo sé, mamá. Este fin de semana Lucy se queda con Jacob y posiblemente quiera pasar más tiempo con ella.

Jacob frunció el ceño, ¿de qué estarían hablando?

—¿Qué pasó?

—Mis padres quieren que Lucy se quede con ellos esta noche y mañana.

Él asintió.

—¿Y tú quieres, princesa? —acarició la mejilla de su hija, quien obviamente asintió con emoción contenida.

—Yo quiero, mami —rogó la niña y Elisa esbozó una leve sonrisa.

—Lucy quiere ir, así que prepararé todo y te la llevaré con Jacob.

—*Nosotros iremos por ella, casualmente estamos cerca.*

—¿Sabías que te la daría? —enarcó una ceja.

—*La esperanza es lo último que se pierde.*

Elisa se rio por lo bajo, nunca le negaba a Lucy, pero con Jacob junto a ellas ya no se sentía con el derecho de enviarla con su madre cada vez que necesitara algo de ayuda, antes solía hacerlo de vez en cuando.

—Iré a bañarla —dijo ni bien cortó la llamada.

—De acuerdo, yo también me daré una ducha —se pusieron en marcha hacia la casa —. ¿Debemos llevarla?

—No, pasarán por ella.

—Ahora supongo que seremos solo tú y yo.

Tenía la leve sospecha de que Jacob acababa de adquirir la mejor excusa del mundo para pedirle que no regresara a su departamento esta noche. No obstante, estaba jugando con fuego, puesto que llevaba muchos días junto a él y ni qué decir de todo lo que estuvieron haciendo juntos cuando se suponía que ella debía estar en reposo.

Jacob se encargó de despachar a Lucy y agradeció en silencio el gesto de sus suegros, puesto que estaba bastante seguro de que ellos lo estaban ayudando a compartir más momentos a solas con su esposa.

—Si necesitan algo, no duden en avisarnos —espetó su suegra y Jacob observó en silencio lo feliz que era su hija cuando debía irse con sus abuelos.

Se cruzó de brazos.

¿Qué tipo de abuelos habrían sido sus padres?

De solo pensarlo la piel se le erizó y regresó a su casa en silencio.

—¿Ya se fueron? —Elisa bajó con paso apresurado, llevaba puesto un lindo vestido amarillo y la cabellera la tenía envuelta en una toalla blanca.

Acababa de salir de la ducha.

—Así es.

—Entonces debería alistarme…

—Ya cerré todo —informó con cautela—, no creo que puedas ir a ninguna parte.

Elisa lo miró con fijeza y si por un momento pensó que lucharía, se equivocó.

—Ya veo —arrastró sus palabras y se quitó la toalla de la cabeza—. ¿Querrás cenar algo?

Negó con la cabeza y se acercó a ella con paso cauteloso.

—Te ves mejor.

—Me siento mejor —admitió y se dirigió a la cocina con toda la intención de huir de su cercanía—. Creo que es momento de hablar de ciertos temas.

—Opino igual.

—Vanesa regresará en una semana y tú tendrás que retomar tu lugar en la empresa.

Torció los labios con disgusto, la idea de volver al trabajo no le resultaba tan alentadora si se consideraba que eso le quitaría muchas horas de tiempo junto a su esposa e hija.

—¿Por qué pensar en eso ahora?

—Porque pronto terminaré mi tratamiento y sabes lo que quiero.

—¿De verdad quieres hablar de eso justo ahora? —preguntó con frustración y Elisa le regaló una tierna sonrisa antes de acariciar su mejilla—. La hemos pasado muy bien en los últimos días, me dijiste que lo pensarías y…

—Y sigo queriendo lo mismo, no he cambiado de parecer.

¿Tenía caso decirle que él sí había cambiado de parecer?

Lo más probable era que asociara su repentino cambio al hecho de que quería retenerla a su lado.

—Dame un mes —pidió de pronto, haciéndola respingar en su lugar—. Permite que luche por nuestra familia, no puedes tomar una decisión tan precipitada y esperar que no haga nada por hacerte cambiar de parecer.

—Nada cambiará, yo…

—Déjame intentarlo.

Ella meditó su respuesta por largos segundos y luego conectó sus miradas con seriedad.

—Sólo un mes. —Jacob le regaló una radiante sonrisa y sin previo aviso la rodeó por la cintura y unió sus labios con avidez—. Jacob…

—Regresa con nosotros, sabes que quieres estar a nuestro lado.

Ahora que sus días laborales junto a Elisa estaban llegando a su fin, nada le daría más gusto que tenerla en su casa.

—Está bien —aceptó entre besos, abrazándolo por el cuello.

—¿Ya sabes qué pedirás? —rozó la punta de sus narices con picardía y ella se rio por lo bajo.

—Tal vez no lo recuerdes, pero después de nuestra primera vez… —Jacob se sonrojó con violencia, esa no fue la mejor noche de sus vidas y aún sentía algo de vergüenza por todo lo sucedido.

—Lo recuerdo —siseó y ella lanzó una melodiosa carcajada por lo alto.

—Tuvimos que ver un par de películas para instruirnos en la materia después. —Se ruborizó y ella sonrió con picardía—. Busquemos alguna.

Abrió los ojos, sorprendido.

—Pasaron muchos años, ni siquiera recuerdo los nombres.

Elisa hizo un mohín y él enarcó una ceja, tal vez él también debería empezar a jugar con ella.

—¿La quieres? —deslizó la mano por su espalda baja y acunó su nalga con lujuria.

—Bu-bueno...

Perfecto. Ahora ya no estaba tan segura.

—No creo poder encontrar ninguna de esas películas, pero recuerdo muy bien lo que te hice después de verlas —con un movimiento resuelto la sentó sobre el mesón de la cocina y le abrió las piernas para colarse entre ellas.

Elisa jadeó con el brusco contacto de sus pelvis y cerró los ojos ansiosa por el movimiento que efectuó contra su centro. Jacob se meció contra ella, instándola a emitir suaves gemidos, y acarició sus pantorrillas con deleite, ansioso por enterrarse en su mujer.

—¿Estás seguro de que lo recuerdas? —preguntó con voz ronca, arqueándose contra él—. Porque extraño esas épocas cuando te entregabas de verdad — lo abrazó por el cuello, instándolo a acercarse más.

—Dejé de hacerlo de esa manera porque ya no quería lastimarte —confesó con tristeza—. Era un salvaje, Eli, jamás pensaba en ti...

—Eso no es cierto —negó con la cabeza—. Si yo no llegaba, tú tampoco lo hacías —murmuró cerca de sus labios, tentándolo a perderse en su boca—. Jamás me lastimaste, me diste todo lo que yo te pedí.

Jacob la abrazó con fuerza de la cintura.

—Tengo miedo —confesó—. ¿Qué tal si te asusto?, ¿qué tal si me ves como un monstruo? Mi madre dejó de amarme de la noche a la mañana y temo que pase lo mismo contigo.

—No me compares con esa bruja —ordenó, mirándolo con dureza, y él se rio por lo bajo—. ¿Cuándo entenderás que ese joven al que tanto detestas y te avergüenzas es el mismo hombre al que llevo amando la mitad de mi vida?

Su corazón empezó a bombear sin control alguno y la miró con fijeza.

—Elisa.

—Bésame —rogó con voz ronca y lo abrazó por la cintura con las piernas—. ¿Por qué dejaste de hacerlo?

—Porque si esto continua me perderé, juro que dejaré de razonar y te haré mía por horas.

—Me gusta cómo suena —admitió con diversión— ¿Por qué no lo haces?

Jacob tiró de sus muslos y juntó sus miembros, aún con su ropa puesta.

—Porque antes debes saber algo.

—¿Qué?

Inclinó el cuerpo sobre ella, y con la punta de la lengua humedeció la comisura de sus labios, haciéndola balbucear con ansiedad.

—Te amo.

Como lo dedujo, el cuerpo que tenía entre sus brazos se tensó de tal manera que tuvo que aferrarse a la diminuta cintura y abrazar el muslo femenino con la mano libre, mientras sus labios

demandaban un beso voraz e impedían su retirada. Su mujer aún no le creía, y no la culpaba, pero eso no iba a impedir que le demostrara todo el amor que sentía por ella.

Esta noche le dejaría claro que su perdición llevaba su nombre, que su alma ya tenía a su par y que su cuerpo sólo encontraba paz en ella.

Capítulo 16

No eran palabras vacías.

Jacob realmente estaba correspondiendo su amor y ella no tenía la menor idea de cómo proceder respecto al tema porque ahora tenía su amor, pero codiciaba algo que él jamás estaría dispuesto a darle y a lo cual ella no deseaba renunciar.

Lanzó un suave gemido y se aferró al borde de la encimera al sentir la mitad de sus glúteos al aire. No debería aceptar sus caricias ni su entrega, nada de lo que hiciera le haría cambiar de parecer, pero al parecer el pelinegro no era el único egoísta en su relación.

Ella quería aprovechar esos momentos tanto como fuera posible.

—Jacob... —gimió ansiosa—, me caigo —informó y él enterró sus manos en sus piernas y la elevó para sentarla en el respaldo del sofá.

No parecía poder hablar, la boca del pelinegro estaba penetrando la suya con loca desesperación, mientras las manos de Elisa se encargaban de la remera de dormir de su esposo.

Por una milésima de segundo, Jacob se vio forzado a romper el beso, y cuando estuvo desnudo en la parte superior del cuerpo, volvió a tomar posesión de sus labios.

—Te amo tanto —jadeó, dejando besos húmedos por su cuello y ella se arqueó, clavando las piernas en su espalda baja para no caer —. Me vuelves loco —sujetó los tiros de su vestido y empezó a bajarlos, al mismo ritmo que sus besos empezaban a filtrarse por el inicio de sus senos.

Elisa no podía pensar ni articular palabra, en ese momento su cuerpo clamaba por Jacob, y ella sabía por qué. Gimió alto cuando una de sus cúspides fue apresada por sus labios y enterró las manos en la cabellera oscura, mientras él acunaba el seno libre con saña.

—Va-vamos a la alco-coba —balbuceó excitada, sentía que llegaría a la cima sin siquiera haber sido penetrada.

—No. —La liberó de sus labios y conectó sus miradas, encontrándose con su desconcierto—. Tú dijiste que querías al hombre del que te enamoraste y ese hombre ama experimentar cosas nuevas.

—Ahh —jadeó cuando en un rápido movimiento su espalda terminó contra la pared.

—Te haré el amor donde yo quiera —murmuró cerca de su oído y jugó con su lóbulo por un largo lapso.

—Sí —su voz se quebró.

Había esperado años para que Jacob reaccionara y se diera cuenta que era lo que ella quería: no buscaba la perfección en él, porque para ella, su esposo siempre fue perfecto tal y como era.

Su pecho se vio abordado nuevamente por los labios masculinos y ella empezó a mecerse, generando una agradable fricción entre sus cuerpos, cosa que hizo que Jacob reafirmara sus brazos en sus muslos.

—Conste que quería ser lento —le informó jadeante, y ella rio con picardía, abriendo los ojos como platos al sentir como él rasgaba su ropa interior y bajaba su buzo, dejando su virilidad totalmente expuesta.

—¿Qué? Ah... —suspiró cuando la penetró, generándole tal espasmo que Jacob, y ella, se sorprendieron al saber que habían alcanzado un orgasmo.

—Vas a matarme —la observó convulsionar y arquearse en sus brazos, pero no le dio paz, sino todo lo contrario. Con firmeza sujetó sus piernas y salió de ella para clavarse con precisión, haciéndola gritar de placer.

Elisa hundió el rostro en su hombro y lo abrazó con fuerza mientras balbuceaba incoherencias ante cada uno de sus embistes. Su útero se comprimía, y se sentía desfallecer.

Sus labios buscaron los de Jacob y cuando se encontraron, la pasión se desencadenó. Él necesitó segundos para llegar a la cima, sus brazos eran el eslabón que permitía que ella siguiera arriba, porque su cuerpo tambaleaba como una hoja en el viento.

El beso se rompió y ambos respiraron entrecortadamente.

Jacob salió de ella con delicadeza y la llevó a su habitación sin emitir palabra alguna.

—¿Iremos a dormir? —se apoyó en su hombro e hizo un mohín con los labios.

Esperaba un poco más.

Con las piernas de Elisa enroscadas en su cadera, Jacob se inclinó y la dejó sobre el mullido colchón. El vestido que estaba enroscado alrededor de la cintura de su esposa salió expulsado, y su buzo y bóxer también.

—¿Quieres dormir? —se subió a horcajadas sobre ella.

—No. —Sacó las piernas entre las de Jacob y en un ágil movimiento se sentó sobre sus rodillas, quedando a horcajadas sobre él—. Quiero que me hagas el amor —susurró en su oído y empezó a mordisquearlo—. Ah... —gimió cuando él la invadió sin previo aviso.

—Tú lo pediste —ella empezó a dar cortos brincos sobre él, tirando de su cadera hacia adelante y hacia atrás. Jacob miró hacia el techo de su alcoba y nuevamente la puso boca arriba, siendo él quien ahora llevase el control de la situación.

Elisa se sentía desfallecer, el ritmo que Jacob estaba implementando era el baile de la perdición, primero la penetraba fieramente y luego sus movimientos cesaban presumiendo la longitud de su miembro.

Sus piernas enroscaron la cadera masculina para darle mejor acceso y una mano se dirigió a la fuente de su placer, para acompañar a su esposo en sus embistes, mientras que con la otra acariciaba su pecho.

Jacob se percató de su ansiedad y enterró las rodillas debajo de su nalga para alzar su cadera y tener un mejor acceso dentro de ella.

—Alguien está ansiosa —gruñó ante aquella imagen tan estimulante, adoraba que ella se tocara y más cuando él la estaba poseyendo.

Elisa, con los ojos cerrados, se mordió él labio inferior y asintió. Gritó por lo alto por las

fieras estocadas de su esposo y se dejó llevar.

Eso era lo que ella quería.

Con la nuca pegada a la almohada y el cuerpo languidecido por el placer, recibió la semilla de su esposo con tal satisfacción que balbuceó un par de incoherencias antes de que él la instara a sentarse y la invitara a cabalgarlo, cosa que logró que sumara su dicha y cayera rendida contra su fornido pecho.

Dios santo, jamás pensó que volvería a tener una noche de ese tipo junto a su esposo.

—Te necesitaba tanto —suspiró y él la abrazó de tal forma que hizo que Elisa supiera que en ese momento no sólo estaban conectados físicamente, sino mentalmente.

—Eso se debe a que ninguno puede vivir sin el otro —besó su frente sudada y se dirigió al baño para prender la regadera—. Ven, necesitamos otro baño —la tomó en brazos y la pelinegra lo abrazó por el cuello.

El agua caliente empapó su cuerpo cuando estuvo de pie bajo la regadera y se aferró a Jacob, quien en esos momentos era su único soporte.

—Perdiste la resistencia —bromeó él y ella se rio por lo bajo.

—Creo que he perdido la cordura —reconoció abrumada.

—Nunca fuimos una pareja especialmente cuerdos —aclaró él, mientras la jabonaba como a una niña pequeña.

«No quiero jugar con tus sentimientos», pensó abrumada. «Pero aún no quiero renunciar a ti».

—¿Sabes? —demandó su atención con voz serena—. Hoy, cuando hablaste de nuestra primera vez, recordé que fue algo penosa.

Ella lanzó una potente carcajada.

—No te sientas mal, la primera vez estuvo regular, no sabíamos mucho.

—Tardamos minutos con el condón —le recordó y ella asintió con diversión—. ¿Te dolió mucho? —Acarició su mejilla, ahora que lo recordaba jamás le planteó esa pregunta.

—Cosquillas no me hizo —su rostro se transformó en una mueca.

Él carcajeó.

—No debí ir por una segunda ronda, ¿verdad?

—Mmm... creo que esa segunda hizo que me animara por una tercera. Si no lo hubieras hecho, hubiese quedado traumada —bromeó y ambos rieron por lo alto.

—¿Me habrías dicho que «no» después? —sintió curiosidad.

Elisa sonrió cálidamente y lo abrazó por el cuello.

—¿Cuándo te he dicho que «no»?

—Empezaste a hacerlo desde que me pediste el divorcio —susurró con tristeza.

—Lo siento —miró sus pies, apenada—. Algún día entenderás que hice todo lo que hice por

tu bien —sus ojos se cristalizaron—. Las personas tendemos a desear muchas cosas y en algún determinado momento dejé de aspirar a tu amor y pensé en lo gratificante que sería tener otro hijo, ese que siempre quise y jamás podría llegar mientras estuviera dentro de este matrimonio.

Él la abrazó con fuerza.

—Quiero intentarlo.

—¿Y qué harás si no te gusta la idea? —lo buscó con la mirada—. Los hijos no pueden devolverse, Jacob, son para toda la vida y ya te condené con Lucy.

—No es una condena —siseó con enojo y ella tragó con fuerza—. Dime algo, Elisa, ¿estás dispuesta valorar mi lucha o lo único que estás haciendo es jugar conmigo?

Lo miró con tristeza.

—Mi inseminación será en veinticinco días.

Él la soltó con rapidez, como si su tacto quemara, y la miró con incredulidad.

—¿A qué diablos estás jugando?

—Quiero reescribir mi historia.

—¡Te estoy rogando para que lo hagas conmigo! —explotó y ella negó con la cabeza.

—Contigo en ella, yo jamás podré ser la protagonista.

Porque lo amaba tanto que siempre se ponía en segundo plano cuando de él se trataba. Jacob salió de la ducha sin emitir palabra alguna y durante el resto de la noche, ninguno de los dos hizo nada por buscar una reconciliación.

Él estaba demasiado molesto para su propio bien y ella sólo deseaba descansar un poco.

***

«Quiero reescribir mi historia. Contigo en ella, yo jamás podré ser la protagonista».

Llevaba días tratando de sacar esas palabras de su cabeza, pero le resultaba simplemente imposible hacerse la idea de que Elisa quería tener una vida plena y feliz sin él a su lado.

¿Qué tan mal esposo tuvo que ser para matar las ilusiones de una vida juntos en Elisa?

Se frotó el mentón abatido y dio un respingo en su lugar cuando su hija recostó su cabeza en su regazo. Ella estaba cansada y todo parecía indicar que haría la siesta ahora que terminó con sus deberes.

—Papá…

—¿Sí? —acarició su coronilla.

—¿Cuándo volverá mamá a nuestra casa? —la garganta se le cerró, después de lo ocurrido no pudieron hablar de su mudanza.

—Te aseguro que muy pronto.

—No quiero que hoy duerma en ese lugar, dile que venga con nosotros.

Los ojos le ardieron al darse cuenta que toda esta situación no sólo lo estaba afectando a él y parpadeó varias veces para controlar sus lágrimas. Él era el único culpable de que su familia se estuviera rompiendo, no supo valorar el gran tesoro que la vida le brindó y ahora no tenía la menor idea de cómo retenerlo bajo su poder.

—Hablaré con ella, pronto saldrá de su reunión y podremos verla.

Debía llevarla a su casa lo antes posible porque en unos días Vanesa se reincorporaría a la productora y él tendría que retomar sus obligaciones de igual manera.

Sólo esperaba que Elisa no se la pusiera difícil, últimamente hablar con ella era prácticamente imposible. En un momento parecía estar conforme con todo, pero a los minutos sus planes cambiaban.

***

Cuando la junta finalizó, Elisa comenzó a recoger los informes que le entregaron y todas sus alarmas se prendieron al sentir que alguien la estaba observando, debió sospechar que Patrick no desaprovecharía una oportunidad tan buena para hablar con ella.

—¿Se te ofrece algo? La reunión terminó —trató de sonar amena, no quería problemas con sus socios.

—Antes no te molestaba conversar conmigo después de una reunión.

—Porque antes hablábamos del trabajo, no de mi vida privada.

¿En qué momento comenzó a tomarse tantas libertades con ella?

—¿Qué sucede Elisa? Desde que Jacob...

—Mi esposo.

Él gruñó.

—Desde que tu esposo empezó a trabajar como tu asistente no has hecho más que evitarme.

—Eso no es verdad —frunció el ceño—, fuiste tú quien empezó a evitarnos.

—¡Porque siempre andas pegada a ese imbécil!

Apretó la mandíbula.

—No hables así de mi esposo o tendremos problemas —farfulló con disgusto, haciéndolo respingar en su lugar.

—¡Ibas a divorciarte! —rugió y Elisa inhaló profundamente, preguntándose si sus problemas terminarían algún día.

—Lo que haga o deje de hacer con mi matrimonio no es tu problema.

—Durante meses me confiaste todos tus pesares, sabes que ese hombre no te conviene.

—He decidido darme un tiempo —confesó de pronto, decidida a ser sincera respecto a sus sentimientos—. Lo amo y él me ama, ambos tenemos una hija hermosa y creo que no puedo soltar a mi familia con tanta facilidad.

Los últimos días que se quedó en su departamento fueron un verdadero infierno, por lo que pensaba hablar con Jacob para mudarse nuevamente a su casa.

—¿Crees que él te ama? —bufó con sorna, como si estuviera diciendo algo estúpido—. ¿Puedes ser más ingenua? Cuando vuelvas a arrastrarte por él, Jacob se olvidará de todo y tanto Lucy como tú volverán a ser parte del olvido.

—Eso no es cierto —trató de sonar firme, pero sus palabras le generaron una gran inquietud en el pecho.

—Claro que lo es —bufó— y cuando eso pase no quiero que vengas a buscarme para descargar tu tristeza sobre mi hombro.

Maldita la hora que creyó en su amistad, estaba claro que Patrick nunca se acercó a ella con buenas intenciones.

—Creí que eras mi amigo —arrastró sus palabras.

—Como amigo hice mucho por ti, pero te seré sincero: odio a las mujeres estúpidas.

—¡¿Qué te pasa?!

—¡Me pasa que estoy seguro de que le abriste las piernas a tu esposo!

La fuerte cachetada que Elisa le propinó en la mejilla logró que Patrick guardara silencio, pero su mirada fulminante no hizo más que inquietarla.

—Te consideraba mi amigo —soltó con tristeza— y muy aparte de que tal vez tengas razón —levantó el mentón con suficiencia—, quiero que te quede muy claro que a mi marido le abriré las piernas cada vez que se me dé la gana. Pero sólo a él —sentenció molesta y Patrick cerró las manos en dos puños, rojo de la cólera.

—Elisa...

—Lárgate, la reunión ha terminado —volvió a concentrarse en los documentos que debía llevar consigo.

—Eli... yo no quiero perderte.

—No sé en qué momento te convertiste en esto, pero deja de obsesionarte con mi relación. Es probable que Jacob no haya sido el mejor de los esposos, pero es el hombre que amo, por lo que no permitiré que hables así de él, ¿me entiendes?

—Sólo quiero lo mejor para ti.

¿Podía creer en sus palabras?

—Te aseguro que elegiré bien, así que deja de involucrarte en mis asuntos y ponte a trabajar.

Patrick lanzó un gruñido y guiado por la rabia abandonó la sala de juntas como alma que lleva el diablo, pero paró en seco al abrir la puerta y ver al idiota de Jacob a pocos pasos de distancia.

Ese maldito lo estaba complicando todo y por esa razón avanzó en su dirección con pasos resueltos.

—¿Se te ofrece algo? —preguntó Jacob con desdén y él le regaló una sonrisa socarrona.

—Tú esposa ya hizo todo por mí —contestó con una voz que podía dar varias interpretaciones, pero el pelinegro no se inmutó y lo pasó de largo.

Patrick farfulló una maldición. Necesitaba pensar las cosas con claridad, aún tenía un as bajo la manga y estaba seguro de que sólo así quitaría a Bramson de su camino.

Capítulo 17

«Tú esposa ya hizo todo por mí».

Las palabras de Patrick retumbaron en su cabeza sin piedad alguna y miró a Elisa de reojo, quien estaba estudiando los documentos que recibió esa tarde y seguramente agradecía en silencio que sus padres hubieran pasado por Lucy para hacerse cargo de ella esta noche.

En el fondo, sabía que sus suegros sólo les estaban ayudando a tener un tiempo a solas, pero ahora mismo no estaba seguro de sentirse cómodo junto a la pelinegra.

«Ella esconde algo».

Estaba al tanto del beso que compartió con Patrick en el aniversario de la productora, pero ¿por algo tan simple el rubio generaría todo un escándalo?

No, claro que no, había una parte de la historia que él desconocía y tenía la leve sospecha que no le gustaría en lo más mínimo.

Se cruzó de brazos, pensativo, observando el pasillo que ahora estaba en penumbras. Eran las nueve de la noche, no había ni un alma en el edificio, pero él seguía ahí, junto a su esposa, más nervioso que nunca ante la perspectiva de que quizá, sólo quizá, Elisa cometió el terrible error de enredarse con Patrick.

Ese pensamiento hizo que la piel se le pusiera de gallina y sus dientes se apretaran con violencia. Maldición, la perspectiva de que ella hubiera sido de alguien más era desquiciante, puesto que para él sólo fue Elisa, pero lo que más le dolía era el pecho.

Comprendía que no fue el mejor de los maridos, pero ¿de verdad se habría atrevido a engañarlo de esa manera?

Se pasó una mano por sus cabellos con frustración, necesitaba respuestas y tenía la leve sospecha de que Elisa nunca se las daría.

—¿Te sientes bien? —la melodiosa voz de su esposa lo arrancó de su letargo y la buscó con la mirada—. Te ves inquieto, algo pálido, diría yo.

«Debes calmarte, no puedes retroceder todos los pasos que avanzaste por una simple escena de celos».

—Me siento un poco cansado —forzó su sonrisa y abandonó su lugar en el sofá para acercarse al escritorio, estaba claro que su condición le había robado toda su concentración.

—No es necesario que te quedes hasta tan tarde, Lucy está con mis padres y…

—Y yo contigo. —Acunó su mano y le encantó ver como sus mejillas se sonrojaban—. Tengo la leve sospecha de que tus padres y Lucy están confabulando, han estado pasando mucho tiempo juntos, ¿no crees?

—Lo sé —musitó con fingida calma y apartó su mano con inmediatez para acomodar los documentos—. Podemos irnos, trabajaré en mi departamento.

—Déjame ayudarte —rodeó el escritorio y apoyó la cadera en el mueble con despreocupación —. Son mis últimos días de trabajo, deberías aprovecharte de mí —bromeó y ella se rio por lo alto.

—No quiero ser recordada como la peor jefa del mundo —siguió su juego—, no es tu obligación, Jacob, te aseguro que esto es nada para mí.

—Me niego a que lleves trabajo a nuestra casa, son las nueve y necesitas cenar y descansar.

Ella lo miró con fijeza y casi y pudo leer sus pensamientos.

—No iré a nuestra casa.

Al menos ahora era “nuestra”.

—Por favor, me prometiste que considerarías mudarte y han pasado muchas semanas desde ese día.

Elisa se concentró en su laptop, no muy segura de qué decirle al respecto. Lo cierto era que tenía miedo, le asustaba la idea de volver a su casa y que todo volviera a ser como antes, esa era una pesadilla que no deseaba vivir y de la cual llevaba semanas escapando.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal al sentir como los labios masculinos regaban un camino de besos por su espalda y se aferró a su escritorio con fuerza. Por todos los cielos, no era una adolescente sin experiencia, pero incluso así, él siempre conseguía alborotar cada una de sus extremidades y sentidos.

—Jacob —la voz le tembló y su respiración se alteró al sentir como le abría los botones de su camisa.

—Estamos solos, todos tus empleados se han ido —musitó con voz oscura, jugueteando con el lóbulo de su oreja.

—Déjame terminar algo y me iré contigo.

Porque quería terminar en su cama, quería que le hiciera el amor por horas y no tenía intención alguna de desaprovechar esta oportunidad. Se concentró en su trabajo, pero cuando las manos traviesas se escabulleron por debajo de su falda, ya no pudo más y se olvidó de sus labores.

—Así no podré —giró el rostro y fundió sus labios contra los de su esposo.

Jacob la abrazó por la cintura y sin hacer el más mínimo de los esfuerzos la sentó sobre el escritorio y se coló entre sus piernas, subiendo la falda en tubo para que ella pudiera abrirse para él.

—Esto está mal, estamos en la oficina.

—Pero no son horas de trabajo —murmuró y retiró la braga de encaje para palmear la fuente de placer, sus dedos se humedecieron en el instante y como consecuencia le regaló una sonrisa traviesa—. Y al parecer tu cuerpo me necesita con urgencia —se jactó, irritándola un poco.

¿Por qué tenía que ser tan creído?

—Ah... —tiró la cabeza hacia atrás al sentir como deslizaba dos dedos en su interior y lo

abrazó por el cuello.

—Siempre me gustaron las historias de jefe y secretaria —se burló él y con la respiración entrecortada por los dedos que se movían hábilmente en su interior, Elisa logró decir:

—Yo so-soy la jefa.

Jacob con un simple movimiento la tendió sobre el escritorio y elevó sus piernas para posarlas sobre sus hombros.

—Supongo que seré el secretario que busca un mayor cargo a cambio de su cuerpo —siguió jugando, mientras abría su cinturón.

Elisa se subió la falda y logró abrir aún más las piernas, dejando claro que ya nada los detendría.

—Ya sabes lo que tienes que hacer si quieres un ascenso —bromeó y se arqueó adolorida cuando él la penetró sin contemplación alguna— ¡Ah!

Jacob se aferró a sus muslos y arremetió con desenfrenada pasión, recordando todas las veces que ella le dijo te amo y se entregó a él con abandono. Las imágenes no hicieron más que excitarlo e inflar su pecho de orgullo y felicidad.

—Te amo, Elisa, eres la mujer de mi vida —se declaró jadeante y ella suspiró.

—Sigue así y te haré gerente —se sentó con rapidez y lo abrazó por el cuello.

Sus labios se juntaron con voracidad y sus lenguas iniciaron una dura batalla, donde todo parecía indicar que no podría haber un ganador, puesto que ninguno estaba dispuesto a dar el brazo a torcer.

Todos los papeles que estaban sobre el escritorio terminaron en el piso, mientras el mueble generaba un suave chirrido por la fuerza con la que Jacob buscaba un encuentro entre sus cuerpos. Empezó a bombear fieramente y a la tercera embestida terminó alcanzando su mayor placer, soltando un gruñido bestial, mientras ella gemía gustosa. Llevó una mano a su entrepierna para ayudarla a alcanzar su orgasmo, pero el estruendo de algo rompiéndose hizo que ambos se separaran bruscamente y arreglaran sus prendas.

—Dios santo —se puso nerviosa—. Nadie se queda en las oficinas hasta esta hora —susurró, bajando su falda con desenfreno.

—Tranquila, pudo haber sido el viento —Jacob salió de la oficina una vez que su ropa estuvo en su sitio—. Quédate aquí —le pidió, pero como de costumbre, ella no lo obedeció y ambos recorrieron los oscuros pasillos del edificio.

—El florero —murmuró Elisa, acercándose hacia el lugar donde había varios pedazos de un jarrón.

—La ventana se abrió. —El pelinegro la cerró y alejó a Elisa de todos los fragmentos de cristal que estaban en el piso—. Ves, nadie está aquí.

—Sí, eso veo… —se quedó pensativa.

—¿Qué sucede?

—No, nada —suspiró y lo tomó del brazo—. Vámonos —sonrió risueña y él asintió—. ¿Sabes? Me debes un orgasmo —le recordó y Jacob se rio por lo alto.

—Te daré los que quieras si vienes conmigo a nuestra casa.

—Oh, es una oferta tentadora —reconoció y cuando estuvieron en el ascensor, él entrelazó sus manos y la instó a conectar sus miradas—. ¿Qué sucede?

—Vamos por tus cosas, es hora de que regreses a tu hogar.

¿Haría bien en regresar?

«Sólo hazlo, es lo que quieres».

—Está bien.

De todas formas, sólo debía sacar su ropa e informarle a la dueña del departamento que ya no ocuparía más el lugar.

Una hora más tarde llegaron a su casa y Elisa ingresó a su habitación en silencio, viendo como Jacob metía su maleta al vestidor con bastante entusiasmo. Parecía un niño pequeño que acababa de salirse con la suya.

Esa imagen le robó una sonrisa, pero incluso ese momento tan tierno y emotivo no pudo mermar su preocupación, puesto que no importaba cuanto lo pensara, estaba bastante segura de que el jarrón que se rompió esa noche no iba junto a la ventana.

Capítulo 18

—Vaya, me sorprende todo lo que puede pasar en un mes —espetó Vanesa, viendo todos los documentos que Jacob dejó para ella en perfecto estado, y Elisa apoyó la mano en su mentón con preocupación.

—En unas semanas culminará mi tratamiento, supongo que puedo aprovechar el poco tiempo que me queda.

La castaña de ojos color avellana la miró con fijeza.

—¿Y no puedes esperar? ¿Qué tal si Jacob cambia de parecer?

Sonrió con amargura.

—No quiero que acepte tener otro hijo bajo presión, se supone que eso es algo que debe ser deseado y planificado.

—Lo amas, si te adelantas podrías arruinar tu vida.

Era bueno tener a su amiga de regreso, aunque no podía negar que extrañaba a su esposo.

—¿Me dirás como te fue en tu viaje? —No recibió una respuesta inmediata, por lo que la miró con curiosidad—. Todo en orden.

Vanesa asintió, por primera vez en años no tenía mucho que decir. Quiso insistir en el tema, pero una llamada entrante la sacó de su letargo y con una tonta sonrisa en el rostro contestó.

Era Jacob y al parecer no era la única que estaba extrañando su compañía.

—¿Y crees que podrás tener una vida feliz lejos de ese hombre? —espetó Vanesa con sorna una vez que cortó la llamada, provocando un rubor en sus mejillas—. Dale tiempo, aún puedes esperar.

—Se hizo la vasectomía.

—Es reversible.

—¿Sabes que es reversible? —suspiró con frustración y su amiga negó con la cabeza—. El repentino amor de Jacob.

—Qué poca fe le tienes —observó con asombro y ella se frotó el rostro con frustración.

—Me resulta imposible creer que mis siete años de infeliz matrimonio terminaron con una simple solicitud de divorcio.

Vanesa le sonrió con ternura y negó lentamente con la cabeza.

—No fue una simple solicitud de divorcio, lo que hiciste fue poner un muro contra tu esposo para que él volviera en sí y recordara que tiene una vida por vivir.

¿Sería verdad?, ¿podía creer que el repentino amor de Jacob era sincero y no una táctica de manipulación?

—Quiero intentarlo.

—Mejor —asintió su amiga con satisfacción—, apenas tienes veintinueve años, esperar unos meses más por tu hijo deseado no te matará si eso implica recuperar tu matrimonio, tu familia y al hombre que amas.

—Tienes razón.

No había prisa, menos ahora que las cosas empezaban a salir como realmente deseaba.

***

Dos semanas más tarde, Jacob se encontraba en su oficina más feliz que nunca, intercambiando interesantes mensajes con su esposa sobre lo que podrían hacer esta noche en su cama.

—Si sigues así no volveré a visitarte jamás —siseó Franco, demandando su atención.

—Lo siento, pero es inevitable no sentirme satisfecho. Las cosas con Elisa van de maravilla y ella ha decidido darme una oportunidad, aún no se someterá a ninguna inseminación.

—Eso es bueno —musitó pensativo—, pero ¿tienes pensando tener más hijos? —Lo miró con fijeza y su amigo asintió—. Recuerda que eso es lo que ella quiere y ni todo el amor del mundo le hará olvidar ese sueño.

—Te encanta arruinar mi felicidad, ¿no es así?

Franco sonrió con ánimos renovados.

—Sólo quiero recordarte algo de suma importancia que no puedes pasar por alto.

—Lo sé, no creas que no lo he pensado —se limitó a decir y dejó su celular de lado cuando Elisa le informó que debía presentarse en una junta—. Sin embargo, es pronto para decir algo al respecto.

—Tienes razón, además, no vine a buscarte para hablar de Elisa, adivina quién quiere vernos.

Jacob arrugó el entrecejo, no contaba con un círculo de amigos muy grande, por lo que sólo un nombre se le vino a la mente.

—¿Ewan volvió a Manhattan? —Franco asintió—. Han pasado unos meses desde que su matrimonio fue saboteado en Escocia.

—Y ni tú ni yo pudimos asistir, así que quiero el chisme completo, ¿te animas a cenar con él esta noche?

Ewan era un primo de segundo grado y tenía la leve sospecha de que no la estuvo pasando nada bien gracias a su abuelo, quien era el tío de Gregory, y según tenía entendido pensaba poner toda la responsabilidad del negocio farmacéutico sobre los hombros de su único nieto, quien parecía estar más interesado por el negocio que su madre le dejó y estaba enfocado en la industria de moda.

—Hablaré con Elisa.

No quería dejarla sola, pero…

—Ven con ella, podrías hablar con tus suegros para que cuiden de Lucy.

Bien, le gustaba que sus amigos añadieran a Elisa en los planes, aunque si lo analizaba detenidamente, solía ser él quien la excluía de todo.

«Fui un imbécil».

Elisa se mostró bastante encantada ante la idea de cenar con él y sus amigos y horas más tarde, sólo necesitó llegar a su casa para encontrarse a su esposa ataviada en un hermoso vestido blanco, totalmente pegado a su cuerpo, finalizando con los últimos detalles de su maquillaje.

—Te ves hermosa —musitó con voz ronca y empezó a despojarse de su ropa.

—Lucy se fue hace apenas unos minutos —le contó sonriente—. Tu traje está listo, así que sólo tienes que bañarte.

Se tensó.

—No era necesario que lo plancharas, pensaba hacerlo yo y…

—Lo mandé a la tintorería —le guiñó el ojo—. He pensado que tenemos mucho dinero en nuestras cuentas como para aligerar ciertas tareas.

—Perfecto —se acercó a ella y la besó con ternura—, ¿qué tal si buscamos una empleada y una niñera para Lucy?

—Me parece.

Era lo mejor para ambos, se habían enfocado tanto en sus propios problemas que habían olvidado las falencias de su hogar. Su independencia financiera les había dado el dinero necesario para tener empleados y poder librarse de ciertas obligaciones, por lo que dejarían de pensar en los problemas más básicos para centrarse en lo que realmente importaba.

Su familia.

—Espero que no le guardes rencor a Franco —dijo de camino al restaurante, mirando de reojo a su esposa, quien se veía malditamente bien con el pelo suelto y alisado.

Le gustaba su nuevo estilo y el hecho de que ahora tuviera más tiempo para sí misma.

—Él no tiene la culpa de nada y supongo que, si mi amiga me pide un favor de ese tipo, no dudaría en guardarle el secreto.

Perfecto, no quería que su esposa tuviera un mal concepto de su mejor amigo.

Cuando llegaron al restaurante, Franco ya los estaba esperando en la mesa.

—Elisa, te ves radiante esta noche —la halagó y dejó un coqueto beso en el dorso de su mano —. La próxima que quieras divorciarte, puedes buscarme —bromeó y Jacob quiso estrellar un puño en su rostro al tiempo que Elisa se ruborizaba con violencia.

—Olvidemos ese tema, por favor —pidió ella en voz baja—. No quiero que Ewan se entere de esto.

Ella conocía a Ewan y podía decirse que eran amigos, aunque su primo siempre fue muy serio

y arisco para el agrado de Elisa.

—Entiendo —musitó Franco y Jacob retiró la silla para su esposa, quedando como piedra al ver como Ewan ingresaba al restaurante junto a una mujer muy hermosa.

No obstante, no fue la belleza y el porte de la mujer de piel trigueña y curvas llamativas lo que llamó su atención, sino como el vestido verde oscuro se ceñía al pequeño vientre que delataba unos cuantos meses de embarazo.

—Mierda —dijeron todos al unísono, odiando que Ewan les regalara una sonrisa burlona por el estado de estupefacción que había provocado en ellos.

—Caballeros, Elisa —llegó a la mesa y la mujer de cabellera oscura los miró con nerviosismo —, les presento a Fernanda Matthew, mi nueva secretaria y mano derecha. Fernanda, te presento a Franco, Jacob y Elisa, su esposa.

¿Qué diablos significaba esto?

Hace apenas unos meses Ewan iba a casarse con una tal Diana Wembley y ahora aparecía junto a una mujer totalmente diferente y embarazada. Dios, siempre supo que Ewan era propenso a meterse en problemas, pero nunca se imaginó que sería tan irresponsable.

Fernanda era una mujer agradable, inteligente y elegante, pero debía admitir que lo que más llamaba su atención eran los pequeños tatuajes que tenía en las muñecas.

—¿Se conocieron en Londres? —inquirió Franco, quien claramente no pensaba quedarse con la duda, y Ewan asintió mientras le daba un sorbo a su copa de vino.

—Así es, fue algo repentino y momentáneo, prácticamente sólo me presenté a ella para ofrecerle un mejor trabajo y Fernanda aceptó.

—No todos los días una recibe una oferta de trabajo que involucre una empresa farmacéutica —respondió la morena con inquietud—. Aún sigo agradecida con Ewan por aceptarme a pesar de mi embarazo.

—Eres eficiente —respondió el castaño con desinterés y volvió a beber de su copa.

—¿Y qué opina el padre de tu hijo? —inquirió Franco y Elisa se atoró con su agua, debido a la poca delicadeza de su amigo a la hora de efectuar una pregunta de ese tipo—. Es decir, dejaste Londres y…

—Ella está bien así —se limitó a decir Ewan con frialdad, dejando claro que no permitiría que ahondaran en el tema.

¿Él no era el padre de ese niño?

—¿Te gusta Manhattan? —Elisa decidió tomar la palabra para acabar con la tensión del momento—. ¿Cómo te sientes trabajando con Ewan? Él no es dado a los negocios.

—Aprenderá —respondió Fernanda con diversión—. No ha sido fácil, pero ahora le dedica más horas al trabajo y no me puedo quejar de Manhattan, es un lugar agradable.

¿Esa mujer podría enderezar el camino de su primo?

Lo dudaba, Ewan amaba el juego y lo más probable era que ahora mismo sólo estuviera

disfrutando del reto que su nueva secretaria representaba. Aunque... tal vez debía confiar un poco más en su primo y posar sus esperanzas en él.

—Perdón por la pregunta, pero ¿cuántos meses de embarazo llevas?

—Voy al sexto —le contó con una tierna sonrisa en el rostro.

—Dios, yo no me veía así de bien en mi sexto mes de embarazo —reconoció ella y Jacob frunció el ceño.

—No es verdad, te veías hermosa.

—Claro, parecía un pequeño tanque de guerra —bromeó Franco y en esta ocasión Elisa no retuvo sus instintos y lo golpeó en el brazo—. Auch…

—Por imbécil.

—¿Tienes hijos? —inquirió Fernanda.

—Sólo una —la sonrisa de su esposa tembló y Jacob le dio un rápido sorbo a su copa de vino —. Tiene seis años y me gustaría darle un hermanito —reconoció y Franco lo miró de reojo.

Ella no abandonaría esa idea, eso era un hecho.

—Ya veo… debe ser una niña hermosa, eres una mujer muy guapa.

—Se parece a su padre —dijo rápidamente y Jacob negó con la cabeza.

—En realidad sólo tiene mis ojos, luego es la viva imagen de su madre.

—Ustedes tienen cierto parecido físico —comentó de pronto, generándole curiosidad—. Dicen que las almas gemelas se parecen, empiezo a creer en eso.

Elisa se ruborizó y Jacob dejó un casto beso en su mejilla.

—No sé si las almas gemelas se parecen, pero claramente yo encontré a la mía desde hace diecisiete años.

Y si era sincero consigo mismo, estaba dispuesto a todo con tal de hacerla feliz y brindarle todo lo que necesitara.

—Si no mal recuerdo —Franco retomó la palabra—, Ewan, tu boda fue saboteada hace cinco meses.

En esta ocasión, Ewan rodó los ojos con aburrimiento.

—La discreción no es lo tuyo, ¿verdad?

Franco sonrió con cinismo.

—Pues no.

—Una loca interrumpió mi boda e intentó atacar a mi novia, pero en ese momento su exesposo salió a su rescate y Diana se dio cuenta que no podía casarse conmigo, así que no tuve más remedio que darle su libertad y seguir con mi vida.

Todos enarcaron sus cejas, bastante conscientes de que Ewan no habría renunciado tan fácilmente a su mujer, así que dedujeron que Lucio McKenzie, su abuelo, tuvo mucho que ver

con su regreso a Manhattan.

—Tal vez ella no era para ti —espetó Elisa, pensativa.

—Tal vez… —musitó Ewan, mirando fijamente el perfil de Fernanda, quien parecía estar encantada con sus camarones—. Pero dejemos de hablar de mí, me gustaría saber qué ha sido de su vida en los últimos meses.

La cena transcurrió de manera animada y poco a poco Fernanda empezó a entrar en confianza, generando una gran amistad con Elisa, quien se ofreció a acompañarla a sus citas médicas e ir de compras con ella para decorar el cuarto del bebé.

A Jacob le pareció curioso que Ewan le hubiera cedido uno de sus departamentos, por lo que empezó a cuestionarse si realmente ese bebé no era el sobrino que pensó que jamás llegaría a su vida.

—Veo que las cosas con tu esposa han mejorado —comentó Ewan después de que las damas se excusaran para ir al baño y Jacob lo miró con fijeza—. Ha vuelto a brillar, se ve radiante y hermosa, por un momento pensé que eso no sucedería hasta que decida dejarte.

—Lo decidió —musitó Franco y Jacob lo fulminó con la mirada—, pero ahora su relación es buena y están luchando por su matrimonio.

—Mi abuelo apostó mucho dinero con mi tío pensando que pronto se divorciarían.

—Pues Lucio acaba de perder una fortuna —siseó.

Era agradable saber que al menos Gregory le tenía algo de fe.

—¿Es tu hijo? —ahora fue él quien planteó esa pregunta—. ¿Por qué la aceptaste embarazada? Nadie en su sano juicio haría algo así.

—Es un peón dentro de mi estrategia para vengarme de alguien.

Ya decía él que Ewan no podía ser tan samaritano.

—Cuidado con los peones —espetó Franco de pronto, captando su atención—, podría convertirse en la reina del juego.

—Es la idea —le guiñó el ojo, generándole una gran curiosidad en el pecho, pero no pudo ahondar en el tema porque Elisa y Fernanda se encontraban caminando hacia su mesa.

Ante esa imagen, no pudo evitar preguntarse cómo se vería su esposa con su vientre abultado y la felicidad destilando por cada uno de sus poros ante la dulce espera de un nuevo miembro en la familia.

La cena fue más agradable de lo esperado y dedujo que a partir de ahora empezaría a compartir más tiempo con su primo y su secretaria, puesto que Elisa y la mujer lograron congeniar bastante bien.

***

—¡Rosie! —la mujer encargada de la limpieza de la productora respingó en su lugar y estiró

el cuello en dirección de la amable voz, encontrándose con el señor Ganger a pocos pasos de distancia.

—Señor, ¿qué lo trae un domingo por la mañana aquí?

—La señora Bramson me pidió que pasara por unos documentos que están sobre su escritorio. ¿Podrías entregarme la copia de la llave de su oficina?

La mujer pareció indecisa por unos segundos, pero luego decidió entregarle lo que le pedía. La directora siempre solía hacer lo mismo con la señorita Rodríguez, era normal que se olvidara documentos importantes de vez en cuando.

***

—Mi tío está muy grande, no quiero que se quede solito —dijo la pequeña pelinegra y todos rompieron a carcajadas.

Jacob jamás entendería por qué su hija sentía esa extraña adoración por Ewan, desde su punto de vista su primo hasta carecía de encanto, puesto que no era tan coqueto ni juguetón como Franco, quien parecía ofendido ante las palabras de Lucy.

—Pensaba que era el favorito —reconoció Franco, generando más risas.

—Estoy joven, aún faltan muchos años para que me ponga feo y arrugado —aclaró Ewan y Lucy abrió los ojos con sorpresa.

—Mamá, debes encontrarme una tía. —Luego se centró en Fernanda—. Tú podrías ser mi tía, eres tan bonita y me gustan los dibujos de tus manos —acarició sus tatuajes, provocando un violento rubor en el rostro de la morena.

—Deja que tu tío se encargue de esa tarea. —Ewan alborotó la cabellera de Lucy y dejó un tierno beso en su mejilla, sorprendiéndolo.

No lo recordaba tan devoto de los niños.

¿Qué tanto había hecho en Londres en el último año?

Jamás se imaginó que hacer una barbacoa con sus amigos sería tan liberador, en los últimos años se había enfocado tanto en el trabajo que se había olvidado de lo agradable que podía ser pasar el tiempo en familia.

—Si esto sigue así tendré que buscarme una novia, no me gusta que sólo ustedes dos tengan compañía femenina —siseó Franco, dándole un sorbo a su cerveza, mientras miraba a Fernanda —. Siento que la he visto en algún sitio.

—Imposible, ella nunca frecuentaría los mismos lugares que tú.

Franco miró a Ewan de reojo.

—Si es así, ¿cómo la conociste?

—Buscando.

Jacob sabía que pedir más información al respecto sería una pérdida de tiempo, por lo que

decidió unirse a Elisa y abrazarla por detrás para regar un camino de besos en su mejilla.

—¿Estás contenta?

—Sí —reconoció con felicidad—, nunca pensé que podríamos tener un día tan normal y agradable. Es la primera vez que organizamos una barbacoa, me habría encantado invitar a Vanesa.

Jacob se tensó y miró hacia sus amigos de reojo, seguramente estaban peleando para saber quién poseía un mejor bronceado, más dinero o más mujeres a sus pies.

Vanesa estaba vetada de ese lugar y su vida. Suponía que, si las cosas seguían así, tendría que hablar con su esposa para explicarle lo delicado e incómodo que podría resultar todo si seguía involucrándose con esa mujer.

—Estamos bien así —zanjó el tema y siguió la dirección de su mirada.

Fernanda y Lucy estaban juntas sobre una manta, jugando con las muñecas de su hija.

—¿Lo estamos?

Debió suponer que el estado de Fernanda generaría gran ternura y nostalgia en su esposa. Después de todo, Elisa anhelaba estar en su lugar y portar el mismo vientre que ella.

«Dame tiempo, mi amor», pidió con amargura, las cosas no estaban saliendo como quería.

Esa noche, cuando su esposo estuvo profundamente dormido, Elisa no pudo ignorar el pitillo de su celular por el mensaje entrante y no muy segura lo sujetó, quedando como piedra al ver el nombre de la persona que intentó contactar hace más de diez meses y la cual no hizo más que ignorarla.

Hasta ese momento.

Capítulo 19

Los cambios en su día a día era algo que les había sentado bastante bien a Jacob y Elisa, pero que estaba generando ciertas dificultades con Lucy, quien en sus seis años de vida se había acostumbrado a pasar mucho tiempo junto a sus padres y ahora debía adaptarse a los nuevos empleados y el tiempo que empezó a compartir con su nueva niñera y sus abuelos, quienes accedieron a ayudar a su hija en el proceso de adaptación.

—¿Pero por qué no puedo ir? —los ojos de la pequeña niña se cristalizaron y ambos intercambiaron una rápida mirada cuando les hizo un mohín con los labios.

El último mes con Lucy no estaba resultando nada sencillo y en el fondo la entendían, pero la psicóloga —puesto que habían quedado que todos necesitaban acudir a terapia— les había recomendado seguir con el proceso para que ella pudiera adaptarse al cambio y comenzara a normalizar sus días en casa, puesto que lo insano era que ella estuviera en la oficina de su madre la mayor parte del tiempo.

—Mi amor, hoy tengo mucho trabajo —y no era mentira, tenía un proyecto que entregar—, lo mejor será que vayas con la abuela y Andy. —La nueva niñera era un encanto, pero su hija no lograba adaptarse a ella.

—Quiero ir, no me gusta quedarme en casa.

—Debes hacerlo, cariño. —Jacob se hincó en un pie e hizo que su hija lo mirara—. Recuerda lo que dijo la doctora, tu debes ir a casa, hacer tus tareas y darnos una gran alegría cuando pasemos por ti en la noche.

Jacob tampoco la estaba pasando muy bien, puesto que se había dado cuenta que era muy débil ante el llanto de su hija.

—Está bien —sorbió su nariz y se frotó los ojos con tristeza—. Iré con mis abuelos y Andy.

Elisa miró de reojo a sus padres, quienes se mostraron bastante tranquilos ante el cambio que su hija suscitó en su actitud.

Tiempo al tiempo, pronto todo sería más sencillo.

Cuando despacharon a Lucy, Jacob se plantó junto a ella y demandó su atención.

—¿Tienes mucho trabajo? Si gustas puedo ir contigo a la productora, sé cómo se mueve todo y podría serte de ayuda.

Elisa le sonrió con ternura.

—Olvídalo, tú encárgate de tu trabajo y yo haré el mío.

Él la miró con fijeza.

—Si necesitas ayuda, no dudes en pedírmela, ¿de acuerdo?

—Está bien —dejó un casto beso en sus labios e hizo el ademán de tomar un taxi.

—¿Qué haces?

—Debo ir a la productora.

—Yo te llevaré —siseó—, ¿qué tienes en la cabeza para creer que te dejaré ir en taxi?

—He pensado que debería comprar mi propio auto —abordó el tema de camino a su trabajo y pudo percatarse de como sus dedos se cerraron en el volante—. Es necesario y lo sabes.

—Me asusta, Lucia…

—Fue un accidente y no tuviste la culpa de nada, el culpable fue el otro conductor.

—Lo sé —musitó e inhaló profundamente—. ¿Te parece si vemos un auto este fin de semana?

Bien, por un momento pensó que le tomaría más tiempo tomar una decisión.

—Estaría perfecto —dejó un casto beso en su mejilla.

—No me distraigas o cambiaré de ruta —bromeó y ambos rieron por lo bajo.

—Hay algo que debo decirte —musitó de pronto, captando su atención, no había manera de que pudiera seguir dilatando esto.

—¿De qué se trata?

Elisa no tenía la menor idea de cómo abordar el tema, puesto que durante años Jacob había dejado claro que no quería hablar del mismo, pero ella cometió un terrible error hace unos meses y debía hablarle de la situación si no quería que las cosas en su matrimonio se pusieran tensas.

—Es sobre tu padre.

Sus palabras hicieron que Jacob se aparcara con prontitud y frenara en seco, generando una gran inquietud en su pecho.

—¿Qué acordamos? —arrastró sus palabras y ella tragó con fuerza.

—Jacob…

—¡No quiero saber nada de ese señor! —explotó y golpeó el volante.

—De acuerdo, lo siento, sólo pensé que…

—No pienses en él —ordenó con frialdad, helándole las venas—. Por lo que más quieras, no vuelvas a mencionarlo —pidió con pesadez, generando una gran inquietud en su pecho.

Por un momento pensó que la única manera de cerrar sus heridas del pasado sería cerrando ese ciclo, pero al parecer se equivocó, Jacob no deseaba soltar el pasado ni perdonar, él se estaba aferrando al odio que sentía hacia su progenitor y por ende el resentimiento siempre estaría en él.

—Está bien, sólo tranquilízate, ¿sí?

No recibió una respuesta y él retomó la ruta en silencio, provocando una gran tensión en cada uno de sus músculos.

«Nunca debí buscar al señor Bramson».

—Hoy es viernes —dijo Jacob de pronto, captando su atención—. Si Lucy me llama antes de tiempo, iré por ella, no está resultando sencillo ignorar su decepción cada vez que la dejamos en la escuela.

—Entiendo —sonrió con tristeza—, trataré de acabar con todas mis obligaciones lo antes posible para llegar temprano. Sólo quédate con ella, volveré en taxi.

—Llámanos, así pasaremos tiempo juntos.

—De acuerdo.

***

«Hay algo que debo decirte. Es sobre tu padre».

—¿En qué diablos te metiste, Elisa? —preguntó con frustración y se pasó una mano por sus cabellos con nerviosismo. Ella nunca sacaría a relucir ese tema sólo porque sí, así que Jacob tenía razones de sobra para sentirse alarmado.

—Te tengo noticias —dijo Franco nada más entrar en su despacho y se plantó frente a él.

—¿No sabes tocar?

Por un momento pensó que él estaba ahí para que almorzaran juntos, pero no supo qué pensar cuando le entregó un sobre amarillo con seriedad.

—Fue él quien te mandó a investigar y le dijo a Elisa que vivías en el departamento. —Frunció el ceño y sujetó el sobre amarillo con confusión—. Salir de la productora te ha borrado la memoria, ¿acaso olvidaste a Ganger?

—Mierda —gruñó y sacó los informes de los detectives de su amigo con rapidez.

—No sólo te mandó a seguir durante meses, sino que la primera noche que dormiste en el departamento que Elisa estuvo ocupando, él mandó a tres hombres a dañar tu auto.

—Lo sospeché, pero ¿cómo hiciste para recaudar esa información?

—Mi gente no puede tomarse a la ligera, llegaron hasta los confines más lejanos para obtener la información.

—Es un idiota.

—Eso no es lo peor de todo, Jacob —captó su atención—. Ese hombre contactó a la ginecóloga de Elisa y se ofreció a ser un donante anónimo.

—¿Qué? Pero él como estaría al tanto de los planes de Elisa.

—No lo sé, pero como buena doctora, ella debe informarle sobre la situación a tu esposa y no sé si lo ha estado considerando ahora que tiene un donante más que predispuesto a darle un hijo.

—¡Maldita sea!

¿Es que ese hombre no entendía lo que era una negativa?, ¿por qué diablos no dejaba tranquila a su esposa?

—Debes hablarlo con Elisa, está claro que mantener a ese hombre cerca podría ser peligroso. Todos sus compromisos fueron rotos después de que sus prometidas lo demandaran por agresión física, su familia se encargó de limpiar su nombre y pagar una fuerte suma de dinero para que ellas no siguieran con ningún proceso.

***

—¿Cómo diablos le diré que su padre quiere verlo cuando se puso tan pálido cuando lo mencioné? —preguntó con nerviosismo, organizando los documentos.

—Lo buscaste hace más de once meses y nunca recibiste una respuesta, no entiendo qué tiene el señor Bramson en mente.

Vanesa también estaba inquieta, pero tal vez se debía a la presentación que tendrían en pocos minutos.

—No lo sé, por un momento pensé que sólo así salvaría mi matrimonio, pero tengo la leve sospecha de que, si Ronald Bramson vuelve a nuestras vidas por mi culpa, el que me pedirá el divorcio será él.

—No seas tan pesimista —pidió y ella tragó con fuerza—. Tendrás que llamar al señor Bramson y decirle que su hijo ya no está interesado en reunirse con él.

—Espero que lo entienda —susurró.

—No le quedará de otra, nadie obligará a tu esposo a reunirse con el padre que lo abandonó.

Ella asintió y abrió los ojos con sorpresa cuando Vanesa le entregó los documentos.

—Debemos irnos, deja de pensar por unas horas en Jacob y concéntrate en el proyecto del señor Anderson, ¿de acuerdo?

—Sí, tienes razón.

Salieron de la oficina y ambas pararon en seco cuando Patrick se detuvo frente a ellas.

—Tenemos que hablar.

—No es un buen momento, que sea más tarde —lo pasó de largo y no pudo percatarse del gran odio y resentimiento que se plasmó en la mirada que tiempo atrás solía ser generosa.

Trataría de que todos sus asuntos terminaran lo antes posible para así poder tratar con el señor Bramson y explicarle un poco más de la situación; no obstante, seguía sin entender por qué de un momento para otro él decidía aparecer en la vida de Jacob.

Su celular empezó a sonar y frunció el ceño al ver que se trataba de su ginecóloga.

—¿Bueno?

—Elisa, buenas tardes, llamo para brindarte buenas noticias, tenemos un nuevo donante de esperma que cumple con todas tus peticiones y requisitos.

Por un momento pensó que le tomaría más tiempo encontrar un nuevo donante y podría seguir dilatando el proceso, pero…

—Cancelemos todo, doctora —musitó con convicción—. Me he dado cuenta que el único requisito que necesito es que sea mi esposo, lamento mucho haberle hecho perder el tiempo.

Aunque, había pagado sus servicios, así que ella no tenía por qué enfadarse.

Su ginecóloga le envió los mejores deseos y cortó la llamada sin necesidad de hacer más incómoda la conversación.

—¿Estás segura de lo que hiciste?

—Creí que estabas de parte de Jacob —la miró con fijeza y su amiga le sonrió.

—Yo sólo quiero que tú seas feliz, Jacob jamás será asunto mío —reconoció y Elisa la abrazó con fuerza.

A veces le costaba entender por qué Vanesa llegó a su vida para hacerlo todo más sencillo, ella nunca pidió su amistad, pero a pesar de todo, la castaña se la dio.

La junta con el señor Anderson tomó más horas de las deseadas y no fue hasta las ocho treinta de la noche que Vanesa y ella lograron llegar a la productora para recoger sus cosas.

—Al menos todo salió mejor de lo previsto —reconoció su amiga, acomodando el caos que dejaron en su escritorio.

—Lo sé, pero es triste saber que aún quedan más trabajos por entregar. ¿Podrías poner mi celular a cargar? —ahora que lo recordaba lo tenía en silencio y con muy baja batería—. Iré por dos tazas de café.

—Está bien.

***

Jacob no podía dejar de temblar, ¿cómo diablos se daban ese tipo de noticia?

Había ido a la productora para buscar a su esposa, le había llamado por horas e incluso intentó contactarse con Vanesa, pero ninguna de las dos había atendido sus llamadas y eso empezaba a desquiciarlo.

—¡Nunca debiste dejarla sola! —bramó y los ojos de la niñera se llenaron de lágrimas.

—Estábamos en el jardín y me pidió su merienda, no sé dónde pudo meterse —explicó la joven y fue Ewan quien lo sujetó del brazo para que tratara de calmarse.

—Mi gente ya está estudiando la zona, pronto sabremos algo —espetó Franco y miró a sus suegros de reojo, ellos estaban devastados y no era para menos, Lucy desapareció en sus propias narices.

—Intentaré contactarla de nuevo.

Sujetó su celular y dedujo que, al ser tan devota de su trabajo, Elisa seguiría con el celular en silencio, así que le marcó a Vanesa.

—*¿Aló?* —percibió el recelo en su voz.

—¿Estás con Elisa?, ¿por qué no responden las llamadas?

—*Acabamos de llegar a la productora, venimos por unos documentos y…*

—Necesito hablar con ella, Lucy salió de la casa y no sabemos dónde está.

—*Espera un minuto, iré por…*

—*¡Ah!* —escuchó un grito del otro lado de la llamada, junto al sonido de algo quebrandose, y tanto Vanesa como él decidieron que era momento de cortar la llamada.

—¿Qué sucede? —preguntó Franco al verlo tan pálido.

—Debemos ir a la productora —salió con paso apresurado hacia su auto, pero en esta ocasión Ewan se hizo de las llaves y decidió que lo mejor sería que él manejara y Franco y él ocuparan otros puestos.

***

Elisa terminó de preparar las dos tazas de café y cuando giró sobre su eje para dirigirse a su oficina, lanzó un fuerte grito cuando impactó contra el pecho de Patrick y las tazas impactaron contra el piso.

—Mierda, me asustaste —siseó y dio dos pasos hacia atrás—. ¿Qué haces en la productora a esta hora?

—¿Qué tipo de poder tiene ese hombre sobre ti? —frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Primero te retractas de tu demanda de divorcio y ahora cancelas todo tu tratamiento in vitro…

—¿Qué? —le cortó—. ¿Cómo sabes eso? —exigió saber y el rubio se rio sin humor alguno.

—Dejaste unos documentos en tu escritorio.

—¿Y cuándo ingresaste a mi oficina? —farfulló con enojo.

—¿Eso importa? Pensé que cuando recibieras la noticia del nuevo donante retomarías tu divorcio sin dudarlo, por eso le escribí a su padre en tu nombre para informarle que pronto se divorciarían, pero no… como siempre ese idiota cambió todos mis planes.

—¡¿Por qué hiciste algo así?!

No sabía qué era más indignante, que se hubiera ofrecido como donante o que le hubiera escrito al padre de Jacob. Por esa razón el señor Bramson la contactó, tal vez de alguna manera terminó preocupado por su hijo.

La garganta se le cerró.

—¡Porque me importas, maldita sea! —bramó y golpeó el mesón con impotencia—. Estoy harto de tu rechazo, te he dado el tiempo suficiente para recapacitar las cosas, pero eres tan tozuda como una mula.

—¿De qué diablos hablas?

—Vendrás conmigo, nosotros…

—¡Jamás iré contigo! —chilló y se hizo a un lado cuando intentó sujetarla, pero él fue más rápido y logró alcanzarla con rapidez.

—Me tienes harto, yo te daré los hijos que quieras y por tu bien pon de tu parte o estarás en problemas.

—¡Suéltame! ¡Jamás iré contigo de buena manera!

—Tengo a Lucy… —susurró en su oído y un escalofrío recorrió por toda su espina dorsal, prendiendo sus alarmas.

—Eso no es verdad.

Patrick abrió los labios para confirmar sus palabras, pero no pudo emitir palabra alguna porque una jarra de cristal se estrelló en su nuca, obligándolo a soltarla.

—¡Arg! —rugió adolorido y terminó de rodillas en el piso, al tiempo que Vanesa se acercaba a ella y la ayudaba a levantarse.

—Debemos salir de aquí —le dijo apresuradamente y las lágrimas bajaron por sus mejillas.

—Tiene a Lucy —soltó de pronto y su amiga abrió los ojos con sorpresa, confirmando sus temores.

—La encontraremos, pero él no puede llevarte.

Su cuerpo empezó a tiritar sin control alguno y todo en ella se sacudió cuando Patrick se abalanzó en su dirección.

—¡Corre! —Vanesa la empujó hacia la puerta, metiéndose en medio para librarla de su agarre —. ¡Ve por ayuda! ¡Jacob llegará pronto!

—¡Todo es tu culpa! —bramó Patrick y sin reparo alguno estrelló un puño en el rostro de su amiga, helándole las venas.

—¡No!

No pudo irse, no pudo dejarla atrás, menos cuando el rostro de su amiga impactó contra el mesón antes de caer al piso.

—¡¿Cómo te atreves?! —se abalanzó sobre su espalda y tiró de sus cabellos con violencia—. ¡Eres un desgraciado! ¡Nosotras fuimos tus amigas!

—¡Suéltame, maldita sea!

No lo hizo, era lo suficientemente fuerte como para aferrarse a él con las piernas y tirar de sus cabellos con violencia. Se percató de que tenía toda la intención de golpearla contra la puerta de cristal y lo soltó justo a tiempo para que fuera él quien se hiciera el daño completo.

Se levantó con rapidez y agradeció que todo estuviera oscuro, porque ahora mismo sólo debía esconderse el tiempo necesario hasta que Jacob llegara a la productora.

—¡Elisa! —escuchó su rugido bestial y utilizó los escritorios de sus empleados para

esconderse—. ¡Vuelve aquí, maldita zorra! —se tensó cuando empezó a tirar las sillas y se aferró a una de las tijeras que estaba sobre uno de los escritorios—. ¿Qué parte de que Lucy está conmigo no entiendes?

La visión se le cristalizó y empezó a gatear por el lugar.

Tal vez era verdad, pero ¿qué ganaría entregándose a él?

La única manera de encontrar a su hija era uniéndose a Jacob, ella no podría hacer nada si ese hombre se hacía de ambas al mismo tiempo.

—Ella estaba harta de que sus padres no le contestaran y decidió llamar al amigo de su madre para que fuera por ella. —Juntó los ojos con frustración, maldita la hora que permitió que ellos generaran una amistad—. Está bien, ambas lo estarán si vienen conmigo.

No le creía y menos ahora que vio como atacó a su amiga.

Por todos los cielos, Jacob debía apresurarse o…

—¡Te tengo! —la sujetó por detrás y la levantó a volandas, obligándola a sacudirse con violencia.

—¡No, no iré contigo! —luchó con fuerza, decidida a resistirse, y contuvo el aliento cuando él la lanzó contra uno de los escritorios, generándole un horrible dolor en el cuerpo.

—Bien, ahí te quiero, porque te follaré con la misma intensidad que ese idiota lo hizo la noche que se quedaron en la productora.

Tosió con esfuerzo y cuando él sujetó sus tobillos, no tuvo reparo alguno a la hora de amenazarlo con la tijera.

—¡No te atrevas! —Patrick retrocedió y eso la ayudó a recuperar el equilibrio—. Ponme un dedo encima y juro que la clavaré en tu pecho. —Intentó retroceder, pero sus palabras le helaron las venas.

—Una simple llamada será más que suficiente para deshacerme de tu hija.

Él aprovechó su conmoción y se abalanzó sobre ella, pero Elisa logró reaccionar a tiempo y sólo llegó a generarle un leve corte en el mentón antes de salir disparada en dirección contraria.

—¡Arg! —La miró con rencor y se pasó la yema del dedo por su herida para retirar la sangre de su piel—. Y yo que pensaba ser bueno contigo —escupió y ante esas palabras hizo lo que le pareció más sensato, correr.

Él no iba a darse por vencido con tanta facilidad.

—¡Ah! —chilló cuando su mano apresó sus cabellos y tiró de ella hacia atrás.

—¡Eres una estúpida! —rugió fuera de sí, acercándola a su cuerpo—. Esta no te la perdonaré, Elisa —escupió con desprecio—. Compórtate, porque dentro de poco tendré dos hijos tuyos bajo mi poder.

—No…

—Sí, te haré mía, sé que finalizaste tu tratamiento, embarazarte será bastante sencillo.

—¡Eres un maldito enfermo! —gritó y en esta ocasión la víctima de su puño fue ella y terminó contra uno de los escritorios, sintiendo el sabor e la sangre contra su lengua.

—Esta me la pagarás —tiró de sus cabellos y la lanzó contra el piso, generándole un horrible dolor en el cuerpo—. ¿Por qué nunca haces lo que te digo?

Cerró los ojos al ver como levantaba la pierna con toda la intención de patearla, pero el golpe nunca llegó y en su lugar escuchó un gruñido masculino y un ruido sordo. Separó los párpados con lentitud, sintiendo como el aire regresaba a sus pulmones.

—Jacob —sollozó y por unos segundos perdió la noción del tiempo. Sólo vio como su esposo se abalanzaba sobre Patrick y empezaba a golpearlo con fiereza.

—¡Elisa! —Franco la envolvió con su gabardina mientras la ayudaba a levantarse—. Maldición. ¡Suéltalo, Jacob! —Trató de separarlos, pero el pelinegro no lo escuchó—. La policía llegará pronto —avisó él, tirando del brazo de su esposo, quien estaba a horcajadas del rubio que parecía estar a punto de perder el conocimiento.

—¿Qué se siente? —preguntó Jacob con la respiración entrecortada—. ¿Qué se siente ser abusado por el más fuerte? —escupió furibundo y Elisa abrió los ojos con sorpresa, regresando a la realidad.

Jacob levantó el puño, dispuesto a romperle el rostro a ese desgraciado, pero ella lo detuvo.

—Jacob, no...—suplicó, sujetando su brazo y él giró el rostro, sintiendo como la rabia acrecentaba al ver la sangre en el rostro de su esposa—. No manches tus manos, piensa en Lucy —rogó, soltando más lágrimas, y se puso de pie para envolverla en sus brazos.

—Perdóname, perdóname por no darme cuenta de esto antes —imploró—. No debí confiarme y creer que pararía, de verdad lo siento —sollozó con impotencia y ella lo abrazó con fuerza.

—Lucy…

—La encontramos, estaba en su auto y Ewan se quedó con ella para informar a los de seguridad lo que está sucediendo, pronto llegará la policía y esto se acabará —le informó.

Buscó a Patrick con la mirada y la palidez que vio en su semblante le hizo saber que no estaba alucinando.

—Llamen una ambulancia, lastimó a Vanesa —logró decir antes de que su cuerpo se rindiera y la oscuridad la invadiera.

Al menos tenía el consuelo de que su familia ya no volvería a correr ningún riesgo por su culpa, ella era la única culpable de que Patrick se hubiera obsesionado con su persona.

Capítulo 20

—Lucy... —susurró Elisa con lágrimas en los ojos y agradeció que Jacob pusiera a su hija sobre la camilla para que pudiera tomarla entre sus brazos—. Es la última vez que haces algo así, me diste un susto de muerte.

—Lo siento, mamá —sollozó angustiada—. Llamé al señor Patrick porque quería ir contigo y sabía que ni tú ni mi papá me contestarían.

Cerró los ojos con fuerza y lloró en silencio. Siempre supo que su hija era traviesa, pero jamás creyó que sería capaz de huir de la casa de sus padres con tal de reunirse con ella.

—A partir de ahora sólo puedes confiar en nosotros, ¿de acuerdo?

¿Podía culparla? Fue ella la que dejó que en el pasado pasara mucho tiempo con Patrick, nunca se imaginó que el hombre abusaría de su confianza y haría algo tan bajo para salirse con la suya.

Los brazos masculinos la rodearon y ella agradeció que besara su coronilla con ternura, de alguna manera, eso le permitía lidiar con los horribles temblores que sentía en el cuerpo.

—Todo está bien, el peligro se ha ido y esta vez me aseguraré de que él pague todas sus fechorías.

—¿A qué te refieres? —preguntó ceñuda.

—Estuvo comprometido varias veces y todas sus ex lo denunciaron por agresión física, pero su familia se las ingenió para limpiar su nombre.

—Jamás me imaginé que esto llegaría tan lejos, de verdad lo siento.

—Tú no tienes la culpa de nada —besó su frente con ternura e hizo la pregunta que tenía atorada en la garganta desde que se despertó.

—¿Y Vanesa? Me gustaría verla, estoy bien y lo sabes, sólo estamos esperando los resultados de los estudios que me hicieron.

—¿Qué fue lo que sucedió? —quiso saber y ella tragó con fuerza.

—Se metió en medio, me pidió que huyera, pero cuando la lastimó no pude hacerlo, me quedé y decidí enfrentarlo.

Él le sonrió con ternura.

—Adoro que seas valiente, pero hay veces que es mejor retirarse.

—No iba a abandonarla, él estaba fuera de sí.

Jacob la miró con fijeza y asintió.

—Y no sabes cuanto odio sentir tanto agradecimiento por ella, puesto que, a pesar de todo, no te abandonó.

—Quiero verla.

—Está bien, pero antes llevaré a Lucy con tus padres.

Asintió, aún recordaba el rostro lleno de lágrimas de su madre y la vergüenza plasmada en el de su padre cuando vinieron a verla. Ellos no tenían la culpa de nada, fue Lucy la que actuó de manera imprudente.

***

Ingresó a la habitación correspondiente sin causar ningún revuelo y metió las manos en los bolsillos de su pantalón al ver como su propio tío acariciaba el dorso de la mano de la mujer que lo traicionó hace más de dos años.

—Es lista, no pudo conmigo y se lanzó a tus brazos.

Gregory Ambrose alzó su mirada oscura con dureza y abandonó su lugar con movimientos elegantes para enfrentar a su sobrino.

—Eso no fue así, fui yo el que se enamoró e hizo todo lo posible para conquistarla.

—Ya decía yo que tus viajes de un mes no podían ser tan normales.

—¿Importa? —lo miró con fijeza—. La abandonaste, renunciaste a ellos.

—Es verdad —respondió con sencillez—, pero no me gusta verte aquí, tan involucrado en esto. Eres lo más cercano a una familia que tengo.

—Soy tu tío.

—Mi padrino —le corrigió.

Franco sonrió con cinismo y el castaño asintió, pensativo.

—Le he pedido que se case conmigo. —La sangre se le congeló y sus ojos se posaron en Vanesa, quien seguía profundamente dormida debido al golpe que recibió en la frente.

El doctor le había asegurado que se pondría bien, por lo que no había razón para sentirse alarmado, pero…

—¿Cuándo?

—Hace más de un mes, supongo que después de esto obtendré su respuesta.

—¿Qué le dijiste?

—Tal vez Santiago tiene todas las comodidades que tu dinero puede brindarle, pero junto a mí, ambos tendrán más que eso porque podré darles amor y un hogar.

Cerró las manos con impotencia, ¿por qué su tío tuvo que posar los ojos en ella?

—Podría ser tu hija, tiene veinticinco años.

—Te aseguro que ni ella me ve como su padre, ni yo la veo como a una hija.

Evitó que la sorpresa lo golpeara con fuerza.

—¿De verdad piensas traicionarme?

—¿Reconocerás a Santi?

—Jamás —aseveró con dureza, nunca permitiría que esa mujer se saliera con la suya.

—Entonces no te estoy traicionando.

¡Claro que lo estaba haciendo!

Ellos… ellos… Franco se frotó el rostro con cansancio y cuadró los hombros con rapidez cuando alguien llamó a la puerta. Se tensó al ver a Elisa ahí, pero aprovechó su conmoción para salir de la habitación sin que lo viera.

Nadia podía enterarse que era el padre del hijo de Vanesa, lo menos que necesitaba era que una noticia de ese tipo se regara entre sus conocidos, quienes lo creían un santo y un hombre respetable.

«Lo eres», le dijo una vocecilla. «Fue ella la que intentó pasarse de lista».

Si quería quedarse con Gregory, perfecto. Él se había jurado que jamás volvería a posar los ojos en esa mujer y no pensaba faltar a su palabra por nada en el mundo.

***

—Lo siento tanto, fue mi culpa —musitó Elisa, agradeciendo que su amiga hubiera abierto los ojos y estuviera mejor de lo esperado.

—Descuida, sólo fue un golpe —soltó con esfuerzo y se sintió algo sorprendida al ver como el señor Gregory posaba un vaso de agua en la boca de su amiga.

—¿Se conocen?

Claro que se conocían, por algo él ya estaba en la habitación cuando ella llegó con Jacob.

—Sí —sonrió el hombre de cincuenta años con una radiante sonrisa en el rostro—. ¿Quién crees que la mandó a la productora para que fuera tu asistente?

—¿Cómo dices? —siseó Jacob con enojo y su tío decidió ignorarlo.

—Eras pésimo cuidando tu matrimonio y yo quería saber qué estaba sucediendo entre ustedes.

—Lo siento. —Vanesa se ruborizó—. Ten por seguro que sólo le contaba lo necesario.

Elisa asintió, ya nada le importaba, después de todo, Vanesa fue de gran ayuda durante todo este proceso.

—Ahora necesitarás una nueva asistente —comentó Gregory de pronto, captando su atención, mientras se sentaba junto a la castaña y la abrazaba por los hombros.

—¿Por qué? —arrugó el entrecejo y en esta ocasión fue su amiga quien sonrió antes de entrelazar sus manos con las del hombre, helándole las venas.

Observó a Jacob de reojo, él estaba algo pálido.

—Iba a contártelo cuando llegué de Grecia, pero me he tomado mi tiempo —explicó con cautela.

—Vamos a casarnos.

¿Gregory era el familiar de Santi que siempre los llevaba de viaje?

Se tensó, por todos los santos, ¿quién era el padre de Santi?

¿Ewan?

No, Lucio jamás habría desconocido a su nieto, podría ser…

Miró a su amiga significativamente y ella asintió.

Por todos los cielos, ¡¿Franco Timberlake tenía un hijo que no quería reconocer?!

—Felicidades —musitó con emoción contenida, puesto que Vanesa por fin estaría bajo el cuidado de una buena persona, y observó en silencio como la pareja unía sus labios con ternura.

¿Quién lo diría? Gregory Ambrose, el eterno soltero, acababa de caer en las garras del amor.

El silencio de su esposo le resultó algo incómodo y se vio obligada a abordar el tema una vez que estuvieron totalmente solos en su habitación.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No era mi secreto.

—¿Por qué no reconocer al niño? Él…

—Elisa… —se tensó y conectó sus miradas—. No es nuestro problema, no dejemos que eso arruine nuestro momento.

Asintió, tal vez lo mejor para ambos era olvidar ese pequeño detalle cuanto antes.

—El doctor está demorando mucho, espero que Lucy se sienta tranquila con mis padres.

—Créeme que a partir de ahora Lucy hará todo lo que tus padres digan, está lidiando con su primer castigo —sonrió con diversión y la ayudó a recostarse con mucho cuidado.

—Lo siento —musitó de pronto, captando su atención.

—Tú no tienes la culpa de nada, él…

—Es mi culpa, yo le generé falsas esperanzas en el aniversario de la productora. —Lo sintió tensarse—. Bebí más de la cuenta y…

—Lo sé. —Se tensó.

—¿Lo sabes?

—No me preguntes cómo, confórmate con saber que estoy al tanto de todo y lamento haber sido tan mal esposo. Nunca debí dejarte, debí estar en tus días especiales y celebrarlos contigo, no te culpo por buscar amor en otros brazos.

—Sólo fue un beso.

—Me lo merezco, fui un ciego.

Una lágrima se deslizó por su mejilla y asintió con congoja.

—Hace un año me sentía muy desesperada por nuestra situación y cometí el error de buscar a tu padre. —Jacob palideció—. Lo siento, estaba desesperada y sé que no tengo excusa, pero creí que si hablabas con él algunas de tus heridas podrían sanar, pero…

—No debiste hacerlo —espetó con dureza.

—Estaba desesperada. —Le dio la espalda y alborotó su cabellera—. Puede que no quieras escucharme, pero Patrick tuvo acceso a mi escritorio y averiguó muchas cosas, por lo que contactó a tu padre en mi nombre para decirle que íbamos a divorciarnos y hace un mes él me escribió porque quiere reunirse contigo.

—Necesito un poco de aire fresco.

La dejó totalmente sola en su habitación y Elisa clavó la vista en el techo, sintiéndose más vulnerable que nunca. Tenía la leve sospecha de que él actuó con tanta serenidad sólo porque estaba convaleciente y en el hospital, porque de ser diferente, la habría mandado al diablo.

Un suave toque la arrancó de su letargo y se sentó en su lugar con lentitud para recibir al doctor; no obstante, no supo qué pensar al ver a su ginecóloga ahí.

¿Qué estaba sucediendo?

***

—¿Qué haces aquí? Deberías ir con tu esposa —su tío se sentó frente a él en la mesa de la cafetería y Jacob lo miró con rencor.

—Traicionaste a Franco.

—Él odia a Vanesa y se niega a aceptar a Santi, yo los amo con cada fibra de mi ser.

Se tensó, era verdad, pero…

—Ella fue su primer amor.

—No sé cuál es su concepto de primer amor, pero yo jamás le generaría tanto mal a la mujer que amo.

—¿Desde hace cuánto? —quiso saber.

—Siempre me pareció atractiva, pero debo admitir que todo cambió cuando empecé a pasar tiempo con ella durante nuestros viajes. Es una madre devota, una mujer inteligente y quería ser alguien importante para ella, me enamoré y empecé a acostumbrarme a ambos.

—¿Y ella cómo se siente al respecto?

Gregory esbozó una lenta sonrisa.

—Cuando le confesé mis sentimientos hace unos meses, ella se asustó y tomó su distancia, pero luego regresó porque se dio cuenta que no era el único afectado. —Jacob lo miró con sorpresa—. Me quiere —reconoció con felicidad y él no quiso pensar en Franco y cómo podría caerle esa noticia—. Nuestro último viaje fue hermoso, fuimos una familia de verdad y le pedí

matrimonio.

—¿No te aceptó?

—Temía por la reacción de Franco, pero le juré que él no haría nada en su contra.

—¿Y no lo hará?

—Se marchó, alzó las manos y hará lo único que sabe hacer.

—Huir —musitó y su tío asintió.

—Reconoceré a Santiago, muy pronto será un Ambrose y…

—¿Le heredarás todo?

—Te he ayudado a generar tu propia fortuna, sé que no necesitas más y…

—Pero ¿de verdad la harás dueña de todo?

—Me hacen feliz, Jacob, y por ende quiero lo mejor para ellos. Además, quien sabe y tengo más hijos.

Una parte de él odiaba que hubiera elegido a Vanesa para formar su propia familia, pero otra parte se sentía feliz por su tío, puesto que llegó a creer que su destino era quedarse solo.

—Felicidades —musitó con total sinceridad y Gregory asintió.

—¿Ahora me dirás qué te tiene tan molesto?

—Ella contactó a mi padre y ahora él quiere verme.

—Sí, sé que Ronald quiere verte, pero nunca me imaginé que tenía contacto con Elisa.

Lo miró con sorpresa.

—¿Tienes contacto con mi padre?

—¿Quién crees que me informó de la situación cuando tu madre murió?

—¿Por qué no me lo dijiste? —gruñó.

—En ese momento sentías mucho rencor hacia él y no parecía conveniente.

—Sigo odiándolo.

—¿Por qué?, ¿por irse con la mujer que ama y abandonar a la mujer que convirtió su hogar en un verdadero infierno?

—Era tu hermana.

—Susan cometió muchos errores.

—Pero me abandonó.

—Ronald sabía que era el menos indicado para ayudarte porque te abandonó en el momento que más lo necesitabas, él nunca hizo nada por ti cuando tu madre perdió el juicio y empezó a ejercer violencia sobre ti.

Jacob juntó los ojos con impotencia, ¿por qué el pasado no podía morir?

—Eres una persona adulta, tal vez puedas entenderlo un poco más como hombre ahora que tienes tu propia familia.

—Fue un padre horrible.

—Él lo sabe, tú lo sabes y todos los sabemos, pero mientras no sigas sus pasos, no hay de qué preocuparse.

Lo miró con fijeza.

—No fuiste la única víctima de tu madre, Jacob, ¿imagina lo duro que fue para tu padre ver como la mujer que amaba se desmoronaba de una manera tan desagradable?

—No puedo —susurró aceleradamente.

Ver a Elisa en ese papel era simplemente desquiciante.

—No te enojes con Elisa, ella sólo quiere lo mejor para ti y lo sabes.

Torció los labios con disgusto, quizá cometió un terrible error al dejarla sola en la habitación.

—Me reuniré con ella.

—Es lo mejor.

—¿Tú te harás cargo de Vanesa a partir de ahora? —quiso saber antes de abandonar la cafetería del hospital y su tío asintió.

—Hasta mi último aliento.

Jacob volvió a felicitarlo y en esta ocasión lo abrazó con fuerza, dado que en los últimos años él fue como un padre para él.

—Gracias por todo, tío —musitó y Gregory le guiñó el ojo.

—No hice nada especial, sólo te di un pequeño empujoncito.

Jacob asintió y se dirigió hacia la habitación de Elisa, quedando como piedra al ver como una enfermera cambiaba las sábanas de la cama.

—¿Qué sucede?, ¿dónde se encuentra mi esposa?

La joven lo miró con asombro.

—La señora Bramson fue dada de alta y se marchó.

Maldición, seguramente pensaba que no deseaba hablar con ella.

Estuvo a punto de salir del hospital, pero paró en seco al oír como una mujer lo llamaba.

—¿Señor Bramson? —se volvió hacia la doctora.

—Sí, soy yo.

—Soy la ginecóloga de su esposa, la doctora Velarde, me gustaría hablar con usted un momento.

Jacob siguió a la mujer a su consultorio y quince minutos más tarde, estacionó en el garaje de su casa e ingresó a su casa como alma que lleva el diablo, bastante seguro de lo que encontraría

en su habitación a continuación.

—¡Elisa! —abrió la puerta y vio a Elisa alistando sus maletas—. ¿Qué haces?

—Debo irme —apartó las lágrimas de su rostro y le dio la espalda para volver a entrar al vestidor—, sigamos con el proceso de divorcio.

Sonrió con ternura y se acercó al lugar, viendo como sacaba sus zapatos.

—Sabes que no me divorciaré. —Ella lo miró con impotencia—. Menos ahora que sé que estás esperando un hijo mío —añadió con sencillez y ella soltó todo lo que tenía en las manos con sorpresa.

—¿Qué dices?

—Nunca salí de viaje con Franco, revertí la vasectomía sin decirte.

Se alarmó al ver como caía de rodillas y se arrodilló frente a ella.

—¿Qué te sucede?, ¿te sientes mal?

—Pensé que no me creerías, no entendía como pudo haber pasado si sólo estuve contigo y deduje que tú pensarías que Patrick y yo… —la abrazó con fuerza.

—No seas tonta, mi amor, jamás habría pensado algo así.

—¿Por qué no me lo dijiste? —sollozó con impotencia y lo abrazó con fuerza.

—Porque habrías pensado que lo hice por ti, cuando en realidad lo hice pensando en lo feliz que sería si nuestra familia siguiera creciendo.

—Gracias, ahora ya no siento más culpa por sentirme feliz. —Acarició su vientre plano y él miró ese punto con fijeza.

—Llevo siete semanas de embarazo.

Frunció el ceño.

—¿Y no sospechaste nada?

—Se suponía que jamás podrías embarazarme —soltó con rapidez—, pensé que se debía a un simple retraso debido al estrés.

—Sí, sobre eso ya lo hablaremos más adelante, creo que necesitas unas vacaciones. —La tomó en brazos y la llevó hacia su cama—. Vuelve a hacer tus maletas y quemaré todas las que tenemos en casa —le advirtió y tiró la misma con el pie para poder recostarla en la cama.

—Lo siento, creí que estabas molesto y una noticia de ese tipo empeoraría todo.

Se recostó junto a ella y la abrazó por la cintura con ternura.

—Estoy molesto, pero sé que lo hiciste por mí y por esa razón me reuniré con mi padre. —Elisa lo miró con sorpresa—. No busco una reconciliación, pero me gustaría saber por qué hizo lo que hizo.

—Ya no puedes seguir en el pasado.

—Es momento de soltar —besó su frente con ternura y lo abrazó por el cuello.

—Te amo.

—Yo también te amo, mi amor. Te amo como no tienes idea. Me duele saber que trataste de esconderme tu embarazo, pero entiendo tus razones, a veces ni siquiera yo mismo sé que puedo esperar de mí. —Lo abrazó con fuerza—. Gracias por ser la única persona en la tierra capaz de considerarme un hombre perfecto cuando detrás de mí llevo millones de imperfecciones.

—Ya sabes, el amor es ciego. —Trató de bromear y ambos rieron por lo bajo—. ¿Podemos ir por Lucy?

—Dios, creí que nunca me lo pedirías.

Sin poder estar lejos de su hija, ambos salieron de su casa para ir en busca de su pequeña, quien pronto recibiría una grandiosa noticia junto a sus abuelos.

Capítulo 21

Tres semanas más tarde, todo su equipo de abogados seguía trabajando para que Patrick Ganger recibiera treinta años de cárcel por secuestro e intento de violación. Sus padres no se lo estaban dejando sencillo y abogarían por su hijo, pero estaba seguro de que al final de todo el hombre recibiría su castigo porque tanto su tío, amigos y él no pensaban ceder ante los Granger.

—¿Cómo te sientes? —curioseó Jacob, mirando el vientre de su mujer.

—Bien.

Arrugó su nariz, para él no estaba bien.

—Eli, tú... tu embarazo está en orden, ¿verdad? Porque estás muy delgada y duermes todo el tiempo. Con Lucy no era así —espetó sus preocupaciones y ella carcajeó.

—No todos los embarazos son iguales, cariño. —Acarició su cuero cabelludo mientras él la aprisionaba con sus dos brazos.

—No olvides pedirme cualquier cosa que necesites, me moveré en todo lo que sea necesario. ¿De acuerdo?

—No vamos ni doce semanas de embarazo y ya estás paranoico —bromeó y él asintió.

—Sólo quiero que estén bien, que no se estresen.

Siendo sincero consigo mismo, su esposa ya había pasado por mucho como para seguir sufriendo; primero, fue él quien le causó un gran daño. Y después, el idiota de Patrick se obsesionó con ella a tal nivel que la lastimó físicamente.

—Es tarde, debes irte —le recordó la cita que tenía esa tarde y la miró con nerviosismo—. Todo saldrá bien, mi amor —unió sus labios con suavidad—. Sólo hablarás con él, la decisión será totalmente tuya y podrás hablarlo con la psicóloga más adelante.

Apenas y podía creer que hubiera accedido a reunirse con su padre, no obstante, él quería dejar su pasado en el olvido y empezar de nuevo para brindarle un mejor futuro a sus hijos, por lo que era necesario entender mejor el por qué Ronald Bramson lo abandonó.

—De acuerdo.

—Te esperaré donde mis padres, ¿está bien?

Jacob asintió y se dirigió al café donde había quedado que se vería con su padre, quedando como piedra al ingresar al lugar y verlo en una de las mesas que estaba junto a la ventana.

Los últimos once años lo habían cambiado más de lo necesario.

Se acercó a la mesa con cautela y evitó estremecerse cuando sus ojos verdes se posaron en él, ¿por qué tenían que ser tan parecidos?

—Hijo —abandonó su lugar con rapidez, pero al ver su recelo se dio cuenta que no podría acercarse más de lo debido—. Dios, como has crecido, ya eres todo un hombre —pudo percibir

la tensión en sus brazos, él quería tocarlo.

—Tengo entendido que quería reunirse conmigo —tomó asiento y su padre hizo lo mismo, se veía algo decepcionado por su reacción, pero ¿qué esperaba?, ¿qué se lanzara a sus brazos?

—Lamento mucho aparecer en tu vida de esta manera, me preocupé mucho cuando Elisa me dijo que iban a divorciarse. Tenía entendido que tu matrimonio era complejo, pero…

—¿Cómo? —le cortó y él le sonrió.

—Gregory me mantuvo al tanto de todo.

—Usted me abandonó, pero ¿buscó a mi tío para que me cuidara?

—Lo siento, Jacob, en ese momento estaba muy aturdido por la actitud de tu madre y fui un cobarde.

—Ella se suicidó después de su partida.

Ronald negó lentamente con la cabeza y suspiró.

—Tu madre se estaba matando lentamente, ella no quería vivir, era incapaz de perdonarse a sí misma.

—¿Perdonarse? —frunció el ceño y su padre asintió.

—La persona que chocó contra ustedes fue el amante de tu madre, quien en un arranque de celos pensó que matándolos ella decidiría dejarme y se iría con él.

La sangre se le congeló y su corazón empezó a bombear con dificultad.

—No fue un accidente —la visión se le cristalizó.

—No, no lo fue.

—Me culparon por años, dejaron que me creyera el asesino de Lucy.

—Yo me enteré de esto antes de largarme, ella me lo confesó después de drogarse y… lo siento, no pude pensar en ti, estaba desesperado por huir de esa realidad. El hogar que armé, la familia que formé y todo lo que conocía se había desmoronado.

Jacob se frotó los ojos con impotencia y utilizó todo su ingenio para controlar sus lágrimas.

Él nunca causó la muerte de su hermana, ellos fueron víctimas de un psicópata.

—Nunca me buscaste.

—¿Cómo iba a hacerlo? Gregory me dijo que me odiabas y cuando me informó que ibas a casarte supe que no había razón alguna para acabar con tu paz, estabas bien sin mí y pronto tendrías tu propia familia.

—Viví reprimido por años, creyendo que no merecía amar ni ser amado.

—Lo siento mucho, Jacob, jamás pensé que saldrías tan afectado, es mi primera vez siendo padre —soltó con frustración y él lo miró con fijeza.

—¿Y la mujer?

—Ella está bien, trabajamos en una de las empresas de Gregory.

Suspiró, al menos él no vivía en la decadencia ni siguió los pasos de su madre.

—Lamento mucho lo que sucedió con Lucia —soltó de pronto, liberando la gran presión que sentía en el pecho—. Quería llevarla de paseo, ella estaba aburrida y quería animarla, nunca quise que las cosas terminaran así.

—Lo sé, hijo, lo sé —soltó con lágrimas en los ojos y entonces recordó que su padre también sufrió la muerte de su pequeña, pero que nunca le puso una mano encima por ese suceso.

Él sólo lo apartó de su lado.

—Lamento mucho no haberte defendido, dejé que ella te lastimara de muchas maneras.

—Lo mejor será dejar el pasado en su sitio —musitó de pronto, soltando todo el odio y resentimiento que sentía hacia sus padres—. Soy feliz, tengo una esposa maravillosa, una hija preciosa y pronto se unirá un nuevo miembro a nuestra familia.

—Me siento tan feliz por ti —le regaló una sonrisa sincera y luego le tendió una tarjeta—. Sé que no tengo derecho a pedirte algo así, pero quisiera que tengas mi número a tu alcance, quizá algún día, cuando tu corazón quiera perdonarme, necesites llamarme.

Jacob tomó la tarjeta, la estudió y la guardó en su billetera en silencio.

—No albergaria muchas esperanzas —musitó con esfuerzo y su padre le sonrió.

—Llevo años esperando este momento, así que te aseguro que soy un hombre paciente.

Y como él no deseaba ser alguien rencoroso, quizá pronto le estaría marcando para saber un poco más de él.

—Debo irme, Elisa y Lucy me esperan.

—Lo entiendo —espetó con orgullo—, ¿sabes algo? Me alegra que te hayas casado con ella, siempre supe que nadie te amaría más que tu mejor amiga.

—Gracias, ha sido la mejor decisión que he tomado en la vida.

Porque solo Elisa se habría asegurado de que él cortara todas las cadenas que venía arrastrando durante años y se habría quedado a su lado para enfrentar junto a él a todos sus demonios.

Otra mujer lo habría abandonado hace mucho.

Esa noche, mientras su hija dormía, Jacob aprovechó la intimidad de su habitación para refugiarse en los brazos de su esposa y contarle todo lo que conversó con su padre durante esa tarde.

Saber que no fue su imprudencia lo que mató a Lucia le generaba una gran paz en el pecho.

—Todos nos equivocamos, Jacob —musitó de pronto, acariciando su coronilla—, pero no todos podemos aceptarlo y enmendar nuestros errores.

—Lo sé —reconoció con voz ronca, apartando las lágrimas de su rostro—. Él mandó a Gregory, de cierto modo, no me dejó tan solo como pensaba.

—Mi amor, tú nunca estuviste solo —le recordó y la buscó con la mirada.

—Yo siempre estuve a tu lado junto a tu tío, Franco e incluso Ewan.

—Pero estaba tan cegado y dolido que no quise aceptarlo —reconoció con dolor y ella asintió —. No volverá a pasar, a partir de ahora pienso aprovechar cada segundo —musitó y besó su frente con ternura.

Elisa le enseñó a enfrentar sus miedos, le demostró que si uno se quedaba estancado en el pasado jamás podría formar un buen futuro. Le hizo entender que nada era para siempre y si uno quería algo debía luchar por ello. Con ella su vida dejó de ser monótona y tomó un camino alocado donde las emociones bajaban y subían, donde él se sentaba todas las noches junto a ella cuando el embarazo le provocaba varios malestares o lágrimas en sus primeros meses, o cuando su hija lloraba a las tres de la mañana y él debía levantarse para que ella lograra dormir un poco más, o cuando tuvieron que llevar a su hija a la guardería por primera vez y ninguno se movió de la puerta pensando que pronto saldría llorando pidiendo ver a sus papás.

Eso y mucho más fue lo que mejoró su vida, lo que le dio una razón para ser mejor, lo que le hizo temer ante la idea de no poder cumplir las expectativas de sus mujercitas.

—Lamento mucho no haberme dado cuenta antes de lo importante que eres en mi vida —musitó con voz ronca y acarició sus mejillas—. Nunca te lo dije, pero nunca pedí tu mano en matrimonio porque mi tío me haya obligado, lo hice porque quería y sabía que jamás podría ser completamente feliz si tu no estabas a mi lado.

—¿Qué? —abrió los ojos con sorpresa.

—No me casé contigo obligado y tampoco me sentí miserable cuando te hice mi esposa, el día que firmaste los papeles me sentí tan dichoso que escondí mis emociones para que no supieras lo importante que eres para mí.

Los ojos oscuros se cristalizaron.

—Me sentí culpable, por un momento pensé…

—Siempre te he amado sin saberlo, pero tal vez tú ya lo habías notado.

Ella asintió y unió sus labios con ternura.

—Quise renunciar, pero gracias por hacerme volver en sí, dejarte habría sido un terrible error.

¿Cómo decirle que fue ella quien lo hizo volver en sí?

Más hechos, menos palabras, determinó antes de unir sus labios con suavidad y hacerle el amor con abandono.

Odiaba saber que desperdició siete años de su matrimonio actuando como un cobarde, cuando pudo gozar de esa felicidad y alegría desde el primer día que se unió a su mujer.

Jacob no pensaba desaprovechar ni un solo minuto a partir de ahora.

FIN

Epílogo

Dos meses después

—Acabas de perder trecientos dólares —susurró Jacob con sorna, mientras Franco siseaba un juramento por lo bajo, y Elisa se preguntó en qué momento dejarían de ser tan idiotas y actuarían como adultos.

—¿Podrían callarse? —siseó, mientras mecía al bebé en sus brazos—. Si Fernanda los escucha los matará.

—Dios santo, ¿por qué es tan rubio? —refunfuñó Franco, ignorándola.

—Porque no es mi hijo —espetó Ewan con dureza, acercándose a ellos para posicionarse frente a Elisa.

Por alguna extraña razón, ella le entregó al niño en silencio.

—¿Cómo está? —susurró, tenía la leve impresión de que el castaño la pasó muy mal durante los días que Fernanda estuvo internada.

—Acaba de dormirse, la enfermera la ayudará en los siguientes días y contraté una niñera para que se hiciera cargo de él.

—¿Por qué gastar tanto en un niño que no es tuyo? —Franco lo miró con curiosidad.

—No lo sé, dímelo tú, que tienes a una mujer embarazada resguardada en una de tus muchas casas en Londres.

Franco palideció y Elisa lo miró con cierto desagrado.

Se hacía cargo de una mujer embarazada, pero nunca hizo nada por Santi.

—Fernanda es mi amiga.

Elisa le creyó, no veía un vínculo romántico entre la pareja, sino uno más fuerte que se inclinaba hacia el compañerismo.

—¿Te quedarás con ellos? —quiso saber y Ewan asintió.

—Alguien debe vigilar a Adrian mientras su madre se recupera, ¿no crees? —espetó con suavidad, acunando al pequeño rubio entre sus brazos.

Jacob la abrazó por detrás con ternura y dejó un casto beso en su nuca.

—Muy pronto estaré igual —dijo con anhelo y ella asintió, mirando al pequeño Adrian. Era un niño hermoso, pero claramente no era hijo del castaño que ahora mismo lo miraba con cariño.

Cuando abandonaron el departamento de Ewan, tanto Jacob como ella esperaron que Franco se marchara para hablar de la boda que se efectuaría en dos semanas. Todo parecía indicar que Jacob decidió dictar una tregua en cuanto a Vanesa y estaba bastante dispuesto a tratar con ella y el pequeño Santiago, quien ya tenía a su esposo a sus pies debido a su personalidad traviesa y

risueña.

—Mi padre irá a la boda de Gregory. —Lo miró con sorpresa, era la primera vez en meses que lo mencionaba y era raro no ver un deje de rencor en su semblante—. Sonará raro, pero quiero verlo y asegurarme de que esté bien.

Lo abrazó por la cintura con cariño y besó su mejilla.

—Lo verás en la boda, cuando nuestro hijo nazca, en el cumple de Lucy y en todos los eventos que tu desees.

Él detuvo su marcha y la miró con fijeza.

—¿Qué sucede? —se veía algo serio—. ¿Qué haces? —se alarmó al ver como se hincaba en un pie frente a ella—. Jacob…

—¿Te casarías conmigo por la iglesia?

—¿Qué? —la voz le tembló.

—Perdón por tardar más de siete años, mi amor, debí haberte hecho esta propuesta hace mucho.

Elisa asintió con desenfreno y lo abrazó por el cuello cuando él se incorporó para tomarla entre sus brazos.

—Pero que sea después de dar a luz, no puedo casarme con este vientre, es inmenso —dijo, acariciando a su bebé.

—Será cuando lo desees, mi vida.

Elisa unió sus labios con suavidad y determinó que cada minuto de su lucha había valido la pena. Por fin su marido sabía que la amaba y estaba dispuesto a cumplir uno de sus más grandes deseos.

—No daremos esta noticia hasta después de la boda de Vanesa, no quiero eclipsar su momento.

Puesto que su amiga también estaba muy feliz mientras organizaba todos los preparativos del evento.

***

Un año y medio después

—Y al fin se celebra la boda más esperada de todos los tiempos —ironizó Jacob, uniendo sus labios con los de su esposa, mientras esta reía por lo alto.

—Lo siento, me lo tomé muy a pecho y tomó algo de tiempo organizar el evento.

—Más de un año —siseó, pero miró de reojo a todos sus invitados, clavando la vista en Lucy y el pequeño Damian, quien ahora estaba en los brazos de su abuela, agitando sus manitas—. Gracias por esto, nunca pensé que un momento así podría generarme tanta dicha —musitó y miró de reojo como su padre bailaba con su esposa en la pista de baile.

Su terapia, su esposa y toda su familia lo habían ayudado a liberarse de sus cadenas y a perdonar, para así poder disfrutar el ahora.

—Me alegro que te guste —miró a su esposa y su corazón se infló de orgullo al saber que era totalmente suya—. Nuestro amor es tan fuerte que conseguimos lo que parecía improbable.

Esas palabras lo hicieron respingar y recordó que en ese salón se encontraban Franco y su tío junto a su esposa e hijo, quien tenía cierta fascinación por la mesa dulce y en más de una ocasión se escapaba de su madre para ir por una golosina.

A veces se preguntaba qué tan grande era el rencor que habitaba en el pecho de su amigo que actuaba como si ese hermoso y risueño niño no existiera.

Gregory hizo bien al casarse con Vanesa, ella y Santi merecían lo mejor.

Odiaba admitirlo, pero la amiga de su esposa le caía bien.

—Es una lástima que Fernanda y Ewan no hayan podido venir —musitó ella de pronto, captando su atención.

—Es una temporada difícil, ellos debían ir a Paris. —En la industria de la moda, la temporada del París Fashion Week no era algo que pudiera tomarse a la ligera—. Pero no pensemos en eso, hoy es nuestro día y tenemos que disfrutarlo.

—¿Perdón? —preguntó con diversión—. Para mí, cada día es nuestro y debo disfrutarlo.

Dios, era tan perfecta.

—Tienes razón, siempre la tienes.

Y por esa razón la amaba, porque ella era la única persona capaz de brindarle la luz necesaria para seguir cualquier camino.

***

—¿Eres la asistente del señor McKenzie? —inquirió la hermosa castaña de ojos color cielo y Fernanda se preguntó en silencio por qué Milenka Montaño no estaba entre las modelos, preparándose para salir en escena.

No estaba segura de que su lugar fuera detrás de una cámara, era una mujer tan guapa que ella jamás podría olvidar la primera vez que la vio junto a Nicholas.

En aquel entonces había estado tan enamorada que se limitó a creer que eran amigos, pero ahora que tenía la madurez y experiencia suficiente, sabía que la mujer que rondaba en su mente cuando él tenía que acostarse con ella, quien sólo le aligeraba su trabajo, era Milenka.

Jamás entendería en qué estuvo pensando al fijarse en Nicholas Cranston.

—Sí, lo soy —respondió con amabilidad.

—¿Y tiene novia? —era descarada y su pícara sonrisa delataba sus intenciones.

—Creo que no —mintió.

—¿Podrías…?

—Milenka… —en ese momento algo en su interior se revoloteó y levantó la vista para posarla en Alex Ojeda, uno de los modelos más famosos del evento y quien en esta ocasión trabajaría con la línea de ropa de Ewan—. Fernanda, qué gusto verte, gracias por solucionar el problema de mi vuelo, la asistente de Cranston es un desastre.

Ese hombre no sólo era hermoso, sino generoso y educado.

¿Acaso podía ser más perfecto? Era inevitable no sentirse atraída por él.

—Como sea, ¿podrías darle mi número? —siguió la castaña, como si Alex no hubiera hecho acto de presencia, y Fernanda observó con cierta decepción como el hombre miraba a la joven con anhelo.

No podía culparlo, Milenka era hermosa.

—Yo…

—No lo hará —aseveró y sin previo aviso sujetó a la castaña del brazo e ignorando sus quejas la guio detrás del escenario.

—Se ven muy íntimos —pensó distraídamente y negó con la cabeza.

¿Por qué un hombre como Alex se fijaría en ella cuando tenía a una mujer como Milenka a su alcance?

Tal vez Fernanda era guapa, pero era madre soltera y eso era un gran obstáculo a la hora de buscar compañía masculina. Dio un respingo en su lugar cuando un brazo masculino rodeó su cintura sin previo aviso y evitó rodear los ojos con aburrimiento, ¿ahora qué diablos quería Ewan?

—Nicholas se acerca —musitó él, helándole las venas, y Fernanda apretó la mandíbula al recordar la verdadera razón del por qué se encontraba ahí.

Iba a vengarse del hombre que la humilló y despreció sin piedad alguna, cuando ella sólo fue buena y generosa con él.

—Ha llegado tu momento —espetó, puesto que no era la única que quería destruirlo, y Ewan se rio.

—Yo siempre consigo lo que quiero —musitó en tono seductor.

—¿Por qué no me presentas a tu mano derecha? —Para ser un don nadie, él sonaba bastante altanero—. Al parecer es bastante capaz de cumplir tus demandas.

Claro que era capaz de cumplir sus demandas, era una mujer inteligente y estudiada que hace más de dos años fue utilizada por un patán para efectuar su trabajo a base de engaños y lindas palabras.

Su inocencia fue destruida de una manera despreciable.

Fernanda giró sobre su eje junto a Ewan y con el porte en alto y la confianza por los cielos, ajustó el delicado marco de sus lentes antes de conectar sus miradas.

—Te presento a Nicholas Cranston, Fernanda. —Ewan la abrazó por la cintura y la pegó a su cuerpo—. Nicholas, ella es mi mano derecha, la mujer más lista y hermosa que conocerás en tu vida.

«Y la que va a destruirte y quitarte todo aquello que conseguiste con trampa y bajo engaños», añadió mentalmente, esbozando una lenta sonrisa.

Tal vez era el padre de su hijo, pero no le tendría piedad.

Ni Adrian ni ella lo necesitaban.

Nota de autora

Jacob y Elisa forman parte de mis inicios en el mundo de la escritura y aún no puedo creer que haya podido desempolvar su historia para darle el final merecido. Espero que la lectura haya sido de su agrado y la hayan pasado tan bien como yo mientras la escribía. Como pueden darse cuenta, los lectores que me conocen desde hace años, es hora de traer a ciertas parejas a la plataforma. Así que preparence para iniciar esta aventura y reescribir las historias.

Lecturas que pueden gustarte

Actuales:

Reescribir la historia

1. Olvidarte ¡jamás!

2. Divorciarme ¡jamás!

Tu perdón

1. Tu perdón

2. Gracias y perdón

***Almas perdidas* (en proceso)**

1. Déjame quererte

2. Déjame sentirte

Históricas:

Libertinos Enamorados

1. Aliados del amor

1.5 Los secretos del conde

2. Enemigos de la pasión

2.5 El rechazo del marqués

3. Amigos del placer

3.5 El regreso del duque

4. Víctimas de sus sentimientos

4.5 La prima del vizconde

5. Rivales de la seducción

5.5 La amante de Brown

6. Esclavos de la razón

6.5 La esposa de King

7. Adversarios del destino

8. Amantes de la tentación

***Las hijas de Lucifer* (en proceso)**

1. El beso de un canalla

2. La tentación del impostor

***La sociedad de los canallas* (en proceso)**

1. La trampa del duque infame

2. El error del marqués misógino